This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G868.8
An256p

[redacted]

G868.8 AN256P LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G868.8
An256p

[redacted]

G868.8 AN256P LAC

PACHO VILLAMAR

ROBERTO ANDRADE

PACHO VILLAMAR

"Como en el día se publica todo, he decidido publicar estos papeles, sin más averiguaciones, mudando sólo los nombres propios, para que si viven los que con ellos se designan, no se vean en novela sin quererlo ni permitirlo",

JUAN VALERA [Pepita Jiménez]

GUAYAQUIL
IMPRENTA DE LA CONCORDIA
1900

ES PROPIEDAD.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

PACHO VILLAMAR

CAPITULO I

¡Invierno! Esta es la estación alegre en la silenciosa ciudad de los Scyris: alegre, porque disculpa el ocio y, si en las calles disminuye el concurso, óyese en las casas pobres música lastimera y guitarresca, y los acaudalados echan carcajadas con más ruído, arrellanados en sus sillones de damasco, envueltos en grandes capas y cubiertas las cabezas con gorros de terciopelo azul ó carmesí, bordados de hilo de oro y con borlas. Mientras los pies y las ma-

FEB 20 1947
Mauritz 5.00 Rosa

554926

nos se agitan, y la lengua está como gallardete en día de viento, á causa de la efervescencia del cerebro producida por el menudeo de traguillos, de aguardiente de caña, por supuesto, ó mientras el chocolate humea en tazones, con pan y queso de Pesillo al rededor, y uno contesta "sin pecado concebida" á los que le acuden con "ave María Santísima", á causa de un repentino estornudo, nadie puede decir que no hay alegría, aunque vea que el aguacero echa abajo la ciudad. El quiteño es bueno en todo, hasta en eso de contentarse con poco. ¿Qué importa que haya muchos pobres y que en invierno carezcan hasta de sal y combustibles? No hay pobre que no suela tener sus jaranas. Raras son las poblaciones donde no siempre es estimado el provecho del trabajo. Pero la gente industrial, los artesanos, *los cholos*, forman un gremio muy interesante en la capital del Ecuador. Son pobres; pero comprenden que siendo ricos mejoraría su modo de vivir: por eso aspiran con fuerza á obtener mejor predicamento. Nótase en ellos sed de aprendizaje; mas, en razón de su pobreza é ignorancia, escollan en la menor dificultad. Hay ingenieros, mecánicos, exploradores,

artistas, artesanos y artífices sin ciencia, porque ¿dónde la han de hallar, por mucho que la busquen? Empiezan, y ahí se quedan. Raros son, sin embargo, los que se entregan á vicios: la mayoría desaparece en el laberinto de una miseria sorda y silenciosa. Y en el antro de la miseria más triste vense con frecuencia manifestaciones de ingenio que sorprenden: por las calles venden amuletos, obrillas esculturales y pictóricas, cuadros de costumbres quiteñas, imitaciones admirables de algún artefacto europeo: venden estos artículos mendigos, y mendigos son los autores de ellos muchas veces: llaman la atención en la música, música se oye en su locuela; pero nunca pudieron salir del yaraví.

Noviembre de 1873 pasó tan lluvioso y sombrío como cualquier otro Noviembre. Desde 1868 hasta la fecha, no ha temblado reciamente la tierra en Quito, no han danzado sus viejos edificios, no se ha difundido el estupor en sus ámbitos: ahí estaban dichos edificios como ahora, serios y melancólicos como es todo enclaustrado. Las calles estaban llenas de piaras de borricos, de indias é indios cargados de yerba y legumbres, de grupos de holgazanes y aldea-

nos, y los templos de sacerdotes y devotas. Lo bueno del vecindario muy poco circulaba en la ciudad, por el inconveniente de las lluvias y la falta de lugares de recreo ¿Qué era de las quiteñas bellas, de los lechuguinos elegantes, de los hombres maduros y matronas? A las primeras y las últimas podían ustedes verlas en los templos, y eso en las mañanas y las tardes; y á los hombres, en los portales de la plaza en la noche, en donde paseaban envueltos en capas, departiendo acalorados acerca del buen paso de un caballo, del precio de los bueyes gordos, ó indiferentes respecto de la construcción de un ferrocarril ó la canalización de la ciudad.

—*¡Otrá!* Buen mozo está, pues, el *chagra*, iba diciendo una jamona por la calle solitaria de San Marcos, recogida la basquiña para que no se ensuciara en las baldosas, viendo en un balcón al joven Don Francisco Villamar.

Francisco Villamar, á quien todos llamaban Pacho ó Pachito, era uno de mis amigos, y le voy á describir tal cual reside en mi memoria. En aquella tarde iba yo á su casa, y le veía desde donde lo hacía la jamona. Era cenceño y alto,

y de fisonomía enérgica y hermosa. Mostrábase triste, á pesar de sus diez y nueve años, y ni siquiera miraba á los transeuntes, los cuales ya no eran raros, porque en aquel momento había cesado la lluvia. San Marcos no está en el centro, verdad es: callejuela es tortuosa, no está en ninguna de las entradas de Quito, y en ella no solían vivir los de copete. Villamar miraba en el vacío, pues al frente no había sino un edificio ruinoso, que impedía ver el horizonte. Ojos muy bellos, pestañas arqueadas hacia arriba, frente decorada por cabellos rubios, nariz varonil y recta, y apenas tenía un bosquejo de bigotes No debía de sentir frío el mozuelo, porque su vestido, de corte correcto y elegante, no era de los adecuados al invierno de Quito. Por la calle no pasaba sino gente miserable: *bolsiconas* desgreñadas; un viejecillo de ruin apariencia; pilluelos que iban silbando y se paraban si oían una tos; dos *chullalevas* con levitones largos y raídos, botas torcidas y viejas, sombreros que habian conocido muchas cabezas; un clérigo, en fin, de hábitos mugrientos. Villamar miraba y no miraba, y se mantenía en actitud melancólica. La vida

hervía debajo de una epidermis rosácea, los rayos de sus ojos demostraban potencia y el gesto de sus labios una sedición de deseos.

De pronto se abrieron las batientes del balcón de la derecha de Pacho, esto es, de la casa vecina, y el joven hubo de mirar allí maquinalmente. ¿ Qué vió ? Notóse en su fisonomía una tenuísima sombra, en el acto cambió de actitud, retrocedió al hueco de la ventana, y de allí volvió á mirar al soslayo, las manos en los bolsillos de unos estrechos pantalones. La aparición era realmente interesante hasta para un Xenócrates ó un Papa : una muchacha de diez y siete años, y bellísima. Diríase que se iluminó la calle, porque la belleza suele difundir luz como los astros. ¡ Qué buena moza ! decía la pobre gente al pasar. Era más bien morena que blanca, de cabellera abundante y negra, la que realzaba un rostro angelical, no tanto por la inocencia cándida, como por el hechizo y pulidez de las facciones. Los ojos decían "admírame" y los labios enloquecían provocando. ¡ Qué modo de mirar de muchacha! Era como un terreno húmedo y prolífico, abierto al soplo del céfiro, el que le trae germen en sus

pliegues. Estos embelesos no serían raros en Quito, si á menudo la naturaleza no estuviera en guerra con el arte grotesco. El bismuto, el albayalde, manejados por el diablo, han puesto en derrota al ángel de la belleza natural. El vestido era sencillo y por adorno no traía sino una flor en los cabellos. Iluminábala el sol de invierno, ese sol al cual sobran rayos luminosos. Villamar no la miraba con insistencia, pues desviaba los ojos cuando iban á encontrarse con los de ella, y ella aparentaba no mirarle en absoluto. En este juego pasaron algunos minutos, hasta que de improviso se encontraron las miradas. El se sonroseó, é instintivamente inclinó la cabeza en ademán de saludo. En Quito era costumbre saludar en la calle aun á las señoras con quienes no se tenía amistad. Ella saludó también apenas, y luego dirigió la vista á otra parte. En breve volvió á empezar el juego de miradas. Ambos eran muchachos y hermosos, ambos tenían, pues, razón de provocarse. El balcón en que se hallaba ella distaba del de Villamar apenas dos metros, y pertenecía á una casa vieja, sucia, destartalada, como eran en aquel tiempo casi todas las del barrio. Hasta la

víspera había estado deshabitada: ¿de dónde venía, pues, aquella aparición? Villamar era también inquilino nuevo en la suya, y pocas conexiones tenía con aquel vecindario. Desde luego se vislumbraba que era estudiante de Provincia, *chagra*, como había dicho la jamona; pero ya todos le conocían en el barrio, ó, por lo menos, aparentaban conocerle.

—¿En qué le conoce que es *chagra*, *maistró?* preguntaba en aquel instante la jamona á un zapatero á quien estaba comprando zapatos en un tenducho del frente.

—Otrá! ¿No le ve, pues, esa cara de *jílguero* espantado? Unos dicen que es *morlaco*, otros que riobambeño: de *onde tamién* será, no sé. El hecho es que todos los días le veo en el balcón en chacota con chullalevas colegiales.

—Calle no más! Ya le ha de estar cantando á la vecina. Apenas viene cuando ya *tán*. ¡Jesús con estos colegiales del día! Por eso yo ni los veo, ni quiero que me vean la cara.

—Je, je, replicó el zapatero. Si la ven, no cuente Ud. con aumentar el número de las once mil vírgenes, patrona.

—*Atatay* asco!

Subí y estreché la mano de Pacho, quien se esforzó en manifestarse sereno cuando descubrió que yo le miraba sonriendo.

—¿Quién es la vecina? le dije al fin.

—No la conozco.

—¿Y cómo la saludaste?

Se sonroseó levemente y parpadeó á prisa.

—Es bonita, añadí: enamórala.

Rió apenas y cambió de conversación al momento. Ambos estudiábamos materias diferentes en la Universidad de Santo Tomás de Quito: él medicina, yo jurisprudencia. El era del sur: había residido algún tiempo en Quito; pero yo no le conocí sino al comienzo de aquel año escolar. Su familia era acomodada y numerosa; mas él permanecía solo en Quito. Su habitación no era grande: componíase de dos estancias, una de dormir, con cama, lavabo y guardarropa; otra de estudio y tertulia, con mesas central y de arrimo, dos sofaes y seis sillas. En la central había una lámpara y una calavera, y en las de arrimo, tomos de la Anatomía de Boscasa, de Química, algunas novelas y "El Cosmopolita" N° 4° á la rústica. En todas cuatro mesas rinconeras llamaban

554926

la atención sendos ramilletes de flores naturales, frescas y aromáticas, á pesar de la hora, y en un sofá una guitarra cuidadosamente colocada junto á un sobretodo doblado con esmero. La habitación estaba muy limpia, las paredes cubiertas de papel, aunque sin espejos ni cuadros, y el suelo entapizado con alfombra de Chillo. Sólo un retrato había allí, el del señor Villamar, padre, hombre de cincuenta años y barbudo.

—Siéntate, me dijo Pacho.

Departimos y reímos cinco minutos; pero yo me levanté y me acerqué al balcón. La vecina se hallaba en el mismo sitio, aunque no sola ni en silencio: una muchacha rubia y fea, y una niñita de diez meses, quien ya saltaba en los brazos de la una, ya en los de la otra, eran su compañía entonces, y la vecina hablaba como jilguero, como si al fin hubiera hallado salida el cúmulo de palabras aglomerado en su garganta. Con disimulo echaba vistazos á mi lado y acariciaba á la nena con ósculos ruidosos. Pacho no pudo dejar de acercarse, porque á sus oídos llegó la armonía. Se miraron otra vez apenas, y otra vez hubo cambio de fluídos magnéticos. Ya no quedaba la

menor duda: ambos duelistas se habían herido recíprocamente.

Yo vi, pues, nacer la azucena del amor en el corazón, acaso virgen, de mi amigo Francisco Villamar; yo, padrino de aquel amor recién nacido, debo contar sus deplorables altibajos. Ni un término volví á decir á Villamar, acerca de aquella azucena, porque conocí que le gustaba aspirar su fragancia en reserva: mi narración está fundada en relaciones obtenidas muchos años después. Por la noche el pobre Pacho había experimentado toda la eficacia del amor. No había salido á la calle y sí permanecido en el balcón hasta muy avanzada la hora, la cabeza desnuda, la mirada siempre á su derecha, como si esperase que las batientes vecinas se abriesen de improviso. No había siquiera luz de luna, y sí solamente un cierzo como hielo. Quedó pensativo cuando al comienzo de la noche vió entrar á dos sacerdotes á casa de su encantadora vecina. Duró la visita más de una hora. Vió entrar también á un caballero forrado en un sobretodo á manera de funda. A éste le conoció á primera vista, no obstante la oscuridad de la calle: era un comerciante de apellido Do-

rrego, muy conocido en la ciudad por sus comodidades y apariencias bonachonas. A uno de los sacerdotes le conoció también cuando salía: era un jesuíta de celebridad en Quito, á causa de su voz en los sermones. El otro debía de ser también jesuíta. ¿Pacho experimentaba celos ó solamente envidia de esos hombres? Los celos no podían haberle entrado todavía, porque ¿cómo tenerlos de dos sacerdotes y un boquimuelle que tenía fama de apacible? De envidia sí se las pelaba, y propúsose indagar los motivos de las visitas de aquellos caballeros. Desde la mañana siguiente permanecía sentado junto á las vidrieras, la frente pegada al vidrio, y con frecuencia entreabría el bastidor y sacaba la cabeza como el gavilán que espía á una paloma. ¡Qué dicha si distinguía la orla de un vestido! Se levantaba, se arreglaba el cabello y la corbata, sacaba medio cuerpo y á veces cambiaba con la vecina inclinaciones de cabeza. Apenas desaparecía la muchacha, posesionábase nuestro conquistador del balcón, como un orador de la tribuna, y en él se dejaba estar hasta algún nuevo incidente.

Para los temperamentos nerviosos, el

mayor suplicio consiste en esperar, y Pacho iba ya poniéndose ojeroso. No había cambiado una sola frase con la Circe, por el temor de ser oído hasta por cualquier mendigo de la calle. Habían pasado dos días y todavía no sabía ni el nombre de ella, porque á nadie se atrevió á preguntarlo. Día y noche borroneaba cartas; pero todas eran reducidas á cenizas. Al cerrar de una noche, la pizpireta había quedado sola en su balcón, y Villamar permanecía solo en el suyo: en la calle casi no había transeuntes y la noche estaba helada y oscura. Era la ocasión oportunísima. Pacho entró al cuarto, tosió, escupió, se atusó los bigotes y por fin se resolvió á disparar el primer cañonazo.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, señor.

—¿Está Ud. contenta en este barrio? Me parece que Ud. no ha vivido antes en él.

—Así, así. No tengo motivos para estar descontenta.

—Por lo que hace á mí, yo sí tengo un motivo para vivir en él contentísimo.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—La vecindad de Ud., señorita.

—¡Qué ocurrencia!

—¿No sabe Ud. que le voy á dar una carta?

—¿A mí?

—Por Dios, señorita, le suplico que no la rechaze. Ya Ud. ve que tenemos muy poco tiempo de hablar.

—Verdad, porque mamá me está llamando en este momento.

—Mañana le daré la carta; pero ahora hágame el favor de darme su nombre.

—Magdalena Gutiérrez, para servir á Ud. ¿Y su gracia?

—Francisco Villamar, señorita.

—Hasta mañana, no?

Villamar oyó una carcajada armoniosa, y después se cerró la ventana. El pobre quedó temblando y entró á su cuarto á pasearse á oscuras. De repente raspó un fósforo, encendió la bugía y escribió:

"Cuanto le dijera á U, señorita, apenas le daría idea del incendio en que se me está consumiendo el corazón. Ud. no sabe quién soy yo, ni yo quién es Ud.; y sin embargo la adoro con delirio, la adoro como á una deidad. Yo moriría de pena si no pudiera decírselo á Ud. Ud. me ha de disculpar, ¿no es así? Si no me contesta en los dos primeros días, no he de volver á

saludarla jamás".

Cerró la carta y quedó tranquilo larguísimo rato.

—¡Oh si se riera de mí! exclamó de súbito en voz alta.

A la mañana siguiente, como se encaminase á la Universidad con el libro abierto y estudiando por la calle, según era costumbre entre los estudiantes en Quito, se encontró de improviso, al voltear una esquina, con Magdalena, y dió un salto, como si ella hubiera sido una vívora. El rostro se le volvió una amapola, y la muchacha no pudo menos de reir. Sorprendióse de no ser saludada, y continuó. Pacho se arreció en el acto, sacó del bolsillo una carta y echó á andar en persecución de la niña. Pudo haberla alcanzado, pero no quiso, porque había tal ó cual transeunte. Magdalena llegó á su casa y penetró de un brinquito en el zaguán. Pacho se precipitó detrás de ella.

—Señorita.....

—¿Señor?

—Por favor.....La carta de que le hablé anoche.

—¿Pero mamá?.....

—Ud. no le ha de mostrar á ella, ¿no es

cierto?

Magdalena tomó la carta y la escondió debajo de la manta. Pacho no pudo decir más: se ahogaba. Salió, caminó, fué al ejido, en ningún sitio podía detenerse, y quería hablar en alta voz y con los vientos. Se tendió, por fin, en el llano y quedó inmóvil algunos minutos. De repente púsose en pie, cual si le hubiese picado un alacrán, y volvió á su casa como un rayo. Cuando ya se acercaba, moderó el paso: hubiérase dicho que temía llegar. En la esquina de la cual se veía su casa, se detuvo. Largo rato contempló los balcones de su amada, los que entonces estaban vacíos: eran azules y viejos, de construcción tosca y ordinaria; mas para él tenían el atractivo de los sueños, del arcano, de la magia que suspende á los niños. Aquellos balcones, el más inmediato al suyo especialmente, años permanecieron incrustados en su imaginación con una tenacidad aterradora. Como creyó que llamaba la atención, se precipitó á su casa, subió, entró al cuarto, dió dos vueltas á la llave, arrojó el paletó y el sombrero y empezó á dar zancadas como loco. El libro se le había quedado en el ejido.

—¡Soy un bruto! decía á voz en grito:

¡soy un loco, ó el más animal de los hombres!

"Si Ud. no me contesta en los dos primeros días, no he de volver á saludarla jamás", concluía la carta. En aquellos dos días no se le veía al joven ni en la Universidad ni en la calle, y sus amigos no le hallamos ni en la casa, adonde á menudo íbamos á chacotear y estudiar. Uno dijo que una tarde le había sorprendido en el balcón; pero que desapareció apenas se vieron á distancia.

CAPITULO II

Villamar había pasado su niñez en una hacienda de su padre, en medio de una parentela modesta y numerosa, y familiarizado con las vacas del establo, los caballos de los pesebres y los pavos y gallinas del corral. Tomaba leche y frutas, trepaba á los árboles, colgaba columpios, corría riendo por las siembras, seguido de sus hermanitos menores, cuyas carcajadas atraían á la madre, quien salía á contemplarlos de lejos, con su gran sombrero de paja con velo, ri-

sueña, como si jugara con los nenes. Era muy hermosa. Contaba chascarros á sus hijos, pasajes de la Historia Sagrada, novelitas leídas años atrás, á fin de provocarles á dormir. Pachito aprendió á leer y á escribir en las faldas de su madre. A los ocho años de edad del muchacho, ella les refería una historieta, cuya narración fué suspendida de improviso.

—¡Ya no me acuerdo! exclamó la Señora: leí el libro hace muchos años, cuando yo era chiquilla: se titula " El sitio de la Rochela, " y lo tiene Armas, el que vive allá en el *Aguacate*.

Pacho oyó, tomó el sombrero á hurtadillas, se escurrió y échenle galgos. Ya tarde, cuando la madre lloraba á gritos de angustia, el padre se enfurecía dando órdenes, fatigado de haber buscado á su hijo en todas direcciones, y los nenes andaban cariacontecidos y llorosos, preséntase el amigo Pacho con un libro viejo en la mano, la cara enrojecida y sudosa, los zapatos cubiertos de polvo, y quédase suspenso á la entrada de la sala. Hasta los criados acudieron, porque era una novedad el suceso.

—¡Ay mi hijo! gritó la Señora fuera de sí.

—Perillán! dijo el padre, levantando en sus

brazos al rapaz y pasándolo á los de la madre enloquecida.

Besáronle, acariciáronle y enjugáronle el sudor. Pacho no decía nada hasta que concluyeron los mimos. Una vez libre de ellos, irguióse en el centro del cuarto, levantó el libro y exclamó:

—¡Clara de Montalván, Rosemberg!

— ¿Y de dónde traes ese libro?

— Del Aguacate.

El Aguacate se hallaba á dos leguas de la granja, y el camino era fragoso y solitario. La madre no pudo menos de levantar los ojos, con ademán entre compungido y risueño, al Señor Villamar, quien se puso grave y miró largo rato á su hijo en silencio.

Antes de que Pachito cumpliera doce años, fué enviado al colegio de la capital de la Provincia, convento, en hecho de verdad, porque casi todos los profesores eran clérigos, y casi toda la enseñanza se reducía á devociones. Ya Pacho leía algo, observaba y aprendía mucho; pero era muy inclinado á hacer novillos, á vagar por el campo con la escopeta al hombro y á organizar excursiones con ayuda de los más traviesos estudiantes. Encerráronle una vez con motivo de ejercicios espirituales: tres dias hu-

bo de rezar y orar; pero al cuarto anduvo el diablo en Cantillana, porque Pacho fue llamado á confesión.

—Acúsome, padre, dijo, que he tenido un pensamiento de herejía: ¿ cómo siendo Dios tán bueno, la mayor parte de los hombres se va á los infiernos?.

— La mayor parte no, hijito: á los infiernos van solamente los malos.

—No, padre: en los sermones dicen que se van también los buenos. Se han ido todos los que existieron antes de la religión católica, y entre ellos ha de haber habido buenos: se van todos los que en las selvas no tienen ni idea de nuestra santa religión, y no todos ellos han de ser malos; y entre los cristianos se van todos los que han cometido siquiera pecado venial, si no les ha sido posible confesarse.

—¿Y dónde has aprendido tú esas herejías, bribón? ¿ Cómo tienes la insolencia de venir á decir aquí esas blasfemias? No hay absolución hasta el día en que pienses lo contrario. ¡ Fuera de aquí!

Pacho se levantó asustado, y desde entonces parece que tomaba otra dirección, si veía un confesonario. Sus primeras lecturas, debidas al gusto infundido por su ma-

dre, fueron alimenticias y sanas; pero después ya se nutria con los jugos que hallaba á la mano. El latín no le agradó, y la filosofía escolástica le causaba náuseas y bostezos. Al cabo resintióse con varios de sus profesores devotos, y sus padres le enviaron á Quito, ya cuando había cumplido catorce ó quince años, donde se hundió en los arbollones jesuíticos, hasta que pasó á estudiar medicina.

Ni cuidado tuvo de averiguar los antecedentes de la señorita Magdalena. Si yo la amo es porque es buena; tal era su lógica: dejaré de amarla, apenas descubra que es mala. ¿ Y cómo lo descubría si no comprendía que le cegaba una venda, la atada en sus ojos por las perturbaciones de su espíritu y su temperamento bilioso nervioso? Hallábase el pobre Pacho como el ave á la cual emboba una serpiente, y por el momento no le era posible ni reflexionar. Magdalena era muy guapa, es cierto, y todas sus formas eran ricas de hechizos: su modo de mirar y sonreir, el primor de la garganta, la comba anterior de la cintura y las caderas virginales, la gallardía de la muchacha al presentarse, el timbre de su voz que formaba ecos, hundían en meditaciones á

Pacho y le obligaban á levantar los puños al cielo. Magdalena era quiteña, y había nacido en buena posición: su padre era abogado, y su madre una señora de buenas costumbres, pero melindrosa, devota y destituida de las dotes propias de una buena madre de familia. Casi no se preocupó de la educación de su única hija y dejóla crecer embriagada en las lisonjas de dos ó tres tías solteronas é ignorantes. Madaquito era el ídolo de éstas: no pensaban sino en emperejilarla y atusarla, en tomarle con ambas manos la cara y mirarla y remirarla riendo y exclamando:

—¡Jesús que *preciosura*, me muero! ¿*Querís* la luna, amorcito? ¿*Querís* sentarte en un trono para que te sirvan de rodillas? ¡Misericordia! Esta va á volver locos á los hombres, y con tiempo hay que pensar en que se meta monjita, se case con Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ay qué alhajita! decían las comadres de aquellas tías beneméritas.

No le consentían que tomara una aguja, que entrara á la cocina, que tendiera una cama, que confeccionara una horchata: esas manitas eran para jugar con flores, esos labios para besar la cruz, esos ojuelos

para ver la custodia. ¿Hombres? ¿Hombres habían de atreverse á acercarse siquiera á Madaquito? Las viejas no permitían que la niña pasase cerca de un hombre, cualquiera que fuera, menos que platicase con él ni un minuto. El padre tal, el cura cual, el confesor de ellas, eran los únicos que tenían derecho á palmear en la mejilla á la *lindura*. Y la criaban en el desaseo, en el descuido, en la pereza, en el orgullo, en el engreimiento, en el egoísmo, en la gula, en las ficciones, en la mojigatería, en la ignorancia absoluta del deber. Iba á la escuela, es verdad; pero ¿quién puede decir que en las escuelas de Quito aprenden las niñas? Si aprenden, no es sino lectura y escritura, no con perfección, ya que es proverbial la ortografía femenina; confección de bordados y flores de mano, cosas con que los maestros cohonestan su ineptitud ó su incuria; y principalmente oraciones, rogativas, jaculatorias, letanías, trisagios y otras cincuenta mil maravillas, con las cuales han perdido el tiempo y se han vuelto inútiles á la sociedad y á sí mismas. Lo que con más esmero enseñan á las niñas es el odio y el desprecio á los hombres, siempre que éstos no traigan hábito talar. En los Esta-

dos Unidos está establecida la co-educación, ó sea, la enseñanza á hombres y mujeres en común. Si desde niños viven juntos íntimamente, reflexionan los norte-americanos, disminuye la atracción sexual, la emulación de condiscípulos predispone á las niñas á desdeñar galanteos, se establece la fraternidad y la confianza mutuas y entrañables, ellos aprenden á respetar á la mujer, porque prácticamente vienen observando su debilidad y superioridad de atractivos, y ellas ven un protector en el hombre, perdidos los recelillos que pueden inspirarles desconfianza. Cierta vigilancia precave los desmanes. Si extravíos acaecen en aquellos colegios, en menor número son en los mixtos y en mayor en los de uno sólo de los sexos. De aquí el poder de la mujer en los Estados Unidos: rivaliza con el hombre aún en las profesiones más altas, no le huye ni tiene por qué huirle, y se auxilian los dos sexos en la gran empresa del progreso. Los filósofos vienen repitiendo desde el orígen de las ideas filosóficas: educad á la mujer, porque ella es la mejor maestra del hombre, ya que le enseña como madre: la ignorancia de la mujer es una de las causas del atraso de los pueblos.

Más tarde, la educación de Magdalena recibió un nuevo impulso pernicioso: nunca leyó un libro, nunca se preocupó de adquirir el menor conocimiento, nunca fué favorecida por estímulos extraños. Su casa vino á ser el centro de los enemigos de García Moreno, el semidiós de aquellos tiempos, porque su padre era también enemigo, cuando la muchacha era ya señorita. Los jóvenes se enamoraban de ella, los viejos la colmaban de elogios. Coqueteaba por orgullo, y nadie pudo gloriarse de su amor. Algunos recibieron respuestas que eran como bofetadas, modo de manifestar su soberana indiferencia. Si amó ó nó á Pacho, lo hemos de ver en el curso de esta historia. Su padre fué desterrado por el semidiós jesuíta, y su casa cayó en poder de los jesuítas de cogulla. La pobre familia se hundió en la miseria, y en ella se debatía cuando Magdalena fué conocida por el amigo Villamar. Nada sabía el mísero Pacho de cuanto acabamos de exponer, nada tampoco de las prácticas sociales en amor, y se limitó á obedecer sus instintos. El se tenía por un átomo, si se comparaba con aquella beldad de los cielos.

Al segundo día de entregada la carta, re-

gresaba sobretarde de una de sus solitarias excursiones. Amor veía en todas partes, porque el amor le tenía oprimido en sus mallas. El sol resplandecía de amor, las nubes se movían de amor, los cerros se mostraban negros á causa de las tristezas de amor. Si una golondrina pasaba, ¿adónde iba? Iba adonde otra golondrina la esperaba. Seguíala él algunas veces con el cuello estirado, cayendo y levantando en los prados, y cuál no era su disgusto, si acaso la veía regresar. La fisonomía de sus semejantes le inspiraba desprecio, porque á todos suponía enmorados, pero á nadie tan enamorado como él. Era como un borracho, quien á todos supone borrachos; pero todos han perdido el juicio, menos él. Regresaba, decíamos, y llegó á su casa. Magdalena se hallaba en el balcón, suelta la cabellera y enredando con la nena. Hasta entonces nada había contestado á Pacho, y éste pasó por delante, mirándola, el corazón en los ojos, trémulo, pero poniendo la cara mas indiferente. Ella le miraba también, y risueña. El separó la vista bruscamente, no la saludó y entró. A pocos instantes salió al balcón. Magdalena le volvió la espalda sin mirarle, dió un bofetonci-

to en la mejilla á la niña, entró á las habitaciones y dió un portazo que hizo resonar las vidrieras. El bueno de Pacho quedó boquiabierto, estupefacto y se embermejeció hasta las orejas. ¡Qué par de malcriados!

—Debe concluir todo, dijo entrando. Esta muchacha me tiene odio. Soy el más despreciable de los hombres.

—¿Y por qué esa exclamación, caballero? respondió una voz desde la puerta, y Pacho quedó petrificado.

Era la del joven Palomeque, uno de esos expósitos de la sociedad quiteña, hijo de cura, recién salido de nn convento, donde no continuó porque le faltó vocación; que vivía sin oficio, sólo componiendo versos, mimado y sostenido por una tía vieja y solterona. Tenía aire de suficiencia, trataba á Pacho como el superior al inferior y le encalabrinaba con la lectura incesante de sus versos. Su apariencia era grotesca, porque acostumbrado á la sotana y al manteo, costábale trabajo andar con pantalones y levita. No sabemos dónde diablos había conseguido Pacho conexiones con el joven Palomeque, quien vino á convertirse en su sombra, porque todos los días componía nuevas epopeyas, las que debían ser

todas por su público, nuestro cándido embrión de mediquillo. Entró con sus poesías en la mano y añadió, estrechando la de Pacho.

—¿Por qué exclamas tú así, y de qué niña estás hablando? Qué no sea de la vecina.....

—¿La vecina? ¿Cuál vecina?

—Magdalenita Gutiérrez. Acabo de verla en el balcón inmediato.

—¿La conoces?

—Mucho: es muy simpática. Voy á leerte la composición de que te hablé ayer, la "al viejo Pichincha". Sentémonos.

—La oiré con mucho gusto. ¿Dónde conociste á Magdalena?

—Pues en su casa ó qué sé yo dónde..... "Al viejo.....

—¿Es quiteña? ¿Quiénes son sus padres?

—¡*Per Cristum!* ¿Y qué le importan á Ud., caballero, esos pormenores? ¿Tiene Ud. algún interés? ¡Vamos! Es quiteña: su padre es un doctor Gutiérrez, á quien desterró el señor García. ¿Quieres saber más? "Al viejo Pichincha".....

—Pero bien.....dicen que esta señorita.....

—¡Diablos! ¡No leo! ¡Esto es ya dema-

siada impertinencia!

Pacho se sentó sonriendo, y dijo:

—Lee.

El joven Palomeque tosió, escupió dos ó tres veces, se limpió los bigotes con un pañuelo de cuadros y empezó en tono declamatorio:

"¿No le véis? ¿No le oís? ¡Es el Pichincha!"

—Amitó? Alabado sea el Señor Santísimo Sacramento del altar, amo *ñiñó*? Su mercé será el hijo de taita cura de Uyumbicho? dijo en aquel instante una pobre india labriega, quien, sudosa, desgreñada, jadeante, un enorme fardo y unas gallinas á la espalda, acababa de asomarse á la puerta con el semblante angustiado de Cristo cuando ascendía al paraje del suplicio.

El paquete que la india llevaba á cuestas hallábase suspendido de la frente por medio de una ancha correa, las gallinas iban sobre él, colgadas de las patas, y en los brazos de aquella infortunada mujer lloriqueaba un mamón de dos meses, Su vestido era como el de todas sus congéneres: un desgarrón de bayeta, bien pegado á las caderas, atado con una faja á la cintura y que sólo le cubría hasta las corvas; y una

burda camisa de lienzo, que dejaba al descubierto aquellas dos esteras femeniles, embeleso en toda mujer civilizada, sobre las cuales colgaban gargantillas de vidrios de colores. Piernas y pies estaban desnudos, sucios y sangrientos; pero la cabeza traía cubierta con uno como turbante de tela de bayeta. La casa en que vivía Pacho era propiedad del cura de Uyumbicho, aldea no muy distante de Quito, y la administración de dicha casa estaba á cargo de la familia del cura, la que habitaba el piso inferior.

—No, hija, dijo Pacho, acercándose compadecido á la india: la familia del cura vive abajo.

—Ola, mitaya, agregó el joven Palomeque, ¿cómo es que siendo tú india tienes un hijo que parece francés?

—Favor de taita cura, amo *ñiño*, respondió la india avergonzada.

Pacho se echó á reir; pero el noble joven Palomeque se puso á buscar un globo aerostático en la altura. En seguida tornó á su asiento con el mismo aire doctoral y volvió á emprender en la declamación de la oda:

"¿No le véis? ¿No le oís? ¡Es el Pichincha!"

En aquel momento sonaron las tres en un reloj de iglesia, y Pacho se puso de pié asustado.

—¡Las tres! Hora de irme. Dispénsame. A esta hora tengo que concurrir indispensablemente á la Universidad.

—¡*Sacre nom!* Yo no te busco otra vez con el objeto de leerte mis odas: si quieres oírlas, ven á mi cuarto.

—Será como vuesa magestad quiera, contestó Pacho riendo.

Pacho volvió á la Universidad, donde después de algunos zamarreos de los estudiantes más entrometidos, pues ya se había traslucido que en la calle de Pacho estaba el cielo, todo volvió á su aspecto anterior, hasta que llegaron las vacaciones de Diciembre. Pacho comportaba en su corazón un universo, y con él emprendió en viaje, sin quejarse. Luchó un día entero sobre si se despediría ó no de Magdalena. Veíala, pero no la saludaba: ella se mostraba soberana, él con el enfado del Papa cuando le desobedecían los monarcas cristianos. Podía quedarse ó nó: iban á empezar las fiestas de *Inocentes;* mas Pacho todavía no anteponía nada en el mundo al deber de visitar á su familia. Se fue, pues, nues-

tro buen Pacho, fuése demacrado, ojeroso, con la voz como la del convaleciente de fiebre, en pos del mejor remedio, eso sí, de un cielo claro, de cerros que se dejaban ver completos, de un horizonte admirable, de campos y árboles amigos, de padre y madre incomparables, y de las risas de chicuelos, cuya sola melodía embelesaba. Aire del campo es aire benéfico para los pulmones y el alma. ¡Cuánto hubiera gozado, si su enfermedad no hubiera sido endemoniada! Correrías á caballo, partidas de caza, nataciones en lagunas y arroyos, agazajos y refrescos diarios, festines y tertulias íntimas, charlas, risotadas, aromas de flores, y caricias, sobre todo, de padres y hermanos, ¿qué pudieron? En las excursiones á caballo, daba de espuelas al suyo, un día se extravió entre los mil montículos y valles de que allá en remota altura se formaban los enfaldos de un nevado: no cayó en la cuenta sino después de dos horas de trotar fuera del sendero. A lo lejos descubrió la cabaña de un indio y se encaminó á ella al través de escarpas y barrancas. Se acercaba cuando el sol se había puesto; no se veían sino páramos desnudos, cerca de la choza miserables sembríos, y corrían ven-

tarrones que se quejaban como un herido de muerte. Al aproximarse vió á un hombre que trataba de huir por un corral y esconderse en un chaparro inmediato: Pacho puso el caballo al galope y dió al prófugo voces de confianza.

—¿Por qué se aleja Ud., camarada? le gritó. Soy un amigo, quien quiera que Ud. sea, y ambos podemos auxiliarnos mutuamente.

El desconocido se detuvo y miró á Pacho con ademán de suspicacia.

—Soy Francisco Villamar; ¿y Ud.?

—¡Caracole! ¿De quién iba yo á esconderme? Yo le conozco á Ud., señor Pacho.

—Y yo á Ud., si no me equivoco. ¿No es Ud. el Comandante Pacheco?

—¡Ojojó! Bien venido, Señor Pachito, á estas alturas. Me hallé comprometido en la última *revulución* de Cuenca, y como este tirano á todos fusila, me tiene Ud. convertido en conejo.

—Monte Ud. á caballo y andando, Comandante. En la hacienda de mi papá puede Ud. permanecer oculto por el tiempo que sea necesario, y luégo veremos si se puede gestionar su libertad.

Muy en breve se entendieron, el Coman-

dante ensilló un caballo que pacía en el páramo, se despidieron de los indios dueños de la choza y partieron. Tardaron como seis horas en llegar á la hacienda de Pacho. Fue bien recibido el Comandante, y la señora le proporcionó un escondite seguro. De una vez diremos que, á pesar de la terquedad del Gobierno, no fue difícil alcanzar el indulto de Pacheco.

rios terremotos. También hay edificios de construcción moderna y elegante; pero extensa parte del área está ocupada por antiguos templos y conventos. Poca gente circula, y casi siempre en silencio, porque pocas son las faenas, aunque es general el ansia de trabajo. Al pasar por delante de los balcones de Magdalena, se ahogaba. Miró á ellos y estaban silenciosos. Silenciosos solamente no: hallábanse cerradas las vidrieras, cerradas también las puertas de madera, y aquellos lúgubres balcones se asemejaban á los ojos de un cadáver. También el portón estaba entornado y, según parecía, con llave. Pacho experimentó tal frío, que undularon todos sus músculos y quién sabe cómo se desmontó de la mula en el zaguán de su casa. Al momento salió doña Catalina, hermana del cura de Uyumbicho, vieja alta, flaca y encorvada, quien nunca se había lavado la cara y tenía aspecto de estantigua. Las guedejas estaban canas y sucias, suciedad había en las arrugas del rostro, en los lagrimales y los dientes, en las junturas de los dedos, y el brial era un harapo asquerosísimo. Tiene uno que encharcarse con frecuencia, con tal de no rozarse con esos séres en la calle. Y lo peor es que son atentísi-

mas y que si uno es devoto ó tiene dinero, hasta le abrazan, le acarician y le besan. Aquí te quise ver, escopeta. El buen Pacho vaciló antes de tender la mano á su patrona.

—Buenas tardes, mi *sia* Catalina.

—Señor Villamar, patojito de mi corazón, ¿qué tal ha estado? ¿Cómo me le ha ido por esos mundos? ¿Bien? ¡Vaya! ¡Cuánto me alegro! *Ojó*, pues, dije, cuando se fué sin despedirse: él ha de volver: no ha de ser ingrato: le he de castigar: duro, duro le he de dar. ¿Ha llegado enfermo?

Pacho ya había subido la escalera, y esperaba con impaciencia la llave de su cuarto, con la cual se presentó al fin el espantajo.

—Entre, siéntese, descanse, mi señor Villamar. Gordo, buen mozo ha venido. Limpiecito está el cuarto. Ayer no más tuve que arreglarlo, porque las vecinas, hechas las prolijas, ¿no vinieron á decirme que yo era una sucia, que no tenía cuidado de los cuartos y otra *inmundicia* de insultos? Pero Ud, Ud. tiene la culpa, señor Villamar. ¿En qué picardías estuvo Ud. con la vecina, bribonazo?

—¿Con la vecina? Yo no sé de qué vecina

habla Ud. mi *sia* Catalina.

—¡Qué ha de saber el motolito! ¡Y ha de decir que no ha conocido á la chiquilla! ¿No es cierto que no ha conocido á la *Madalena Butiérrez*?

—La conozco; pero de ello no se deduce otra cosa sino que la conozco.

—Santito es Ud. para contentarse con conocer á las muchachas. A mí no me ha de engañar, señor. Lo cierto *jué* que ambas, madre é hija, vinieron ayer á despedirse, y lo primero que hizo la Genoveva .....

—¿Quién es Genoveva?

—La madre, pues. Oiga no más. Lo primero que hizo la Genoveva fue averiguar por Ud. —"Conque ya su *alquilón* se ha ido? — El ha de volver, le respondí: no se fue sino por vacaciones.—¿Olá? ¿Es estudiante?—Sí, pues: de *medecina*. —¿Pero buen alquilón es, ó es de esos *alborotistos* que no sirven sino para desarreglar las viviendas? — Ay, Doña Genoveva, le dije, una damita es, un dije: ni parece que hay gente aquí: un elegante joven es mi señor Villamarcito. — ¡Vea, pues! ¿Y es rico? — Eso *ca* ni pregunte: riquísimo: ¿no ve que su padre tiene haciendas?" Al oir lo de rico quedóse mirando á la chiquilla, empeña-

da en hacerle señas con los ojos. Todito lo comprendí sin que me lo dijera *naide*.—"Amigo de ésta es, pues, siguió diciendo la Genoveva; pero todavía no ha venido á casa.

—¿Mío? ¡Nó! dijo la chiquilla moviéndose de un lado á otro y haciendo hocico con los labios. Mamita tiene unas cosas.....—¿Cierto será que se casa? volvió á decir la Genoveva." Entonces la *Madalena* me clavó unos ojazos y no soltó la respiración hasta que yo respondí: — "Se casará, no sé. Con quién se ha de casar si todavía no es sino un mocoso. Que se case con *Madalenita*, pues: bonita pareja sería. —¿Ajajay? dijo la Genoveva riendo, y la chiquilla se hizo la que nada oía y se puso á desatar el flueco del pañolón. Acá á su cuarto entraron; todo, todo lo registraron. Entonces fue cuando la Genoveva me dijo que el cuarto estaba sucio, que lo hiciera barrer y sacudir, y ni sé que tántas groserías más.

—¿Y sabe Ud. á dónde se han mudado?

—De eso sí no le daré razón: ni se me ocurrió preguntarles. Creo que se han ido al campo, porque la muda me dice que salieron á caballo. ¿Y para qué averigua, pues, con tánto interés, si dice que apenas conoce á la chiquilla? Viva soy. A mí no se me

engaña. Por eso el Mariano tiene confianza en mí, y mientras está en su curato de Uyumbicho, yo soy la patrona de esta casa. No se casará, señor. Yo le he de hacer escribir á su *taita*. Una pobre es la chiquilla, y dicen que ya tiene novio.

—¿Novio? ¿Quién?

—No sé, no sé. Hasta luego, dijo la vieja saliendo á toda prisa.

—¡Señora, señora!

Nada. Desapareció el espantajo, y Pacho tuvo que quedarse meditando. De sus reflexiones concluyó que las vecinas podían regresar; pero no se resolvió á preguntar por ellas á nadie. Desde entonces no se separaba del balcón, adonde le atraía el menor tropel en la calle; y aunque sus condiscípulos le hacían burlas, nunca consiguió saber lo que él quería, porque nadie sabía el lugar adonde había ido Magdalena. Quito no es Londres; pero en cinco meses el pobre Pacho no obtuvo ni noticia. No había teatros, no había reuniones, no había ningún espectáculo público. Pacho acudía á las misas en todas las iglesias, recorrió todas las calles, no perdonó ni las callejuelas limítrofes, por hediondas ó intransitables que fueran, la mirada siempre en toda cabeza

con manta, la imaginación en todos los balcones, el corazón en donde ondeaba una basquiña. ¡Oh enamorados, qué insensatos sois, pero qué envidiables!

Mayo es siempre el mes de las flores aun donde hay cuatro estaciones, donde la naturaleza casi no cambia de vestido, y sólo es muy severa como la estatua de Minerva, ó lúgubre y funesta como la de Proserpina. En Mayo el sol embellece con cambiantes de color de oro y purpúreos, y hace reir á los campos, los cuales ostentan verdura, circuitos de embelesadora florecencia, donde revolotean aves alegrísimas. No fastidia vivir apenas llega Mayo, y parece que en los aires suenan acentos musicales y voces de serafines que convidan á banquetes. Los europeos no tienen porqué envidiarnos, es cierto, y ríen de la apariencia de nuestra pobre primavera, la que á menudo es amedrentada por el ceño del invierno. Pero hay sol, hay cielo hermoso, hay llanos, hay aroma y frescura en los boscajes é inefable melodía en las riberas de un arroyo. A paseo una mañana: ¿ qué dicen ustedes, tristes habitantes de Quito? En la actualidad, á la Alameda concurre buen número de gente; pero en la época de Pacho Villamar, aquel para-

je estaba casi desierto. No sabemos porqué, á Pacho le gustaba oir ecos en la barranca del Machángara, ó trepar al Panecillo, donde se bañaba en brisas. Hasta Mayo no había vuelto á ser estudiante, como lo prescribía el deber. Si alguna vez aparecía en el aula, era para recibir retos del severo catedrático. Se le encendía el rostro, pateaba, se escabullía en los rincones de los claustros, fojeando el texto con ira, se recostaba por ahí; pero le era imposible estudiar. Ya los condiscípulos no se le acercaban, porque no respondía sino con monosílabos, sin mirar al interlocutor y haciendo gestos displicentes; pero al mismo tiempo mostraba solicitudes extrañas. Todas las mañanas los estudiantes de Anatomía concurrían al Hospital, precedidos del profesor cirujano, y presenciaban operaciones quirúrgicas ó disecciones en el anfiteatro, á las veces. Entraron una mañana á la enfermería de mujeres: la fetidez era tan horrible que todos hubieron de encender sus cigarros. Nada más odioso y sórdido que aquel refugio de los menesterosos privados de salud: todas las enfermas, cuyas camisas eran harapos mugrientos, yacían en colchones que parecía habían sido hallados en basureros, yacían en sába-

nas llenas de chafarrinadas indecentes, con cobertores agujereados é inmundos: andrajos colgaban de los catrecillos sin cortinas: debajo de ellos había zapatos viejos, recipientes que no habían sido lavados, y el pavimento repugnaba por la grasa y la saliva: las almohadas no eran sino envoltorios de trapos. Por todas partes, tanto en el suelo como en las mesas, veíanse ungüentos, cataplasmas, cacerolas untadas de sebo y aceite, desgarrones de enaguas empapados en pus, y fragmentos de cántaros de barro, donde ardían brasas y se efectuaban cocimientos. El cirujano examinaba una por una á las enfermas, detenidamente, porque quería triunfar sobre la muerte, y cada una de aquellas infelices era encomendada á la vigilancia de uno de aquellos bisoños practicantes.

—Esa del número 15 es nueva, gritó una voz, cuando el séquito atravesaba la sala, con ruido de pisadas.

—¿Qué enfermedad tiene Ud.? dijo el cirujano, tomando el pulso á una mujer.

La enferma era como de sesenta años, gruesa, carnuda, pero que denotaba miseria y aparentaba agudos dolores..

—¡Ay, señor! ¡Jesus María! ¡Mi desgracia! ¡Soy una pobre vieja!

Y empezó á gimotear.

—Anoche volvía de la calle, continuó. Soy costurera, señor *dotor*. Voy y me siento en mis costuras, porque no tenía vela, y se me clava una aguja enterita, y se me pierde del todo en la carne. Aquí, señor, aquí. ¡Ayayay!

—Es raro, dijo el doctor. ¿Aquí? añadió, hundiendo los dedos en el lugar designado por la enferma.

La pobre mujer había roto una sábana, y por la abertura mostraba el sitio del dolor: se hallaba en la parte posterior de uno de los muslos.

—¡Ayayay! ¡Ahí, señor!

El cirujano sacó un bisturí, lo examinó, se inclinó, y con la rapidez de un pestañeo, dió un corte profundo, y metió los dedos en la herida. Las carnes de la infeliz se extremecían; pero ella no daba sino quejidos levísimos.

—¡No hay aguja, mujer! exclamó el cirujano.

—¡Ay, señor! ¡Ay! Pero ahí me punza, señor *dotorcito*.

—Que le pongan ungüento con hilas: puede ser que en la supuración salga la aguja. Ud, dijo á Pacho, asistirá á esta enferma

desde hoy.

Pacho miró á la mujer con interés, le inspiraron lástima su dolor y tristeza, y entonces reparó en un chiquito de tres años, casi desnudo, sórdido, sentado en un ángulo del lecho, á los pies de la enferma. Tiritaba de frio, parecía tener hambre y miraba con ojos espantados. Pacho puso una moneda en manos del chico, confeccionó el remedio, curó á la mujer y se alejó cojitabundo. Todas las mañanas volvía á efectuar la operación. El hábito de curar á la vieja le familiarizó con ella y con el chico, quien palmoteaba cuando le veía asomar.

—Es mi *ñetico*, *ñiñito*, le dijo un dia la enferma. El otro día murió la pobre madre, hija de mis entrañas, en Tambillo, *onde* la había llevado su hombre y *onde* la abandonó en la última miseria. Me mandó un recado cuando la infeliz ya estaba en agonía y me entregó á este pobrecito, sin nada con que alimentarlo ni abrigarlo.

—¿Y no tiene Ud. familia?

—Tengo, pero de nada me sirve, *ñiño* de mi vida. *Helé*; un hermano es cura, una hermana es mujer de un abogado; pero que *haygan* dicho alguna vez: *tomá* este pedacito de pan, qué dizqué! Nada tengo en es-

ta vida, fuera del auxilio de Dios y mi *ñetico*.

La pobre mujer se puso á llorar. En el acento y en el estilo había verdad. La mísera plebe de Quito miente á troche y moche, miente aun sin saber que miente, miente aun en perjuicio de sí misma, miente porque su segunda naturaleza la ha arrastrado á la mentira. ¿En dónde se ha de refugiar el débil sino en la hipocresía, cuando ve cerradas las puertas de toda bondad y que sus mismos protectores le amenazan con látigo é infierno? La mentira es gran pecado, ha sido siempre el dictamen de las clases privilegiadas en Quito; pero de tal modo han hostigado al infeliz, con tal furia han querido extrangularle, que aquel ha buscado recurso en la mentira. No mientas, porque mueres, y si no mientes mueres: así era el sistema de la antigua inquisición, tribunal que fué conocido por la capital del Ecuador. Pacho se compadeció en extremo: desde entonces curaba á la mujer con mayor solicitud; mas la aguja no apareció en algunas semanas, al cabo de las cuales la herida empezó á cicatrizarse. Pacho se valió de una lavandera, su vecina, apta para servir á los de su clase con el ma-

yor desinterés, y por medio de ella proporcionó pobres vestidos, tanto á la anciana como al niño. ¡Cuál no sería su asombro cuando descubrió el secreto de aquella desgraciada! El cirujano la miró con ademán severo en una de sus últimas visitas.

—Ud. no ha tenido aguja, ni cosa que lo valga, señora, le dijo.

Pero le volvió la espalda antes de que estallara en excusas. En seguida llamó á Pacho á un lado y le dijo al somormujo:

—Esta mujer se ha finjido enferma. Mi bisturí no hizo sino obedecer á su ficción. ¡Quién sabe si no haya venido al Hospital por no haber tenido cómo alimentarse! Averígüelo.

Luégo que profesor y alumnos se fueron, Pacho se acercó á la enferma, é inclinándose cuanto le fué posible á su oído, díjole con voz pausada y vacilante:

—Yo no repruebo su acción, señora: es buena. Tal vez le obligó á fingir la miseria. Hábleme á mí con la más entera confianza, porque yo no he de obrar jamás en contra de Ud.

La mujer estalló en sollozos. La lavandera le había referido las buenas acciones del joven, ella las presenciaba todos los

días, además, y ya no tuvo escrúpulo en referirle la verdad.

—Mi *ñetico*, *ñiño* de mi corazón, prorrumpió entre lágrimas. Ya no aguantaba de hambre y frío. Yo pobre *ca* qué esperanza! *Onde* no busqué amparo. Conocía yo el *hespital* desde que mi hija estuvo enferma aquí. Ahí siquiera hay caldo, pensé: hay cobijas para no morirse de frío. Dicho y hecho. La operación me dolió, pero la Virgen Santísima me ha ayudado á dar de comer á mi hijito. ¿Qué castigo me impondrán, *ñiñitó*, si descubren? Protéjame, no me abandone, por las ánimas benditas!

—No piense en castigos ni en niño envuelto. Mañana saldrá de aquí conmigo, é irá á vivir donde no carezca de alimento. ¡Hasta mañana! ¡Buen ánimo!

Días más tarde comprometió á unos arrieros, dióles algunas buenas pesetas, y la mendiga y el chico fueron á parar á su hacienda, con una carta dirigida á su mamá. Nadie llegó á saber este episodio en el colegio, y nunca se volvió á hablar de aquellos desdichados.

Terminado aquel acaecido, Pacho se convirtió en un holgazán en el día y se echó enteramente á la briba por la noche. Por

las mañanas recorría las calles ó iba á las misas, luégo se trepaba á las lomas, donde bañaba el cuerpo en brisas, como he dicho, y el alma en las delicias de la contemplación en el silencio. Entre el día se encerraba en su cuarto, escribía pliegos de pliegos, que en seguida iban á parar al basurero. Apenas llegaba la noche, veíasele aparecer en una casa de juego, en uno como club fundado entonces, donde concurría gente de viso, y á veces veía allí el alba de otro día. El billar le cautivó al principio, luego el tresillo y por último se sumergió en los juegos de suerte. Jugaba una noche con contracción digna de otra obra, y contemplaban el juego algunos caballeros, de pie al rededor, cuando de improviso se le aproximó un hombre de fisonomía angulosa, tez bronceada, cejas y bigotes canos, y ojillos que eran extraños á aquel rostro.

—¿Ud. no es Don Francisco Villamar? le dijo.

—Servidor de Ud., respondió Pacho, levantando la cara con sorpresa.

—He oído el nombre de Ud. en cierta casa y deseo que U. me permita una palabra.

Dejó el juego el joven y siguió á su interlocutor á un sitio retirado.

—¿Ud. no vivía en una casa de San Marcos, junto á una familia de apellido Gutiérrez?

La locuela del viejo no era la de Quito, ni menos sus ademanes, desembarazados y expeditos.

—Sí, señor, respondió Pacho, en tono seco.

—Oiga Ud. joven: yo le estimo á Ud. desde hace tres días. Oí su nombre á aquella familia, después lo he oído á algunas personas, y por ellas sé que Ud. no ha nacido para el juego. Lo que quiero decir á Ud. es que no juegue, joven. Estos no son los lugares adonde Ud debe concurrir. Aprenda Ud. á ser patriota: eso es lo que le conviene á Ud.

Pacho experimentó vergüenza, y desde luego no supo qué responder. ¿No era impertinencia lo que oía? ¿Qué derecho tenía ese hombre para censurar sus actos? Pero él era mayor de edad y el derecho podía venirle de la simpatía y la experiencia. No había duda: era menester oir en silencio el consejo. Después comprendió que también debió haber manifestado gratitud. Pero lo que le tenía en ascuas era haber oído en sus labios el apellido Gutiérrez.

—Todavía no se ha servido Ud. decirme

su nombre, señor, dijo.

—Tiene Ud. razón. Me llamo Juan Boza. He permanecido desterrado en el Perú desde Marzo de 1869. Este tirano no perdona á nadie. Regresé á Guayaquil, mi tierra; pero él acaba de confinarme en esta capital. En un puerto de Chile conocí al Dr. Gutiérrez, desterrado también, motivo por el cual he contraído relaciones con su mujer y su hijita.

—¿De manera que ellas están en Quito?

—Indudablemente. ¿No sabe Ud. donde viven? Pues detrás de la muralla de la Merced. Por allá!...Yo no conozco el nombre de las calles. Con que retírese U. de aquí, amiguito. Los libros, los libros. Estudie U. la historia de Grecia. El juego es para éstos, añadió, tomando del brazo á un mocetón alto y robusto, que pasaba junto á los dos. Ese pelito, ¿no ve? Esos ojitos y esa risa...A la costa, Carrioncito; en la costa hará U. dinero en poco tiempo.

El mocetón reía como un cándido, y Pacho se escabulló sin decir palabra, metióse en su abrigo, tomó su paraguas y que lo busquen en Ginebra. Sin detenerse se encaminó á la Merced, dió varias vueltas al rededor de una espaciosa manzana, hasta que

le dolió el cuello á fuerza de mirar á los balcones, la mayor parte de los cuales estaban ya cerrados. Parecióle que los raros transeuntes se burlaban de él, consideró que mejor sería reflexionar en su casa y se recogió á eso de las once de la noche. Desde el amanecer estuvo en pie. Era todavía Mayo, y también su corazón empezaba á florecer. Daba al diablo no haber prolongado la conversación con el viejo del club, no haber obtenido mejores señas de la casa, no haber indagado si Magdalena hablaba de él con cariño ó con odio. Indudablemente ha de haber hablado con cariño, porque, ¿cómo, en caso contrario, se hubiera interesado por él don Juan Boza? Exabrupto le mencionó el guayaquileño á la familia Gutiérrez. ¿Sabía algo de su amor? Probable era hubiese notado lo que observó Doña Catalina, esto es, que Magdalena no oía su nombre con desdén; y llegó á la demencia con sólo esta idea. Otro hubiera estrechado conexiones con el viejo Boza, y de él se hubiera valido para ser presentado á la hermosa. Detrás de los muros de la Merced no tenía un amigo, y érale dificilillo pasar por calles solitarias, cuando los vecinos podían presumir el objeto. Permanecer

en las esquinas le era imposible. Pasó una vez, pero volvió indignado y taciturno. ¿Cuál de las calles era? ¿Convendría hablar con Boza? ¿Cómo comenzaría sus indagaciones si se veía con él? Ni medicina, ni historia de Grecia: entonces le absorbía el modo de descubrir el sitio donde se hallaba emboscado el enemigo. La constancia, se dijo, y tarde y mañana estaba yendo á la Merced, á pesar de que no todas las veces se atrevía á llegar.

Desde una cuadra de distancia descubrió un día á Magdalena y la conoció apenas asomó. Venía sola é iban á encontrarse en la acera. A los ojos de Pacho empezaron á desfilar los edificios, y el joven hubo de hacer un esfuerzo á fin de seguir caminando. No sabía qué resolución tomar. Se le ocurrió sacar una carta, desdoblóla y aparentó leer. Llegó Magdalena, ya pasaba junto á él mirándole, cuando Pacho se le acercó con el sombrero en la mano.

—No imaginaba encontrar á Ud., señorita.

—¿Cómo está, señor? ¿Qué ha sido de Ud?

—Ha debido U. presumirlo.....La acompañaré.....No detendré á Ud..... ¿Adónde va Ud. señorita?

—A mi casa. Aquella es mi casa, agregó designando unos balcones á pocos pasos de distancia.

—¿Sabe Ud. que Ud. es un ángel y que yo no puedo vivir en calma desde que Ud. era mi vecina?

—Déjese Ud. de eso. ¡Qué ocurrencia!

—La ocurrencia no es de ahora. ¿Me dejará Ud. morir, pudiendo salvarme?

—¿Por qué no viene Ud. á casa?

—De miedo. ¿Me recibirá Ud. bien? ¿Tendré ocasión de decirle que la adoro? Su mamá no me tratará con desagrado?

—Ahí sale mamita, exclamó Magdalena aparentando susto, en el momento en que se abrían las vidrieras de la casa. Adiós, no?

—¡Adios! Volveré: vendré á su casa, dijo Pacho, con voz resuelta y regresó con ademán victorioso. Volvió la cabeza á poco, cambió con Magdalena una última mirada, y la muchacha penetró al zaguán dando el saltito de costumbre.

CAPITULO IV

—¡Qué diablos! ¿Se estudia ó no, caballeros? Todos ustedes son los más grandes holgazanes, entraba diciendo Pacho á la Universidad en la tarde de aquel día, y su alborozo causó mucha sorpresa á los alumnos.

—¡Adios, Pachito! ¿Y de dónde aparece? dijo uno.

—¡Pan perdido! dijo otro. ¿Y por qué casualidad asomas tán alegre?

—Le ha de haber llegado arrope de suca-

sa. ¡Al cuarto de Villamar, señores!

—Es que tiene en los bolsillos morrocotas. Busquémosle.

—¿No será algo de Magdalena? dijo por fin uno.

Y aunque Villamar se enrojeció, pues estalló una risotada general, dirigióse muy serio á su asiento y aparentó embeberse en el estudio.

Era raro que hasta entonces no hubiese caído Villamar en manos de un sacerdote: ni era tonto, ni era pobre, ni su posición social la última, y nadie le conocía por sus ideas políticas, porque, en hecho de verdad, no las tenía todavía. A García Moreno le veía como el viajero ve un peligro remoto, acordándose de los que han perecido en él; pero no le exasperaba la pasión. Traíale á menudo pensativo todo lo que se decía acerca de él, sus traiciones, su venganza, su ferocidad, su soberbia, las injusticias que Pacho había presenciado; pero no llegaba á esclarecer estas ideas, porque le faltaba atmósfera adecuada. ¿Con quién, en efecto, hubiera hablado acerca del tirano, si en Quito temían nombrarle, y si le nombraban era en medio de lisonjas? Téngase en cuenta, por otra parte, que Pacho no trataba sino con

personas de su edad. Había leído "El Cosmopolita" entusiasmado, y aunque le había decidido á amar la libertad, ¿podía por ventura hallar pábulo este afecto donde todo ciudadano respiraba esclavitud? A los jesuítas les odiaba, porque él mismo había experimentado su enseñanza; pero pocos estimaban este modo de sentir. Carlos Munive, un estudiante de las primeras familias de Quito, decidor, risueño, insinuante, muy amigo de la buena forma y del chisme, bajito, barbilampiño y vestido con mucha elegancia, acercóse un día á Pacho y le comprometió á estudiar en compañía.

—Estudiemos en mi casa, le dijo, con su voz de caramillo, dos ó tres horas por dia, pues yo tengo huesecillos que tal vez tú no los tienes: etmoides, hioides, maxilares superior é inferior. Ya los exámenes están próximos. ¿Consientes?

Consintió Pacho con gusto, porque ya su intención era contraerse al estudio, y desde el día siguiente estuvieron instalados. Se bebian el Boscasa; pero entre paréntesis charlaban de lo lindo. Munive era jesuíta consumado y, en consecuencia, chismoso y embustero.

—Oye, Pacho, dijo un día, notando que

su compañero estaba distraído. ¿Todavía estás enamorado de Magdalena Gutiérrez?

—¿Yo? ¿Quién te ha dicho eso?

—Francamente, no lo creo, y sólo la suposición me encocora. Un amigo mío no debe poner los ojos en una muchacha como ésa.

—Porque los has puesto tú, ¿es verdad? exclamó Pacho, mirándole con burla.

—Esas son simplezas, hombre. Yo casi no conozco á esa *guambra*. No debes pensar en ella, y no hay más: debes considerarla como muerta.

—¿Va á meterse monja? ¿Está próxima á casarse?

—¡Ojalá fuera eso! Pregúntale á mi primo Enrique Cevallos: él sabe algunos pormenores.

—Pero yo sospecho que tú los sabes también.

—No, hijo: apenas he oído generalidades.

—¿Y esas generalidades son tales que te impulsen á calumniar á una mujer?

—¿Calumniarla yo? No tal.

—¿Me dices ó no me dices lo que sabes?

—Imposible, hijito, concluyó Munive, asustado ante la actitud amenazadora de Pacho.

Reflexionó un instante este último, tomó el sombrero y salió. En la plaza halló por fin á Cevallos, á quien había buscado larguísimo rato, sacóle de un corrillo, tomóle del brazo y fuése con él con aire misterioso.

—¿Qué sabe Ud. de Magdalena Gutiérrez?

—¿Yo? ¿Eso es lo que tenía que decirme?

—Sí, Enrique: dígamelo.

—¿Y qué interés tiene Ud. en averiguar esos asuntos?

—Tengo deseo imperioso de saberlos, deseo que no puede menos de ser satisfecho.

—¿Está Ud. enamorado de ella?

—Enamorado ó no, poco importa; pero sí lo estoy, Enrique.

—¿Esas tenemos, amigo Don Pachito? continuó diciendo Enrique, riendo y pasando el brazo por la espalda de Pacho. Pues, hijo, añadió, poniéndose serio, no debe Ud. ni pensar en aquella muchacha. Si quiere Ud. sentémonos aquí y oirá algo curiosísimo.

Sentáronse en un banco, de los pocos que había junto á los jardinillos de la plaza de la Independencia.

—El Dr. Gutiérrez, siguió diciendo Enrique, es grandísimo amigo de mi abuela, y

antes de partir al destierro, pudo hablar con ella y le recomendó con toda eficacia á Magdalena. Sin necesidad de la recomendación, mi abuela la habría protegido, porque nadie la iguala en lo de generosa, y profesaba mucho cariño á la *guambra*. Esta no vivía sino en mi casa, y mi abuela la agasajaba con dádivas. Hasta de lo que venía de la hacienda reservaba para mandar á Magdalena. A pesar de estas solicitudes y de recados repetidos, últimamente se ha resistido la muchacha á ir á casa, y mi abuela envió á una mujer para que averiguara con disimulo el motivo. Doña Genoveva iba á disculparla; pero nunca se dió por satisfecha mi abuela. Al fin entró la mujer y reveló á mi abuela un secreto que yo, por casualidad, sorprendí. La *guambrita* había venido á ser la querida de un rico.

—¡Es Ud. un blasfemo! exclamó Pacho, poniéndose en pie.

—Me temía esos arranques, señor Don Francisco; pero confío en que Ud. seguirá oyéndome hasta el fin.

—¡No oigo! Basta con lo que he oido para que dé á Ud. un balazo! ¡Y por la espalda, ya que Ud mata á una niña por la es-

palda!

—¿Yo matar á nadie, Pacho? No se imagine Ud. eso, y escuche. ¡Cómo! ¿Voy á prestar á Ud. un servicio, y por ello me amenaza de un modo tán inconveniente? Ud. es muy exaltado, hombre. Yo le daré á Ud. pruebas, yo le convenceré á Ud. Ud., palpará la verdad como yo palpo su chaleco, y de lo contrario le ofrezco que yo mismo me pego un balazo. Ud. acabará por darme las gracias, porque yo le libertaré á Ud. de una locura.

No decía todo ésto sin experimentar cierto temor, y con las miradas buscaba medios de escaparse.

—Caminemos, dijo Pacho. Vamos por el lugar más silencioso. Ahora soy todo oídos, y no hablaré hasta que Ud. haya concluido.

La relación de Enrique fué corta, verdad que él la prolongó, y salpicada de exclamaciones, reticencias, risas y aspavientos. Un comerciante de apellido Dorrego, cara de bobo y vestido á la última moda, había seducido á Magdalena, valiéndose del pretexto del dinero. Pacho tembló cuando oyó el nombre de Dorrego: él le había visto visitar á Magdalena. A Doña Genoveva le echaba la cul-

pa Enrique, á esa vieja enflautadora, cochina, sin vergüenza, y también á la vanidad de la muchacha, quien no había podido vencer el antojo de telas vistosas, adornos y perifollos de coqueta. Sólo Dorrego había concurrido á la casa, y por consiguiente, le había sido fácil la conquista, dada, por otra parte, la situación de las Gutiérrez, á cuyas puertas estaba llamando la miseria. ¿Por qué no se lo decían con franqueza á la abuela de Enrique, la que todo lo habría dado por la salvación de la chiquilla? La abuela tuvo que despedir á Doña Genoveva de la casa y prohibió que volviesen á hablarle de esas pécoras.

—Ahora, para que Ud. se convenza, añadió, entremos al almacén de Dorrego. Sea Ud. prudente: no vaya á exasperarse, porque quizá haya aquí quien nos observe. ¿Ve Ud. aquel muaré para vestidos? Fíjese. Esa tela no hay en otro almacén de Quito. ¿Ve Ud. ese penacho de cintas color celeste, para adornar el cabello? Fíjese. ¿Ve Ud. esos aretes de rosas con dos hojitas diminutas? Fíjese. ¿Ve Ud. esa gargantilla negra? ¿Se fijó? Ahora bien. Salgamos y vamos á dar una vuelta. No me negará Ud. que ha visto á Magdalena con alguna de

las prendas que acabo de indicarle. Aquéllas y muchas más han sido regaladas por Dorrego. ¿Cuándo ha visitado Ud. á la muchacha?

—¡Yo no la visito! exclamó Pacho trastornado, aunque no bien seguro de la identidad de las prendas, porque en ellas no había reparado en la última vez que vió á Magdalena.

Su imaginación se había hallado prendida de la hermosa durante todo el relato de Enrique, habíala visto rendida á Dorrego: á cada instante se limpiaba el sudor de la frente.

—¿Cómo voy á creer que Ud. no visita á Magdalena? dijo Enrique. ¿No dice Ud. que ella le tiene medio loco?

—En el instante quiero adquirir convencimiento de la criminalidad de esa mujer. Vamos á casa de ella los dos.

—¿Yo? ¿Cómo he de ir si ocurrió el antecedente de mi abuela? ¿He de exponerme á que me insulten desde arriba ó á que me den con las puertas en la cara? ¿Es Ud. insensato, Pachito?

—Vamos, ó será Ud. tenido por infame y le daré de bastonazos en este mismo lugar.

—Esto sí que es el colmo de la gracia, y

no tiene comparación con nada en el mundo. Tiene Ud. que moderar un poco su lenguaje y apaciguar la exasperación en que se halla, porque de otro modo va expuesto á que los transeuntes se rían de Ud. ¡Je, je! Bonito sería yo, si entrara á visitar á una mujer que acaba de ser arrojada de mi casa. ¿Y qué diría mi familia de mí? Oiga, Pachito: fácil es que Ud. se convenza si se compromete á proceder como yo le voy á aconsejar. ¿Que no la visita, dice? Pues bien; como ella no tiene otros adornos, porque es pobrísima, fíjese Ud. en esto, siempre trae las prendas consabidas, y Ud. puede verla con ellas en la casa ó en la calle. Puede hallarse en el balcón á la hora en que á las muchachas les agrada asomarse.

—Precisamente la actual. Vamos, pues, y la veremos juntos.

De tal modo se había contraído Enrique á la tarea de aseverar su informe, que no había notado el rumbo que llevaban. Cuando lo notó, ya era tarde: hallábanse á una cuadra de la casa de Magdalena, y la niña estaba en el balcón.

—Si Ud. no sigue, habrá pendencia, y Magdalena la puede presenciar y conocernos, dijo Pacho, excitado por las vacilacio-

nes de Enrique.

Este ya no podía retroceder, y al aproximarse y ver á Magdalena se esponjó, seguro de su triunfo.

—Fíjese, iba diciendo á Pacho.

En el interior del infeliz Villamar iba rugiendo como león la duda, el pobre caminaba como autómata, y ya no podía soportar esos zarpazos. Iba cadavérico y con gesto de ira: nadie hubiera podido desviar su mirada del balcón. No reparó sino en la tela del vestido y en el penacho de cintas del cabello, y perdió toda la sangre del rostro. Enrique saludó á la niña con muy insinuante ademán, pero ella no contestó, al ver que Pacho la miró con odio y pasó sin siquiera tocarse el sombrero. Al volver la esquina, Enrique estrechó la mano helada de Pacho, echando risotadas, con ademán victorioso.

—Y me ofendiste, ¿no te acuerdas? decía Munive á Villamar, días después y en el momento en que iban á comenzar el estudio.

—Si fueras cortés, no volverías á tocar ese asunto.

—No lo digo por exigirte explicaciones; dígolo para que te convenzas que yo siem-

pre digo la verdad.

—Estudiemos.

Estudiaron dos horas, casi sin interrupción, al cabo de las cuales se desperezaron y salieron á la calle. A poco andar divisaron á Magdalena y su madre. Entonces adquirió Pacho otra muy amarga sospecha: la comba anterior de la cintura pareció que estaba muy pronunciada en la joven, y su semblante lánguido y terroso.

—Ya era tiempo, se dijo Pacho, contando en su imaginación los meses, y lanzó una mirada fúnebre á la madre.

—Vióle Magdalena desde lejos; pero al encontrarse aquellos míseros, las miradas de uno y otro se hallaban en direcciones opuestas.

—¡Oh! qué espantosa es la miseria! dijo Pacho. ¿Por qué este tirano desterró al padre de esta niña?

—Cada cual está en el deber de mirar por sí, respondió Munive, y quién sabe si ese Doctor Gutiérrez no sea hombre peligroso?

—Lo será para García Moreno, no para otro, ni para la Nación ecuatoriana?

¿Y qué entiendes tú por Nación ecuatoriana? Lo que es yo, estoy persuadido de que el Sr. García es la Nación, porque, desapa-

recido él, queda reducido á la nada el Ecuador. El Sr. García es hombre necesario.

—Verdad. Es el raciocinio del que nada hace, por la simple razón de que para nada es capaz.

—¡No me insultes, Villamar!

—¿Y por qué insultas al Ecuador, Munive?

—Digo la verdad.

—¿Cómo y dónde has aprendido esas verdades, que en realidad no son sino barbaridades?

—¡Oh, no! Esa última palabra es impropia. ¿Acáso estamos en un cuartel?

—Estamos en un convento, donde se procura no hablar mal; pero se procede pésimamente.

—¿Y qué culpa ha tenido el clero si se ha despatarrado la muchacha?

—Ese término no es culto; pero en fin... La culpa es del director del clero, porque no debió dejar á aquella niña entre la prostitución y la pobreza.

—¡Pamplinas! ¡Cómo has de creer lo que dices, hombre! Pero la conducta de Enrique ha sido la de un caballero cumplido.

—Sí, si los caballeros cumplidos como Enrique, son los que se llaman canallas en cualquiera parte del mundo. Trastroca-

miento de palabras.

—¡Eso es ya intolerable! ¿Otra injusticia más? ¿Otra ingratitud clamorosa? Tú estás con ánimo de buscar gresca; pero de seguro no la hallarás con un caballero como yo.

—De un lado, el público indiferente y tranquilo, de otro una pobre niña; y tu primo se apresura á publicar un secreto que no perjudicaba sino á esta última.

—Pero que te aprovechaba á tí, ingrato!

—Yo no peso más en la balanza que aquella muchacha infeliz. Para Enrique, yo soy, además, indiferente: el secreto no fue publicado en consideración á mi persona; yo, por otra parte, lo hubiera descubierto de cualquier otro modo. Siempre hay villanía cobarde en obrar contra una débil mujer.

—Cria cuervos y te sacarán los ojos. Si tú eres valiente, debes ir á desafiar á Dorrego.

—Y á García Moreno ¿por qué no?

—Si así lo quieres.....

—¿Crees que soy camasquince? Evitaré las ridiculeces, pero siempre lamentaré la suerte de la pobre Magdalena. ¡Aquella criatura era divina!

El hecho fue que aquel desengaño paró el vuelo de la imaginación del pobre Villamar, apagó la vehemencia de los sentimientos de su ánimo, le hundió en el marasmo, le convirtió en bonachón, si bien precaria y aparentemente, á quien poco vinieron á importarle tirios y troyanos. Al principio fue un leopardo, como acabamos de verlo en el diálogo con Munive; fiero, intratable, brusco, agreste: las emprendía con cualquiera á insultos; hallábase en pendencias á cada triquitraque; su trato era evitado aun por sus más íntimos amigos. Poco á poco fué entrando en la apacible discreción, acostumbrándose á escuchar sin hablar, excepto cuando oía nombrar á Magdalena. Al momento daba una estampida y se le alteraba el semblante, lo que á algunos daba risa, cosa que para él le era indiferente. Una tarde tropezó con el joven Palomeque:

—Te consta, le dijo éste, que yo reprobé aquella temeraria afección. Yo conozco el mundo y sus ingratitudes y perfidias.

—¿Tú también? ¿Y cómo tuviste conocimiento de ello?

—¡Vaya si lo tuve! Y alguien me ha referido después el desenlace. Eres un niño, un

heroe de novela.

—El suceso ha andado en boca de todos. ¡Qué infamia! Hablemos de otra cosa.

—Te hablaba de ello, porque creía que te interesaba. Hablemos, pues, de asuntos más importantes. ¿Cuándo me esperas en tu cuarto para la lectura de mi oda "al Viejo Pichincha?"

—¡Oh! ese gran poema!

"¿No le véis, no le oís? ¡Es el Pichincha!"

Ven cuando gustes.

CAPITULO V

Jorge Hidalgo era un joven mayor que Villamar, bien parecido, muy culto, de aquellos que en la capital viven de sus rentas, holgazanes por obra de la moda, que consumen la hacienda de sus padres en francachelas y superfluidades, en dádivas á beatas socaliñeras, y desperdician una índole buena, muchas veces un ánimo noble en la pestilente cloaca de los vicios, ecxepto cuando temprano contraen matrimonio. Era un poco cándido, bibliómano desaforado por los libros en favor del cristianismo, aunque

ya no asistía á los colegios. Sus lecturas no eran de aquellas que alimentan: eran de las que embotan y ofuscan, como aquellos condimentos sin fósforo, horchatas que no estimulan, pero enervan. Leía á Augusto Nicolás, al abate Gaume, al Padre Ventura, y los anteponía á los mejores escritores. Una simpatía profunda había vinculado, no obstante, á Jorge y á Pacho en las noches sin sueño del club, á donde Pacho ya no concurría desde el encuentro con Boza. Las discusiones entre los dos eran frecuentes; pero siempre concluían con risotadas de muchachos. Hidalgo estaba enamorado. Su confidente vino á ser Pacho, quien, sin embargo, nada refirió á su amigo de sus amoríos con Magdalena, porque se conocieron cerca ya del desenlace consabido. Cuando lo supo Hidalgo, se afianzó su cariño por Pacho, y desde entonces se esforzaba en mitigar las tristezas del *chagra*.

Una noche invitó á Pacho á bailar en su casa en una tertulia de confianza. La sala estaba mal alumbrada: en Quito no había todavía gas ni luz eléctrica. En la sala había sofás y sillones mullidos, mesas y consolas con candelabros y mil chucherías, cortinajes de damasco rojo, una enorme araña suspen-

dida del cielo razo cubierto de grietas, espejos, pinturas al óleo y alfombra usada en el suelo. El piano era de fábrica antigua. Pacho conoció allí á Rosita, el ídolo de su amigo Jorge, pequeñuela, delgada, gachona, de mirada triste, pero de conversación muy ingeniosa. En breve llegaron á tratarse como íntimos amigos, á pesar de la reserva de Pacho, inspirada por ese como candor de las quiteñas, las que poco se prestan á la confianza con los hombres. Rosita era muy franca, de modales sencillos y agradables, y naturalmente llana y bondadosa. Pacho había adquirido un modo de ser interesante: hallábase delgado y sus miradas revelaban alguna experiencia. Amargura intensa no se descubría sino muy rara vez, en una de las comisuras de los labios, cuando alzaba levemente el superior, obligado á sonreir. Era cortísimo cuando trataba con damas; pero lo hacía sin melindres, sin fanfarrias, con naturalidad y discreción. Rehuía el trato de las mujeres con el mayor disimulo, y por eso se prendó de Magdalena como loco. Habló y bailó con Rosita, recibió y devolvió chancillas oportunas, hasta que derrotó á la gachona con alusiones delicadísimas á Hidalgo. ¿Derrotarla? Bue-

nas son las mujeres para dejarse derrotar por los proyectiles de cualquier hombre ó mozalvete. ¡Cuál no sería la amargura de Pacho cuando oyó pronunciar á Rosita las palabras siguientes!

—¡Cuidado, señor Villamar! Ud. ha tenido la desgracia de apasionarse de la amiguita de Dios, y lo malo es que no debe confiar en verla arrepentida.

—¿Conoce Ud. á la amiguita de Dios?

—No, señor; pero sé la historia.

—¿Se la ha referido Jorge?

—Adivine ..... ¿Pero he hecho mal en mencionar aquel incidente, señor Villamar? añadió ,al ver la palidez de Pacho. He sido muy indiscreta. Sírvase Ud. dispensarme, señor. Mi deseo no era otro que probar á Ud. que le estimo y darle muestras de cordialidad y confianza.

—Si no hay nada, señorita, respondió Pacho, riendo: no hay cosa mas agradable que oirla á Ud. embromar.

En un rato de aquéllos buscó á Hidalgo y le increpó con profundo dolor.

—Aquel secreto no ha debido salir de tus labios, le dijo, porque él no me ofende á mí sino á una pobre señorita. ¿Cómo lo sorprendiste tú?

—Me lo refirióEnrique. Rosita sabe que yo te he confiado el nuéstro, y el mejor medio de inspirarle confianza era referirle tu secreto. Se lo referí antes de que acaeciese el último lance, y después ya fué necesario completar el relato. Perdóname en todo caso, mi cholo. Rosa no conoce á Magdalena, y sólo sabe el nombre de pila.

Rosita revoloteaba por ahí, arrepentida, sin duda, de las palabras dichas á Pacho, porque de repente se acercó á él, le tomó del brazo y se lo llevó á un sofá.

—Ya Ud. no se acuerda de los sucesos pasados, ¿no es así, señor Villamar? Dígame: Ud me perdona, no? ¿Ya Ud sabe que me caso con Jorge? Pues yo quiero tener con Ud. la misma confianza que existe entre Ud. y su amigo. No me niegue, bribón: á Ud. le llama la atención una de las niñas que están aquí presentes. ¿A que no me dice cual le gusta más?

—Ud.

—¡Me muero! Pero á mí no me puede Ud. querer con amor.

—¿Y cómo lo sabe Ud?

—Entonces le aviso á Jorge.

—Correrá la sangre de él ó la mía, dijo Pacho riendo.

—¡Fiero mudo! ¿Y si yo dijera á gritos que quiero más á Jorge que á Ud.?

—Entonces caería yo muerto de repente.

—Déme un gusto, Pacho: saque Ud. á bailar á Dolores.

—¿Por qué no, Rosita? Ante todo diré á Ud. que estoy muy contento con saber el próximo matrimonio de Uds.

Dolores era la única hermana de Hidalgo: Pacho ya la había tratado muchas veces, mas de lejos. Era una rubia muy bella; pero que se evaporaba como aroma, se contraía á la mirada de un hombre, como ciertos vegetales al tacto, y sus mejillas se embermejecían sin motivo. Acababa de salir de un convento de monjas, y era la primera vez que se veía en tertulia y en baile. Hablaba poco, porque la ahogaba el susto, el que provenía de nada ó casi nada. Cuando Pacho la invitó, se puso pálida, y encendida al reclinarse en el hombro del joven. Pacho notó que tropezaba á menudo.

—Será bueno, señorita, que paseemos un instante, hasta que toquen otro vals. Este me parece difícil de bailarse.

—Como guste Ud, señor. Yo no puedo bailar.

—Son nuevas estas tertulias para Ud,

señorita, y deber es de los amigos esforzarnos en que no las halle fastidiosas.

—Gracias, señor.

—¿Bailará Ud. conmigo otra ocasión, señorita?

—¡Oh, sí!

—¿Las monjitas no le prohibían bailar?

—Sí, señor.

—¿Y entonces?

—Ya no estoy con ellas. A mamita y á Jorge no les disgusta que yo baile.

—¡Vaya! ¡Bailemos!

Pacho estaba en ascuas. Dolores hablaba á medias y con voz apenas perceptible. Se extremecía su cuerpo en los brazos del mozo; pero éste como si estuviera en Babia. Seguro era que aquella niña sólo bailaba de vergüenza de excusarse, porque tropezaba y ponía en apuros á Pacho. Al fin acudió Rosita y se asió de un brazo del joven.

—¡Me muero! ¿Todavía piensan en bailar? ¿Y por qué no toman una copita? Oye, monjita, danos una copita de ese vino tán rico, ese Amontillado que saborean reinas. ¡Vamos! Ya tiene Ud. otro semblante, señor Pacho. ¿Le ha gustado bailar con la monjita?

—No mucho, porque el baile ha sido muy corto: quisiera bailar con ella toda la vida.

—¡Ay, Jesus! ¿Qué está Ud. diciendo, atrevido? Vamos á ver: una copa Dolores, otra Ud. y otra yo. ¡Un brindis, señor Villamar!

—Brindo, porque soy el más afortunado de los hombres. Cristo murió entre dos ladrones, yo brindo entre dos encantadoras.

—Masón!

—No le digas así, Rosita, dijo tímidamente Dolores.

Prorrumpieron en una carcajada Rosa y Villamar, y Dolores no supo cómo ocultar el semblante.

—¿Cuál de las dos le parece más encantadora? dijo Rosita.

—Ud, si miro á mi izquierda; Dolores, si miro á mi derecha.

Fueron interrumpidos por una avenida de los otros concurrentes. Lo cierto era que reinaba la más ingenua alegría. Jorge era feliz: ya joven había perdido á su padre, y sólo le quedaba una madre muy anciana, buena señora, quien nunca salió de la iglesia; pero que veneraba á su hijo como á padre y le dejaba obrar con entera libertad. Do-

lores completaba aquella reducida familia, la monjita, como la llamaban amigos y parientes. Sea porque la enseñanza de las monjas, europeas casi todas, no se había reducido á devociones, sea porque las propensiones de la joven iban en pos del bienestar, Dolores era hacendosa y pulcra, y cuantos la trataban la querían por su suavidad y su candor. Jorge veía aproximarse el día de su unión con Rosa, y ya se puede conocer una de las causas de su dicha. Otra era haber proporcionado á Pacho la ocasión de que tratase con algunas lindas muchachas. Ni se le ocurrió el peligro de su hermana. Hallábanse, en efecto, en la sala, seis ú ocho guapas quiteñas, más ó menos educadas y listas, todas, eso sí, poseedoras de atractivos. Pacho casi no bailó con ellas, distraído por las solicitudes de Rosa, cuya causa era incomprensible para el joven. En Pacho dormía el alma, la que no podía ser despertada ni por alarmas de incendios. Estaba en el convencimiento íntimo de que ninguna beldad podía amarle por torpe, y ello le sugirió idea acerva de su suerte. Hallábanse en la sala varios caballeros, casi ninguno de ellos estudiante; pero por desdicha no estaba el joven Palomeque, quien en

aquel instante probablemente componía odas melodiosas. Se disolvió la tertulia sin que nadie se hubiera fastidiado. Al salir dijo Rosita á Pacho en secreto:

—Visíteme, no? Tenemos que conversar muy largo. Esta noche no ha visto Ud. lo que yo he visto, y por otras razones, yo sé más que Ud. de ciertas ..... amarguras. Venga, fiero mudo: ya tiene Ud. amistad con toda mi familia. Siempre es bueno recordar con un amigo los pormenores de una tertulia. Vendrá, no?

—Iré, porque á Ud. hay que obedecerla.

Magdalena y Dorrego volvieron á bailar en la imaginación de Pacho con una insistencia de volver demente á cualquiera. Nunca había bailado con ella, nunca había recibido su respiración en el cuello, nunca el brazo de él le había enlazado la cintura, nunca la oyó reir de un donaire. Y la adoraba aún con devoción, con ira, con vergüenza de sí mismo. ¿Y porqué venía Dorrego con ella á perturbarle aún en las horas de descanso? ¿Quién era ese tal Dorrego? ¿Era el inbécil, el bobo á quién ántes había despreciado? A nadie acusaba sino á su torpeza, y todavía tenía momentos de delirio.

Al entrar á casa de Rosita, uno ó dos días después de la tertulia, Pacho ya no se acordaba de las alusionesen toda aquella noche, ni de las promesas de revelaciones que ella le había hecho. Habían sido únicamente chanzas. Raro es que úno se acuerde al día siguiente de lo que no le ha cautivado la atención, y éste es el secreto de que úno olvide con frecuencia nombres y apellidos. Rosita seguía muy amable; pero la tristeza de su mirada había aumentado. Veía sin pestañar á Pacho, especialmente cuando en la conversación entraba el nombre de Dolores. El joven pronunciaba este nombre con cariño; mas de ello no se podía deducir lo que Rosita anhelaba.

—¡Qué candor el de Dolores! dijo por fin Villamar en una de las puntadas del diálogo.

—Si yo no estuviera convencida de que no arriesgo nada con mis frases, porque Ud. es una persona de noble corazón, ya por lo que me ha dicho Jorge, ya porque á mí también así me parece, dijo Rosita, séria y conmovida hasta lo quejumbroso de la voz, el secreto hubiera sido eterno, por la simple razón de que es de una niña adorable. Le ama á Ud. con pasión, Francisco. Yo he

visto correr sus lágrimas, yo he visto sus congojas en el silencio de las noches, yo he oido sus confidencias entre sollozo y sollozo. Hace pocos días estábamos en Puembo: Dolores hubiera agonizado, si en mí no hubiera hallado, al fin, una amiga.

—¿Dolores?

—¡Dolores Hidalgo, mudo! ¿Todavía no había caído Ud. en la cuenta?

—Está Ud. equivocada, Rosita: Dolores no puede amarme á mí. La verdad es que Ud. se burla, agregó, levantándose é irguiéndose.

—Todo es porque Ud. no puede amarla á ella, ingrato!

—¿Habla Ud seriamente?

—¿Hay algun motivo para que yo me burle? dijo Rosita con los ojos ya llenos de lágrimas.

—Dolores es hermana de mi amigo íntimo, y yo tengo que mirarla con respeto religioso.

—Sí, el capellán.

Pacho no pudo menos de sonreir; pero por el momento no tuvo nada que agregar. Vióse en una situación violenta. Le era imposible amar á Dolores, le era imposible también engañarla, y monstruoso le parecía

dar á saber la verdad.

—Hé ahí las consecuencias de la educación del claustro, pensó. ¡Hermanas de la Providencia, Hermanas del Buen Pastor, Hermanas de los Corazones! Se educan las niñas como si no hubiera hombres, desarrollan obligadas á odiar á los hombres, salen y se enloquecen á causa de la primera cara bigotuda. Unas se prostituyen de mal educadas y pobres en Quito, otras son inocentes víctimas de amor. Esta muchacha tendrá mucho que sufrir, si es cierto lo que refiere su amiga. A los hombres nos quedan siquiera otras esperanzas.

—¿Y cómo ha consolado Ud. á Dolores? agregó en alta voz.

—Con la esperanza del amor de Ud, hombre intratable.

—Yo no soy intratable, Rosita. Si viera Ud. mi corazón en este momento. Pero si está desgarrado, si necesito que se cicatricen las llagas. ¿Puede haber criatura más adorable que Dolores? Oigame Rosita: dígale que lo sé todo, que lo he comprendido todo, que he temido que ella comprenda lo que hay en mi interior, y que forzoso es escondernos en la más grande discreción. Hidalgo podría adquirir derecho para tratar-

me de mal amigo y aun de infame.

—Yo hablo con él respecto de ésto.

—De ningún modo. Me odiaría.

—¿El, tán bueno? ¿Y por qué? Lo mismo me dice siempre Dolores. Tiembla que Jorge llegue á comprender su secreto.

—Así es la naturaleza humana. Jorge es el señor de la casa: por recelo de hablillas, vendría el alejamiento, luégo la displiscencia, y finalmente yo tendría que alejarme por completo. ¿Acáso estoy en situación de casarme? Ella es muy niña, y yo también muy joven. Ruegue Ud. á Dolores, Rosita, que vaya aprendiendo el disimulo.

—Estoy contenta, dijo Rosita al despedirse de su amigo. Ya no tendré que conversar con miedo. ¿Y Ud. ya no pensará en la amiguita de Jesús?

—Quizá esta Magdalena es más desdichada que la otra.

CAPITULO VI

Raro había de ser que no se conocieran entre sí todos los estudiantes de Quito, ya que todos eran atraídos al centro jesuítico. Se reunían, se veían, se observaban, se espiaban, se aborrecían por motivos fútiles y acababan por disputarse el derecho de llevar informes á los padres jesuítas, el amigo en contra del amigo, el pariente en contra del pariente, hasta el protegido en contra de quien le daba protección. Educación que empieza por envilecer á los niños, imponiéndoles como deber el espionaje y el

chisme, ¿puede traer buenos resultados? De la obligación de chismear viene la impostura y el embuste, y de éstos no va gran distancia á la calumnia. Niños para quienes la calumnia es virtud, vienen á ser un flajelo para las poblaciones en que viven. ¿Los jesuítas alegan que tienen talento, que con facilidad distinguen la verdad de la mentira, que premian la primera y castigan la segunda, y que para educar á los niños les es forzoso averiguar todos sus secretos y aún los de las respectivas familias? Esta lógica es innoble y ya no puede ser aceptada en Naciones que propenden á la seriedad é hidalguía: merece las más severas represiones, ya por parte del inspector de instrucción, ya por parte de los padres de familia, á cuyos hijos se ha convertido en plagas del hogar. Como el chisme requiere disimulo, viene también de allí la hipocresía. ¿Y estos dos serviles hábitos, no contribuyen á la bajeza de carácter, á hacer doblar las rodillas en presencia de superior predicamento? El educado con jesuítas es soberbio, cuando trata con los de posición inferior; humilde, vil y lisonjero, cuando trata con personas superiores. Los jesuítas poseen instrumen-

tos magníficos para cortar las alas al espíritu: debilitan el organismo de los jóvenes con imposiciones de estudios, que son como fardos de arena, y con las de largas meditaciones acerca de metafísica escolástica. Prescriben volúmenes de latinajos que fatigan y esterilizan el alma, como hay vegetales que esterilizan la tierra, sin que sirvan al hombre para nada. Y viene la devoción enervante, á pretexto de *último fin*, la lisonja al poderoso, la socaliña al rico, la aspereza con el débil, el sarcasmo con el pobre de espíritu. La ciencia está soplando en todas direcciones. ¿Y cómo los escolares han de aspirar esa ciencia, si está vigente el precepto acerca de libros prohibidos? ¡Horrible es que todavía hayamos de combatir en nuestra patria á enemigo que en el haz de la tierra está rendido ó al rendirse!

Jorge Hidalgo había sido también estudiante, conocía las propensiones de Enrique Cevallos, y huía de él con demostraciones de miedo. Enrique sonreía á todo el mundo, para todos tenía un chiste, una zalamería á tiempo ó importuna, hablaba con humildad de sí mismo, más á menudo de lo que requiere la cultura, y desollaba á

los ausentes aparentando compasión. Conocidas son estas sabandijas de uno y otro sexo, y lo han sido desde el origen de los tiempos, pero el jesuitismo las está incubando en lo moderno. Las más dañosas son las de mayor jerarquía y las que menos convencidas están de la maldad de la calumnia. Si la serpiente supiese el daño que causa, seguro es que sus mordeduras serían menos frecuentes. Enrique era de buena familia, dábase las apariencias de sabio y andaba por las calles finchado y magestuoso. Quizás había sido un pobre diablo, quizás hubiera sido un hombre útil; pero los jesuítas le depravaron de remate con estímulos á su vanidad y con la enseñanza propia de ellos.

—Tengo que decirte una cosa, dijo un día Hidalgo á Villamar. Cuidado la digas á nadie. Enrique Cevallos nunca me debió buen concepto. Creo que es pura calumnia suya lo relativo á Magdalena Gutiérrez. Ninguna prueba es convincente.

—Yo la he visto encinta, murmuró Pacho con tristeza.

—Puedes haberte equivocado: ¿qué práctica tienes? Eso no se conoce á la simple vista á tan pocos meses de embarazo, sino

cuando se observa con mucha atención y sin estar preocupado como estabas.

—Pero las prendas que ella tenía eran del mismo almacén de Dorrego.

—¡Ese no es argumento, hombre! ¿No se venden de esa clase en otros almacenes de Quito? ¿Magdalena no pudo adquirirlas del mismo almacén de Dorrego por cualquier otro motivo lícito y decente?

—Pero ¿cómo, si estaba tan pobre?

—Pobre está úno hoy; pero mañana puede adquirir dinero. Me admiro de que no se te hayan ocurrido estas reflexiones, de que te hayas sometido á la minoría y estés execrando á la *guambrita*, después que ella te invitó á ir á su casa.

Pacho se puso de pie.

—Entreveo el infierno, dijo, con sólo imaginarme que sea verdad lo que dices.

—Por otra parte, Enrique tiene la costumbre de ser insigne charlatán. Es enemigo del prójimo ese mequetrefe endemoniado. ¿Y has llegado á saber si él le ha cantado las tristes á la *guambra*, y si por ella ha sido desdeñado?

Pacho quedó contemplando á su amigo como fuera de sí.

—¡Voy á saberlo! dijo, tomando el bastón

y el sombrero.

—¡Espera! ¿Adónde vas? Me da gana de echar al olvido tus asuntos y dejarte que te desenredes como puedas. Todo lo vas á trastornar con ese carácter de potro cerrero. Yo me encargo de investigar con calma y yo te traeré luégo el resultado. ¿A dónde ibas á volar si todavía tienes telas en los ojos? Yo tengo alguna amistad con Dorrego y hasta puedo ser presentado á Magdalena.

—Pero si.....

—Pero si, pero si.....¡Maldita sea la terquedad del hombre! Me obedeces ó te dejo solo. Nada dices en estos seis ú ocho días. A más ver.

Jorge era activísimo cuando se trataba de servir á un amigo. Como la escena había ocurrido en el cuarto de Pacho, éste se acercó á la mesa, rompió cuanto manuscrito había y se puso á escribir á Magdalena, en el supuesto de que hubiera sido calumniada. La carta empezaba á ser una erupción; pero la interrumpió luégo, doblegado por la idea de que era inútil su esperanza. Púsose el sombrero y se acordó de sus paseos solitarios. Volvió sobretarde, no quiso ir en busca de amigos, encerróse

para salir al balcón, desde el cual se puso á contemplar las ventanas contiguas, desiertas en los postreros meses, olvidadas en los últimos días; pero ahora ya llenas de fantasmagorías para el joven. ¡Oh Magdalena, oh beldad! ¡Llenabas de luz la calle, de fragancia el ambiente, de alegría el alma de los que alcanzaban á mirarte! ¡Y tú eras, no ya olvidada, mas también abominada por un corazón que debía estar rendido á tus plantas! ¿Qué clase de corazón era aquel que á la simple murmuración de truhanes, sin haber verificado la verdad de los rumores, te supone volcada de tu solio, te considera como azucena marchita, y tiene el valor de no levantar ninguno de tus pétalos? Ya Pacho empezaba á transformarse, ya volvía á ser una de esas notas melodiosas que hechizan el oído del viandante, en la eterna romanza de la vida. Dos ó tres días hacía que no había visto á Hidalgo, ni hablado con nadie, ni oído nada á nadie acerca del drama de su amor.

A las cinco de la mañana de un Domingo abriéronse ruidosamente las puertas de la habitación de Pacho, y hé ahí que aparece Hidalgo trasnochado, con guantes y ropa de baile, oliendo á champaña desde lejos:

echa las cortinas á un lado, arroja sobre la cama la bata de Pacho, y

—Gran noticia, amigo, le dice: levántate...Me caigo de sueño...La casualidad ha venido en auxilio de tus planes. No he dormido en toda la noche. Acabo de separarme de Magdalena, ¿entiendes? Ella ha tocado estos guantes: tómalos. Qué bonita está la *guambra*, *cholo* de mi alma. Es calumnia, muy calumnia, más que calumnia lo dicho por ese infame de Cevallos ¡Caramba! ¿Pero te levantas ó nó, perezoso? ¡El dormido, y la muchachita acordándose de él! ¡Esto sí que es curioso!

—¿Acordándose de mí? No mientas. Cuéntame, pues, mientras yo me levanto.

—¿La casualidad no te digo? En casa de las Riofríos hubo una tertulia anoche por el cumpleaños de la vieja: yo fuí invitado desde el viernes. ¿Quién crees tú que entró después de mí y vino á engalanar el salón? No hay ni seña de embarazo en ese cuerpecito elegante, y tú sabes que debía hallarse en los seis meses. Allí había estado Dorrego. Desde que entró Magdalena, resolvíme á no perder un gesto de los dos, y lo conseguí, pues era enteramente fácil. Naturalidad evidente y perfecta: nada revela

ba la menor complicidad, intimidades como las que hay que suponer, dado el caso de relación culpable y misteriosa. No, señor: nada de ésto. Se cambiaron algunos chistes, bailaron una ó dos veces; pero él se contrajo á festejar á una ambateña, con quien, según dijeron allí, está próximo á casarse. Magdalena le hizo algunas burlas en presencia mía y de otros caballeros acerca del futuro matrimonio. El final es lo que hay de bueno: vas á ver. La invité á bailar á eso de las doce: antes no lo hice porque ella tenía compromisos. ¡Qué bien baila la muchacha, hijo! Y está hermosa, hermosísima: su semblante tiene la frescura de la virginidad y la salud. —" Yo no he visto á Ud. algun tiempo ni en la calle, señorita, le dije. —Pero yo sí: le he encontrado varias veces. ¿Me parece que Ud. tiene muchos amigos? —Más me agrada tener amigas, señorita. —Ambas cosas le serán fáciles; pero siempre que he encontrado á Ud. en la calle, le he visto con diferentes señores. —Es posible; pero con quien ando con mas frecuencia es con mi amigo Francisco Villamar. —¿Tiene Ud. amistad con él? —Intima, señorita. —¿Está aquí? —Y estará hasta que concluya sus estudios. ¿Parece que tam-

bién Ud. le conoce? —Apenas. Sospecho que aquel caballero es persona muy insociable. —Al contrario. —¿Al contrario, dice Ud.? Puede ser: Ud. lo ha tratado con más frecuencia que yo. Pero por lo que yo he observado ... —¿Ha sido también amigo de Ud.? —Así, así: éramos vecinos; pero desde entonces..... —Algo le he oído de la estimación profunda que tiene por Ud. —¿Sí? ¡Qué ocurrencia! Me han dicho que está para casarse. —¿Con quién? —Yo no sé con quién. Yo no estoy para averiguar esas cosas. —Me parece muy difícil, señorita. El pobre está cautivo, y mientras no le concedan libertad... —¿Cómo cautivo? —Un par de ojos negros le tienen encadenado en sus pestañas. —¡Así serán las pestañas! Precisamente por eso es seguro que se casa—Sucede que esos ojos son tiranos y no le prometen nada al infeliz. —¿Cuáles?" No pude menos de reir, y ella prosiguió con gesto de disgusto: —Sí, ya entiendo: serán los ojos de la mujer ésa, de la novia. Lo que es á mí me importa un bledo." El disgusto procedió de una mala inteligencia; pero lo peor fue que en ese momento se acercó la vieja su madre y le dijo en secreto que no conversara tánto con-

migo, que había quien la observase y que todo podía dañarse por una bagatela.

—¿Dañar? dijo Pacho. ¿Y qué es lo que se podrá dañar?

—No sé; simplezas.

—No hay tal. Eso de dañar es muy significativo. ¿Ya ves? Ahí vuelve á aparecer Dorrego.

—Ja, ja, ja! A eso voy: precisamente de Dorrego iba á hablarte. Todo es interrupciones, todo es interpretaciones, todo es exasperaciones y violencias. ¡Vaya que no dejas de ser un chúcaro tú! Hablé con Dorrego á solas, me dí modos de llevarlo á un rincón, y con nuestras sendas tazas de té en la mano, charlamos más de media hora, sin cuidado. Tuve la sagacidad de traer á cuento á Magdalena. —"A propósito, le dije, y hablemos de bagatelas un momento: mi hermana está loca por unos aretitos como los que trae Magdalena, y no los ha hallado en ningún almacén: ¿hay en el de Ud.? —En el mío hay, me dijo: en él los compró la señorita Magdalena, así como varias otras cosas. —¿Pero no es verdad que están muy pobres? —Eso verdad es; pero el padre puso una sumilla aquí desde Chile, facultándome para que diera á la familia lo

que pidiese en mercancías." ¿Quiere Ud. saber más, amigo Don Pachito?

Ya éste no estaba al lado de Jorge: hallábase escribiendo, y escribía de modo de despedazar el papel.

—¿Quieres ser mi padrino? dijo de repente á Hidalgo.

—¿Qué es eso? ¿Desafías á Enrique? ¿De modo que quieres ir á parar á la Intendencia?

—No comprendo.

—Mejor es darle un fuetazo en la cara á Enrique donde nadie pueda ver la escena.

—¿Fuetazo? ¿Con fuete se puede lavar la honra de una niña?

—Pero con revólver menos. Vas á la Intendencia, y todo el mundo sabe que has cometido un disparate.

—¿Y por qué he de ir á la Intendencia si el duelo no es divulgado?

—Bonito. ¿Y crees que Enrique no lo ha de divulgar al momento?

—Será un canalla.

—Creo que no es otra cosa quien ha calumniado á una señorita.

Pacho volvió al pupitre y se puso á escribir á Magdalena. La carta brotaba centellas y lágrimas amargas. Pacho se hu

millaba en ella, se erguía, rogaba, volvía á levantarse altivo y trituraba con el pie al calumniante. No nombraba á éste, sin embargo. Suplicaba después con frases tan tiernas, con locuciones tan naturales y vivas, que nadie se hubiera resistido al leerlas. "Sí soy culpado, decía un pasaje. también lo es el pecador; pero Dios se compadece de él y le perdona. ¿Quién ha de imitar á Dios mejor que uno de sus ángeles? Mi pecado ha provenido del exceso de pasión, del delirio á que me arrebataron los atractivos de Ud. Ofrecerle la vida es nada: mejor es ofrecerle vivir en incesante adoración. Yo soy así, idólatra; pero preciso es que mi ídolo se llame Magdalena. ¡Amor mio! es cierto que ya he obtenido su perdón, que ya puedo presentarme sin la timidez del reo, que sus ojos no me han de mirar con odio, que sus labios han de pronunciar mi nombre con bondad? Yo no quiero sino oir su voz, yo no quiero sino estrechar su mano, yo no quiero sino contemplar su sonrisa, respirar junto á Ud. el aire que está Ud. respirando, y luégo ya puedo espirar como si todo me fuera indiferente."

Cuando concluyó de escribir, notó que Hidalgo dormía, se lavó, se vistió, se perfu-

mó, puso la carta en el bolsillo, y salió á la calle. Al salir se le ocurrió que Magdalena estaría en el lecho, ya que la tertulia había durado hasta la aurora, y paso ante paso, fuese por esas calles como quien iba á libertar á la patria. Quería entregar él en persona la carta, único medio de que no hubiese retardos; pero se le vino la idea de que no estaría visible Magdalena en aquel día, con motivo de la última noche, y se resolvió á esperar el día venidero. A las doce en punto de este día, Pacho subía la escalera de su amada. La casa estaba silenciosa: sólo notó algún movimiento de criados.

—Señor Villamar, ¿qué milagro viene Ud.? Entre, siéntese, dijo Doña Genoveva, á quien encontró en el corredor. ¿Cómo así viene Ud. cuando ni se lo ha visto por la calle? Un día ni nos saludó. Amigos somos. ¿No se acuerda, pues, de cuando éramos vecinos?

Era la primera vez que Pacho oía la voz de la señora.

—Cierto, señora, murmuró el joven, cuyos ojos se salían de sus órbitas y buscaban á Magdalena en todas direcciones. ¿Y la señorita Magdalena?

—Adentro está ocupada. Ya no más vie-

ne. Pero cúbrase, cúbrase, amiguito. ¿Por qué no ha venido, pues?, Tánto como le hemos invitado. ¿A qué casualidad debemos el gusto de tenerlo aquí?

—Casualidad no es, señora: deseo darle una explicación á la señorita hija de Ud.

—Tal vez no ha de poder salir. ¿No puede Ud. dármela á mí? Yo se la he de pasar á ella en el momento.

Pacho, sentado en un sofá, tenía la puerta al frente y por ella miraba á los andenes. De improviso vió el perfil de Magdalena en un cuarto contiguo á la escalera, y se precipitó allá sin hacer caso de Doña Genoveva. Magdalena se ocultó detrás de la puerta; pero Pacho la pudo distinguir y saludarla. Hallábase zarrapastrosa, desgreñada, una parte del cabello trenzada y otra suelta, sucias la cara y las manos, y vestía una bata cochambrosa, cuyo color era imposible distinguir. Pacho se acercó con el sombrero en la mano y le tendió la carta con ademán suplicante.

—¿Para quién es eso? ¿Para mí? dijo ella en tono de enojo. ¡Qué ocurrencia!

—Perdone Ud, yo se lo ruego, señorita. Sírvase leer esta carta. Ya no le exijo respuesta. Yo vendré á oirla de sus labios á las

seis de la tarde.

—Pero...

—Oh, yo le ruego, Magdalena, dijo Pacho con voz temblorosa.

— En fin, pues ...

Y recibió la carta y la puso en una mesa contigua. Doña Genoveva se había encontrado á espaldas de Pacho, una mano sobre otra y ambas sobre el abdomen, en actitud de expectativa. Pacho se inclinó delante de ella y se precipitó por la escalera, en la cual encontró á sirvientes cargados de canastas de ropa. Detrás de Pacho descendió una criada la escalera y alcanzó al joven al salir á la calle.

—*Niñó*: que suba dice la *niña*.

—Díle que volveré á las seis de la tarde: ahora no me es posible regresar.

No las tenía todas consigo el pobre joven: necesitaba respirar con libertad. Echó á caminar como loco de remate, vacilando, tropezando, estropeando con el hombro á los transeuntes, encharcándose él mismo á cada paso, pues en las calles había hoyuelos de fango.

—Que la lea, iba pensando. ¿Qué objeto tiene en hablar conmigo antes de leerla? El llamamiento ha de haber sido de la madre,

con el fin de reconvenirme y devolverme la carta.

Y no podía respirar, y tragaba saliva, y así llegó á su cuarto, donde se recostó en un sofá. De repente, el joven Palomeque, á la vista, con un rollo de manuscritos en la mano.

—¡Caramba! Caro me cuestas. Busca y busca desde la mañana á la noche. Quedaste comprometido á venir á mi cuarto. ¿Quieres oir leer?

—¡Oh, amigo! Desde mañana te oiré todos los días. Ahora me es imposible, y perdóname.

—Eres un héroe de novela. ¿De manera que me voy? ¿No oyes la oda "al viejo Pichincha," ni tampoco otros versecillos compuestos en la última noche?

—Todo eso es muy bueno; pero no puedo, no puedo, amigo mío. Hazme el favor de irte.

—Hasta luégo.

Y se fue sacando chispas de la escalera de piedra. Pacho se puso á dar vueltas al rededor de la mesa central. Lo que hacía con la mente era leer y releer la carta de memoria é imaginarse la impresión producida en Magdalena por cada pasaje. Duró aquella

situación largo rato. A cada instante veía Pacho el reloj. A las cinco, por fin, al lavabo, escobilló bien la ropa y vistióse con la mayor elegancia. Iba á oir su sentencia; pero en aquella vez estaba sereno, como Juana de Arco en Beauvais.

Llegó á la plaza de la Independencia, y todavía no eran las seis. En un banco se hallaba un joven, quien reparó en Villamar. Era Villacís, otro de los amigos del club.

—Va Ud. muy preocupado, Don Francisco, dijo este último. Está Ud. cariacontecido. Ven y siéntate, hombre. Veamos á esa muchacha que pasa por ahí. ¡Qué buena pierna, diablos!

—Tengo que hacer.

—Venga Vd. á sentarse, so triste, ó vea Ud. lo que hace, porque le trituro la mano.

—Hombre, no seas tosco. Vuelvo en el momento. Hasta luégo.

—¡Y ha de porfiar! Está Ud. muy elegante, caballero ¿Estás invitado al matrimonio, tal vez?

—¿A qué matrimonio?

—¿No has sabido? Al de Magdalena Gutiérrez con Ramírez.

Pacho se puso lívido y se cubrió la cara en ademán de estornudar.

—¿ Por qué te has puesto tán pálido ? dijo Villacís

—Parece que me va á dar un vértigo. He estudiado todo el día y no he tomado ningún alimento. Felizmente el pañuelo está empapado en agua de Colonia.

Diciendo ésto se sentó y se enjugó la frente con mano temblorosa.

—Tal vez Magdalena Gutiérrez.....

—Ni la conozco, hombre. ¿ Con quién dices que se casa y cuándo ?

—Dentro de una hora más ó menos. Vienen á la capilla de los jesuítas. Se casa con Ramírez, ese latacungueño feo, pero rico. ¿ Qué te parece ? Estoy por creer que la pobre chiquilla se vende, porque se hallaba en la última miseria, y el *chagra* no deja de tener sus realitos. Sí la conoces : no mientas.

Pacho no hablaba : hallábase recostado en el espaldar del banco, el rostro pálido hacia arriba, y procuraba atar cabos, lo que le era muy difícil.

—¿ Te pasó ? dijo Villacis.

—Sí ; pero caminemos. Yo me quiero ir...

—Parece que de veras estás malo, dijo Villacís, al ver que á Pacho le temblaban las piernas. ¿ Quieres ir á una botica ? Mejor es tomar una copita de cordial.

Enlazó su brazo con el de Pacho, y ambos se encaminaron á una licorería inmediata.

—¿Conque no quieres presenciar el matrimonio? Los matrimonios no son de todos los dias, y siquiera nos proporcionará alguna distracción.

—Me es indiferente: no conozco ni á él ni á ella. Haré lo que gustes.

Pacho caminaba como autómata y procuraba no cambiar miradas con su amigo, quien se puso á tararear la Traviata.

En la portada de los jesuítas notaron cierta animación. La capilla se hallaba en el zaguán. Dos sacristanes vestidos de sotana y sobrepellíz, en pie en el umbral, un lego anciano que entraba con sillas y salía sin ellas, *chullalevas* zarrapastrosos y con el sombrero á la oreja, multitud de rapaces plebeyos que se daban puntapiés y empellones, mujeres vestidas de negro, bien cubiertas con pañolones y que se deslizaban, como sombras, á lo largo de la acera, y uno que otro caballero elegante. Acababa de oscurecer cuando á lo lejos se oyó el ruido de coches. Pacho no hizo sino acercarse á una pared, apoyarse de hombros en ella, sin fijarse si era lugar adecuado para ver. Al fin llegaron los coches: de uno de ellos descen-

dió Dorrego, quien extendió la mano para prestar apoyo á Doña Genoveva. Después apareció Magdalena, vestida de blanco, pálida, pero orgullosa y sonriente. Pacho no procuró ver más, ni quiso ser visto: volvió las espaldas á la escena, empujó con el hombro á algunos curiosos, uno de los cuales le había robado el reloj, y se fue.

CAPITULO VII

A europeos he visto tirar las riendas á sus mulas, afirmarse en los estribos, levantarse los sombreros y hundir la mirada allá en el paisaje, á la vuelta de un recodo, en el descenso llamado Romerillos. Aquel panorama que suspende por lo amplio, por la verdura de los campos, que no es uniforme, pues aquí y allí hay granjas y aldeas, bosques y colinas, vallas de demarcación y pequeños matorrales, es el valle embelesador de Machachi, surcado por un hilo recto de dos leguas, la carretera de norte á sur, única vía

meridional desde Quito. A uno y otro lado de la carretera hay potreros y sembríos, potreros cubiertos de ganado, sembrios dilatados de papas y cereales. La vista se detiene al frente en los elegantes oteros llamados Santa Rosa, y á derecha é izquierda en las dos ramas de los Andes. Vense á un lado el Corazón y sus enfaldos, al otro el Runiñahui y Pasochoa, prófugos estos últimos de los Andes orientales. Nubecillas se atreven, á veces, á descender al valle, besan las cimas de los árboles y van á descansar á las montañas. Si ha llovido y brilla el sol, es más arrobador el espectáculo. Yo me hubiera arrodillado al ver aquel valle en 1895, si lo hubieran permitido los grillos y la escolta.

En aquella carretera trotaba numerosa cabalgata en un día puro y serenísimo. Iban á Quito dos damas y varios de los caballeros á quienes conocemos: las damas eran Rosita y Dolores, y los caballeros Hidalgo, Villacís, el joven Palomeque, el Comandante Pacheco, Francisco Villamar y algunos otros estudiantes. Se habían casado Rosita é Hidalgo, y con Dolores habían ido á paseo á Latacunga. Pacho Villamar venía de muy lejos, y sus amigos habían ido

á encontrarle á la provincia de León. Pacho había dejado los estudios y partido á Popayán por el interior de Colombia, á un negocio comercial de su padre; de Popayán había salido á Buenaventura, de allí venido á Guayaquil, por el océano, y de Guayaquil iba á Quito, adonde luégo llegaría su familia.

Antes de partir á Popayán, había vuelto á ver á Magdalena: una tarde había visto á dos señoras, de vuelta encontrada con él, en el portal del Arzobispo: una, joven y pálida, otra madura. Pacho las conoció desde lejos; pero no quiso evitar el encuentro. Eran Magdalena y su madre. Pacho pasaba junto á ellas quitándose el sombrero; pero con la más sombría indiferencia, cuando Doña Genoveva le llamó la atención.

—Señor Villamar, le dijo tendiéndole la mano, en qué tiempos se le ve á Ud. ¿Se habrá ido, estará aquí, qué será? decía el otro día hablando con ésta. ¿Qué tal ha estado, pues?

—A sus órdenes, señoras.

—¿Hasta cuándo es, pues, Ud. tán terco, señor Villamar? *Aura* vivimos allá por el Carmen, *ingrimas*, porque todos los hombres están lejos: mi marido desterrado,

el de Magdalena, se fue á Francia.

Magdalena miró á Pacho y gesticuló desdeñosamente con los labios.

—Buscaré oportunidad y las visitaré, señora.

—¿Pero cuándo será, pues? Venga no más cualquier rato: hoy, mañana, cualquier día. *Vendrá, venrá*, no?

—El domingo por la noche, señora, murmuró Pacho por salir del aprieto, y en seguida se despidió, oprimido el corazón.

—Hé ahí que tengo que ir el Domingo, iba reflexionando para sí. ¡Oferta y oferta á señoras! Jamás dejaré de ser un animal.

Pero después de tántos meses de sombras, no dejó de experimentar cierto intenso regocijo. Amaba todavía y entrañablemente. Fue el Domingo: la casa estaba silenciosa y no había siqueira alumbrado. Desde afuera oyó la voz de Magdalena, esa voz que le había estremecido y embargado, altiva, como de enojo; pero las palabras eran ininteligibles. Magdalena se hallaba encendiendo una lámpara en el momento en que Villamar llegó á la puerta de la sala.

—Entre Ud, señor Villamar, dijo ella.

—Soy tan puntual, señora, que llego hasta á ser importuno.

—No, señor: éntre Ud. y tome asiento.

Y sentóse frente á Pacho con ademán desdeñoso.

—¿Y la señora su mamá?

—Está buena, gracias.

—¿Y también Ud. muy buena? Diría yo que Ud. ha embellecido.

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia! No vuelva Ud. á decirme esas cosas.

Pacho comprendió que Magdalena estaba ofendida, ó que quería convertirlo en víctima de burlas: esta última idea le indignó, encendiéronsele las mejillas, chisporroteáronle los ojos; pero guardó profundo silencio hasta que apareció Doña Genoveva. La conversación fue frívola, cansada, entre bostezos, á pesar del empeño de Pacho en darle interés, en sazonarla, en provocar siquiera relumbrones, y se despidió enfadado y taciturno.

—Ya conoce el camino: no deje Ud. de venir, le dijo Magdalena.

Pero Pacho salió resuelto á no regresar.

Algunos días más tarde fue el cumpleaños de Doña Genoveva, y Pacho lo dejó pasar sin visitarla; pero al día siguiente reflexionó que no eran culpables por la frialdad en la última visita, pues la culpa la a-

tribuyó á la torpeza de él, y resolvióse á volver para comportarse mejor. Tal era la índole de Pacho: siempre estaba dispuesto á cohonestar las faltas de los otros. No estaban en casa ni madre ni hija, y sólo aquella rubia fea, á quien un día vimos en el balcón de San Marcos.

—Espérelas, señor Villamar, le dijo: no han de tardar en venir: *aquicito* no más fueron.

Pacho esperó cinco minutos. Al cabo de este tiempo sacó la cartera, la abrió, tomó una tarjeta, doblóla una esquina y la puso en una mesa. En la cartera estaba el retrato de Rosita, la novia entonces de Hidalgo; el retrato se deslizó hasta el suelo, Pacho volvió á colocarlo en su sitio y guardó la cartera en el bolsillo del pecho. Iba á despedirse cuando aparecieron ambas señoras, fatigadas, sudorosas, jadeantes.

—¡Ay, esta subida! entró diciendo Magdalena.

Pacho saludólas; pero Magdalena y la rubia desaparecieron al instante en la alcoba, mientras doña Genoveva se dejaba caer en un sofá. Pacho se hallaba en una silla, de espaldas á la mampara de la alcoba. Pocas palabras había cambiado con Doña

Genoveva. De súbito se abrió la mampara, la rubia se acercó á Pacho por detrás, y por delante Magdalena en actitud de combate. La rubia le empuñó las manos, y Magdalena quiso sacarle la cartera. Al principio Pacho rió y se resistió chacoteando; pero luégo que vió en el rostro de la hermosa gestos de cólera intensa, de capricho, de venganza de perra enfurecida, sacudió las manos de las macizas de la rubia, irguióse, tomó las solapas de la levita y las ajustó una contra otra, oprimiendo las manos de la dama, las que ya se habían introducido en sus vestidos.

—¿Qué pretende Ud. señora? dijo Pacho en tono ya muy serio.

—Déme Ud. su cartera.

—¿Y para eso tánta furia?

—Su cartera, su cartera, ó vea lo que se hace.

Entrevió la causa de aquella embestida no muy cortés, y se desprendió de Magdalena, dando un salto rápido hacia atrás.

—Señora, lo comprendo todo. Ofenderme así es indigno.

—Todos los jóvenes tienen la costumbre de comprar en las fotografías retratos de las de quienes se aficionan, ponen dedicato-

rias ellos mismos y andan á mostrarlos á todos los amigos.

—¿Supone Ud. que en mi cartera está el suyo? Si le mostrara el que tengo, señora, le daría satisfacciones en cambio de una ofensa muy innoble. No he hecho con un retrato lo que Ud. dice jamás. Si lo hiciera, sería con un retrato de persona que mereciese la pena.

Tomó su sombrero.

—Señoras, dijo inclinándose, y salió sin estrechar la mano de ninguna.

Hé ahí la última entrevista de la *bonita pareja* de Doña Catalina, la patrona de la casa de San Marcos. A poco de esta entrevista, Pacho se encaminó á Popayán.

Conque avanza una cabalgata en la carretera de Machachi; trota, galopa, llega al caserío inmediato á la aldea, cuando acaece un suceso inesperado. El caballo de Dolores había tenido costumbre de entrar á una de las posadas contiguas, era tozudo, recalcitrante y porfiaba por precipitarse á dicha posada. Dolores tiraba la rienda con mano vigorosa. Al fin se encabritó el caballo y levantó las patas delanteras, esparciendo blanca espuma, y hasta ponerse en actitud vertical. Hubo un momento de susto:

los jóvenes dieron de espuelas á sus cabalgaduras y desaforados zurriagazos á la de Dolores, mientras Pacho se desmontaba veloz y se acercaba al lugar del peligro. Dolores, soltó las riendas, dió un grito y dejóse caer por las ancas del caballo. Pacho la recibió en sus brazos como pudo y evitó que se desarreglase la bata de montar. La pobre rubia cayó lívida y se desmayó al momento. El caballo emprendió en vertiginoso galope, pero fue perseguido por la gente de servicio. También Pacho estaba pálido, porque el caballo le había dado una recia patada en la canilla, en el instante de emprender en la fuga. Larga fue la demora, porque todos hubieron de reanimar á Dolores, quien volvió á montar trémula, pero ya en otro caballo.

—¡Qué acción la de Villamar! dijo por lo bajo á su cuñada. No la olvidaré en mi vida, y alguna vez haré cualquier sacrificio por él.

Para Dolores, criatura á quien nadie había lisonjeado y que había crecido al azote de los cuchicheos egoístas de monjas, un leve servicio era obra nobilísima y requería grande recompensa. Y conviene saber que en su alma no se había extinguido el amor

por Villamar. Iba inundada en dicha: aquel era el día más glorioso de su vida. Comentaron el suceso hasta llegar al puente de Machángara, lo comentó especialmente el Comandante Pacheco, á quien había tocado lo principal de la faena, eso de ir por agua para salpicar en el rostro á Dolores.

Al descender al puente ocurrió otro acaecido interesante: el joven Palomeque iba muy serio, embufandado, con anteojos verdes, levitón descomunal, guantes enormes de abrigo, sombrero de funda, con las medias descubiertas, pues los pantalones se le habían arrugado hacia arriba, porque no traía zamarras ni polainas, y separado de las damas, cuya conversación le parecía impropia de un filósofo. Tosía á menudo y se acariciaba la barba, dando á su semblante el aire más majestuoso. De repente, de una casuca vecina salió un cerdo perseguido por perros, y en su angustiosa carrera se metió entre las patas de la cabalgadura del joven Palomeque: el caballo dió dos saltos y lanzóse á carrera tendida. El joven Palomeque perdió el sombrero, vínosele el cabello á la frente, perdió también los estribos, soltó las riendas y se abrazó del cuello del bruto.

—¡Misericordia! gritaba. Atajen á este

caballo, atajen á este caballo, por Dios!

—Parecería cura, si no fuera por la barba, dijo un robusto boyero, quien se arrojó á contener el caballo, abriendo los brazos, saltando y amenazándole con una enorme aguijada. Al fin consiguió tomarlo del diestro, contúvolo; pero el joven Palomeque se dejó caer en cuatro pies, y con su caída salió á luz una buena porción de maiz tostado, fiambre que el joven llevaba en los bolsillos. Estaba pálido hasta el blanco de los ojos.

—¡Ví candela! dijo levantándose y sacudiéndose la ropa.

—¡Una copa, una copa! gritaban, al llegar, los estudiantes, sin poder dejar de echar risotadas.

La llegada de Pacho metió algún ruidecillo en Quito, porque ya era visto como enemigo del Gobierno. Al pasar por Ipiales había conocido á Montalvo. Es virtud de los grandes hombres la trasmisión del fuego de su alma, con sólo frases ó miradas, á las almas de los jóvenes, si estas últimas no han sido envilecidas. Pacho ya había admirado á Montalvo y experimentado la electricidad de su elocuencia; pero todavía vacilaba antes de tratarlo, ofuscado por las emanaciones de la política reinante.

Tratóle y dió con el rumbo. Reflexionó mientras duró su viaje á Popayán, y en esta ciudad dió á la estampa artículos vehementes, ya increpando al déspota, ya elogiando á Montalvo, ya reconviniendo á la Patria en lenguaje expresivo y lastimero, porque su conducta no era la de un pueblo levantado. Estos artículos habían sido leídos en Quito en época en que no se oían sino rogativas. Coincidió su llegada con el examen de uno de sus amigos de colegio, joven inteligente y laborioso, y enemigo de los jesuítas hasta la exaltación y la imprudencia. Pacho concurrió al examen, á invitación de su amigo. Instalóse el jurado, dos profesores á derecha é izquierda del Padre Rector. El examen iba á versar sobre Derecho canónico. El examinando se hallaba en el cadalso, pues era conocida la prevención de los examinadores. "Por desgracia, el estudiante muestra inclinaciones á la incredulidad," leyó en el certificado el secretario; y, por supuesto, el jurado, con excepción del Padre Rector, se revistió de tal majestad que todos los estudiantes se estremecieron; pero el examinando buscó la mirada de Pacho y sonrió.

—El certificado que está sobre la mesa,

dijo el Padre Rector en su media lengua, pues era italiano, es suficiente argumento para no permitir que el alumno rinda su examen; pero la extremada bondad del Padre superior ha consentido en que lo rinda, como prueba de distinción á la juventud de esta católica República.

En seguida tomó algunos sorbos de rapé, se sonó con un inmenso pañuelo á cuadros, se acomodó el bonete y principió el examen. Fue brillante, á pesar de la prevención del jurado. Antes de la votación, el Padre Rector se inclinó amablemente y se puso á registrar los papeles que se hallaban en la mesa.

—¿Y el certificado de confesión? dijo con mucha dulzura.

—No lo he presentado, Padre, contestó el sustentante.

—¿Y por qué, hijo mio?

—Porque no me he confesado.

—He debido yo *recordarme* de este requisito antes de principiar el examen, y así hubiéramos evitado pérdida de tiempo.

Se procedió á la votación, y el secretario dijo, después de sacar las fichas de la bolsa:

—¡Reprobado con tres cuartas!

Pacho se adelantó á los jesuítas, lívido de cólera, cuando éstos estaban dejando sus asientos.

—Aquí no se viene á rendir examen de mojigatería, sino de la ciencia que uno ha estudiado en las aulas: esa calificación es una desvergüenza.

El discreto Padre Rector se deslizó con paso muy mesurado; pero uno de los Padres profesores se encaró con Pacho y exclamó con ademán altivo:

—¡En nuestra casa no se dicen tales insolencias!

—Mayores son las que se hacen. Y la casa no es de Ustedes, ni de ese tiranuelo á quien Ustedes han convertido en instrumento, sino costeada por nosotros, es decir, por toda la Nación.

—¡Afuera!

Pacho tomó del brazo á su amigo, y ambos salieron indignados. Inmediatamente el Presidente de la República había recibido informe de aquel altercado, y por la tarde fue escolta á la casa de Pacho y lo aprehendió. Pacho empezaba á experimentar las caricias del azote del bando jesuítico, señor absoluto de su patria.

CAPITULO VIII

¿Quién se hubiera interesado por Villamar en Quito, aunque sus relaciones fueran muchas y valiosas, si su atentado había sido en contra de los Padres jesuítas, de la aristocracia del clero, de la institución más considerada por el Romano Pontífice, de aquellos profesores incomparables, ora por su talento, ora por su instrucción, ora por su sabiduría, ora por el método eximio de enseñanza; de aquellos santos que eran honra de la patria, consuelo de todas las familias, esperanza la más fundada de arri-

bar ileso al último fin, es decir, á la bienaventuranza eterna y celestial? Se le tuvo á Pacho por un energúmeno, y hasta los mismos amigos evitaron visitarle. Fue insultado en la prisión por el Intendente y ministriles, se le calificó de impío y blasfemo, se le amenazó con el patíbulo y fue colgado en la barra de grillos. García Moreno estaba furioso paseábase de un extremo á otro del salón presidencial, hasta á los Ministros les echaba tacos, y ni los diplomáticos se atrevían á acercársele. Era el más horrendo crimen el desconocimiento de la grandeza de su administración de luces y virtudes. ¿Qué nación en el mundo gozaba de más prosperidad que el Ecuador? ¿García Moreno no había encadenado la revolución y la tenía rugiente á sus plantas? ¿La impiedad y la apostasía no habían sido exterminadas? ¿En qué nación del mundo no levantaban su antorcha incendiaria estas enemigas del progreso, y cuál de esas naciones había conseguido triturarlas? "Es tanto más intolerable la blasfemia de ese malvado apellidado Villamar, decía el único periódico que entonces se publicaba en Cuenca, cuanto ha sido proferida en el templo majestuoso de la sabiduría, en pre-

sencia de aquellos inmaculados apóstoles que, secundados por nuestro ilustre Presidente, están elevando á nuestra Patria al lugar más culminante y luminoso. El Ecuador es hoy por hoy el diamante más precioso de la diadema del Sumo Pontífice. ¡A la horca ese perverso, á la hoguera ese forajido y blasfemo!" A los pocos días de preso, Villamar salió confinado á Esmeraldas, á influencias de bondadosos amigos, pues antes habian proyectado hundirlo en las selvas orientales. En Quito no lloró por él sino Dolores, pues todavía no había llegado su familia. En Guayaquil supieron la prisión los patriotas el día del arribo del joven, se reunieron en privado, colectaron algún dinero y acudieron en auxilio de Pacho, quien iba ya con los bolsillos vacíos. Volvió á ver el océano, á marearse, á contemplar la puesta del sol en aquellas olas turbulentas y se sumergía en tristeza, gusanillo microscópico en la inmensidad del espacio, con la idea de que no volvería al sitio de su cuna. El océano es, sin embargo, gran manantial de consuelo para los que han padecido en la tierra, porque ya se imaginan seguros del alcance de los que les han perseguido. Cuatro días duró

apenas esta gratísima ilusión. A su llegada á Esmeraldas, el Gobernador le recibió con arrogancia y le amonestó con ademán autoritario. En Esmeraldas halló morada habitable, proporcionada por los buenos liberales, quienes procuraban atenuar las penas del proscripto. La poblacioncita de Esmeraldas es hasta ahora reducida, sin otras industrias que la comercial y agrícola, en el linde de dos océanos inmensos, el de agua al Poniente y el de selvas grandiosas al Levante. El aspecto de Esmeraldas, con el Mucumbiazo selvoso á las espaldas, trájole á Villamar el recuerdo del Monte Calvario construido en los viernes santos en el templo ruinoso de su aldea. Embelesáronle los bosques y el río. Aquellos habitantes no soportan opresión porque se han criado delante de amplios horizontes.

Algunos meses permaneció Villamar en Esmeraldas. Aprovechándose de los vapores caleteros, remitía á Pamaná artículos violentos, en que pisoteaba el sistema de Gobierno ecuatoriano. Era imprudente, como lo es todo benefactor de los demás. Un día fue llamado por el Gobernador, quien le dijo:

—Dispóngase Ud. á partir á Centro América, porque acabo de recibir orden de expulsarlo. Dé Ud. gracias al cielo de que la pena no sea la merecida.

El vapor en que había llegado la orden, el mismo en que debía embarcarse Villamar, hubo de demorarse hasta la mañana siguiente. Iba el joven abrumado por la calle cuando se le acercaron dos hombres valerosos y le dijeron, llevándole aparte:

—Fúguese Ud. río arriba. Por las montañas puede salir á Quito. Nosotros le preparamos canoa al momento. Si le persiguen, lo harán mañana; pero no podrán alcanzarle, porque el Gobierno tiene que servirse también de botes ó canoas.

Pacho aceptó, y á las siete de la noche estaba atracada la canoa en un paraje oculto y silencioso. Despidióse de aquellos esmeraldeños generosos, y él, quizá tan valiente como ellos, aventuróse en la navegación de aquel río, de noche, con bogas desconocidos, sin el menor conocimiento de la vía, y sin otro compañero que sus amarguras y proyectos. Los bogas eran dos negros, uno joven y otro ya entrado en edad, y bogaban apegándose á una orilla, con palancas, sin que nada en la naturaleza

produjese el menor ruido, excepto la voz de los insectos en las selvas. Cuando los bogas tomaban los remos, producíase un rumor suavísimo en las aguas. Pacho iba recostado en la canoa, midiendo con la mirada lo anchuroso del río, la elevación de los árboles que ennegrecían las orillas, y posándola, á las veces, en el azul de los cielos. Su pensamiento no midió la extensión del precipicio á que se había lanzado valeroso! pero su memoria evocaba á cuanto sér había dedicado su cariño. Cuando ya se habían alejado lo bastante de la población de Esmeraldas, á eso de las once ó doce de la noche, cuando la soledad era más solemne, los bogas interrumpieron aquel silencio imponente. Cantaba uno una estrofa y otro otra, con ese acento vibrante del negro, lleno de melodía y de entonación picarezca.

Ninguna de las naciones hispano-americanas tiene en el Océano Pacífico, fuera del Dagüe, un río tan impetuoso como el formidable Esmeraldas: su caudal de aguas es inmenso y el declive forma corrientes de distancia en distancia, que á lo lejos producen estruendo aterrador. En la subida, los bogas han de ser muy esforzados y prácti-

cos, y han de bogar por una de las orillas con palancas. Cuando en una orilla hay insuperable obstáculo y tienen que pasar á la otra orilla, cruzan el río con remos, regresando hasta diez ó doce cuadras, arrastrados por la impetuosidad de la corriente. Si desde el puerto hasta un punto determinado se emplean quince días, desde este punto al puerto no se emplea sino igual número de horas. En las orillas había cabañas, ocultas debajo de palmeras y otros árboles. Los bogas atracaban á menudo la canoa cuando habían menester plátano ó tabaco, ó quizá también cuando necesitaban sociedad cansados de oirse y verse el uno al otro. En aquellas cabañas no moran solamente negros; hay también individuos blancos ó mestizos. Pacho para sus bogas no era ya un extraño: aturdíalos á preguntas, confiaba en ellos como en amigos de infancia, oíales narraciones de combates con fieras, de estremecedores naufragios, de asaltos de serpientes, de la vida libre en las florestas.

—¿Y la sierra es pueblo grande? le preguntaban ellos. Dicen que *po ayá* no hay marimbas. *Paece* que esa gente no sabe ni *bailá*.

Divertido era cuando al ver una cabaña

á lo lejos y un negro delante de ella en la orilla, inmóvil á manera de poste, de la canoa se entablaban diálogos como éste:

—¡Buenos *día, tííío*!

—¡Buenos *díiia*!

—¡Como está la *juamíííllia*!

—¡Está *gúééééna*

Después de varios días de navegación más ó menos difícil, pasaron la desembocadura del Guallabamba, luégo la del Quinindé, inmortalizada años después por el sacrificio heroico de Cerezo. ¡Hasta en las selvas inhabitadas ó vírgenes han de hallarse sangrientas huellas de las tiranías que han abrumado al Ecuador! La vegetación sigue siendo exhuberante. ¡Qué árboles tán gigantescos, qué profusión de aves hermosísimas, qué silencio y qué rumores en alternativa rápida, qué solemnidad en aquel mar de follajes! Quien ha sido apuñaleado en el mundo por el egoísmo y la protervia, quien ha padecido persecuciones injustamente, refúgiese en los bosques siquiera por corto tiempo, busque la sociedad de las fieras y las aves, el apoyo de guayacanes y palmeras, el alimento de frutos silvestres, el baño de esas aguas puras, el aroma incomparable de esas flores que por donde

quiera forman marañas, porque nunca el hombre se consagró á su cultivo. Más fácil es defenderse de áspides que de los asaltos de la calumnia y la envidia. Y la imaginación más pobre, no atraída por el estercolero de pasiones, remóntase á la eternidad donde no reinan hombres de este mundo, ingratos, soberbios, viles, sanguinarios. Es un baño de inmortalidad el que toma úno en nuestras vírgenes florestas.

Llegaron por fin al río Blanco: yo no sé cuantos días navegaron: desembarcaron en un paraje donde no había sino dos cabañas, de allí regresaron los negros y Pacho tomó un guía para zabullirse en los bosques. No había ni trocha, parecía que nadie había hollado aquel suelo húmedo y fangoso, sombreado por pabellones enormes, cubierto de ojarascas y vívoras, á menudo interrumpido por barrancas y vertiginosos precipicios, surcado por arroyos límpidos, que gorgoritean sin ser vistos, y son moradas de sabrosísimos peces. Sin brújula, sin otro guía que el instinto, la práctica de vivir de cerro en cerro, de hoyada en hoyada, de árbol en árbol, os conducen rectamente aquellos valerosos montañeses. Por dicha no había sino un día hasta el caserío llama-

do Santo Domingo de los Colorados; pero les cayó la noche en aquellas hondas soledades. Pacho no se horrorizó, porque vió la serenidad de su guía, quien, llegados á las orillas de un arroyo, cortó ramas, limpiólas de los hijuelos, clavólas en tierra en sentido oblícuo y los extremos de arriba los apoyó en estacas verticales. La cubierta, formada por un plano inclinado, fue hecha de grandes hojas, las que también sirvieron de colchón, amontonadas dentro de la choza. En seguida dijo el guia, volviendo á la vaina el cuchillo:

—*A descansá, branquito.*

Comieron fiambre, sardinas, galletas, todo remojado en buenos tragos de coñac, y ya iban á acostarse cuando se estremeció el suelo con un rugido vibrante, estridente, como subterráneo, el cual provenía de alguna distancia.

—¡*Er* tigre, *branquito*! dijo el guía levantándose; y con diligencia sorprendente amontonó leña húmeda al rededor de los lechos, la que tardó en prenderse; pero ya prendida, mantuvo largas horas el fuego. Como después de dos horas de no muy tranquila expectativa, con un calor aumentado por la proximidad de la hoguera, Pacho ya

no pudo resistir,cayó en el lecho y se durmió. El guía permanecia siempre despierto. El tigre de nuestras selvas no es como el corpulento de Africa : es propiamente el gato montés; pero es temible y abunda. No apareció en aquella noche, por dicha, la hoguera conjuró el peligro, y á la mañana siguiente los viajeros continuaron el camino, y al fin pudieron recostarse debajo de un gran cobertizo, en medio de los indios Colorados, indios ignorantes y de costumbres primitivas, pero menos infortunados que los que viven al amparo de los blancos. Todavía dos días hubo de caminar Pacho á pie, por último halló caballo en una hacienda, y adelantóse por las orillas del Toachi. Parecióle que años había durado su ausencia cuando se irguió en la depresión de la cordillera donde está la aldea de Aloag, vió los nevados distantes y el panorama risueño de Machachi. En alta noche entró á Quito y fue á alojarse en casa de Hidalgo, única en la que tenía entera confianza. Latióle el corazón á Dolores y no la dejó respirar durante un cuarto de hora libremente. Descubrimiento: hay quien pueda vivir sin respirar quince minutos. Naturalmente, Villamar permaneció oculto, y el

secreto no lo supieron sino íntimos amigos. El joven Palomeque también lo supo, por la razón de que siempre daba qué reir á Villamar, quien estaba lejos de adivinar la envidia del poeta.

—Métete á patriota, dijo éste, soplando con la nariz, como si ahuyentase un mosquito de una de las ventanillas nasales.

A él le gustaba tomar sus cuatro huevos fritos, su pollo con papas fritas, su tazón de café con pan y mantequilla, entre cortinas, donde nadie se informara de semejantes proezas, leer lo que le venía á la mano y charla de uno de los siete sabios de la Grecia.

En los dias de la llegada de Pacho, se habían reimpreso en Quito en imprenta secreta los artículos de él publicados en el Istmo, y en los corrillos y tertulias, aún en los salones de Gobierno eran mencionados en medio de hipérboles: unos los calificaban como voz de la justicia; otros, en mayor número, de bostezo del infierno. Excitada la curiosidad de todos, pues que todos, por otra parte, se acordaban del desacato á los venerables jesuítas, andaba de boca en boca el nombre de Francisco Villamar, y todos afirmaban conocerle. Entre sus ami-

gos de confianza visitábale un sujeto de índole apacible, amigo de los pocos liberales de Quito, quien un día dijo á Pacho:

—Oiga Ud.: ¿Ud. ha sido muy amigo de una linda señora de Quito, pero de las más espirituales y bonitas? No me niegue.

—No caigo en la cuenta, dijo Pacho.

—Procure Ud. acordarse. Anoche habló de Ud. con entusiasmo, dijo que era su amiga antigua y me comprometió para que le avisara dónde se hallaba Ud. Díjome que le visitaría ella en persona, si supiera que Ud. estaba en la ciudad.

—¿Es casada, no?

—Sí; pero el marido está ausente.

—¿Es joven?

—Jovencita.

—Magdalena Gutiérrez.

—La misma. ¿Conque de esos habíamos sido, señor Don Francisco?

—¿Y de qué se sorprende Ud, si es casada?

—Bueno; pero no lo ha sido siempre.

—Amistades ..... Amistades se puede tener con cualquiera. Oiga: es una amiga á quien estimo, y no puedo desconfiar de su prudencia. Dígale que estoy aquí, y si se resuelve á venir, indíquele Ud. la casa don-

de vivo.

—Está bien.

Ya se conoce que Pacho acostumbraba á obrar de improviso, siempre que le enardecía la pasión. No reflexionó en nada, ni en la conducta anterior de Magdalena, ni en el peligro de que la vieran Rosita y Dolores, á quien todavia no había dicho tus ojos son negros, ni menos en el riesgo de ser delatado. Verdad es que le parecía imposible que Magdalena fuese á visitarle. ¿Cómo, en efecto, podía ir Magdalena, siendo tal cual fue la última entrevista? ¿Hubo apariencias de cariño en ella, y si iba no sería por vender al perseguido? El pobre Pacho no podía sondear estos misterios, porque apenas estaba conociendo el corazón de la mujer. Nunca se imaginó hasta dónde podía llegar el atractivo de la fama. Meter ruido es gran recurso para aquellos que las dan de seductores.

A las siete de la noche se hallaba solo en su cuarto, y de repente percibió roce de vestidos y pasos cuyo ruido era ahogado por la alfombra. Apareció el amigo de los liberales, y á su lado Magdalena, quien se arrojó en los brazos de Pacho. Estaba bellísima, su semblannte revelaba exaltación y

ostentaba todos los rasgos del cariño.

—¡Cuánto he recordado á Ud, cuanto le he llorado! ¿Desde cuándo está aquí?

Pacho la abrazó y la invitó á sentarse en un sofá, y él se sentó á su lado todo trémulo; pero entonces ya habló con más serenidad. Hablóle de sus viajes apenas, de la persecución de que era objeto, y ella exageró el peligro; mas en términos que á Pacho movieron á reir.

—Exagera Ud, Magdalena, y ni conviene hablar de peligros á uno que tiene la dicha de estar sentado al lado de Ud.

—Siempre ha sido Ud. un calavera. ¿Cuál de nosotros habrá pensado más el uno en el otro?

—La víctima, por supuesto.

—La víctima he sido yo, y por otra parte, Ud. ha pensado en negocios y en política.

La visita fue larga, la conversación animada, demostraron mutua confianza, la de buenos y antiguos amigos, y al testigo nada le llamó la atención, á pesar de que Magdalena se aproximó tanto á Pacho que éste estaba fuera de sí con el contacto de la pierna de la hermosa. En toda la visita permanecieron con las manos enlazadas. Ni una palabra se habló respecto del marido

de Magdalena.

—Mañana á las ocho de la noche estaré en casa de Ud, le dijo Pacho al oído, al despedirse. Hoy no la acompaño, porque espero á amigos.

Pudo darle un beso prolongado en el cuello, en un instante de distracción del amigo. Volvieron á abrazarse, se estrecharon una y otra vez, y Pacho volvió á quedar solitario; pero el ambiente era el del paraíso. Dolores había visto salir á Magdalena, y se encerró á llorar en su cuarto.

Noche y día pasaron con la lentitud de bueyes de labranza, y Pacho daba estampidas en su encierro. A las ocho de la noche en puntos llamaba á la puerta que le había indicado Magdalena. La puerta se abrió á prisa, entró Pacho, vió á Magdalena en pie, cayó en sus brazos con ademán frenético, besóla en el cuello, en la frente, en las mejillas, besóla después en la mitad de los labios, se aproximaron abrazados al sofá y cayeron en él como dos cataratas juntas en un mismo precipicio. Largo rato duró el coloquio, la espuma que producen las aguas al caer. Hubo suspiros, hubo repetidos ósculos, hubo quejas entrecortadas y encendidas. ¿No hubo más?

CAPITULO IX

Dolores era una señorita nacida en familia respetable, criada sin importunos vigilantes, no maltratada en la casa, y apenas tenía conocimiento, no obstante, de las prerrogativas de la debilidad y la hermosura. No había aprendido á horrorizarse de los hombres, á pesar de la enseñanza monjil; pero sí la doblegaba el temor, la inveterada sumisión á la voluntad y capricho masculinos. Su padre no había sido bronco, su hermano también era suave; pero ¿cuál de ellos la había tratado con confianza, cuál

de ellos la había acariciado, en cuál de ellos había hallado el afecto de que tanto há menester una niña en sus transportes? Hombres que inspiran confianza á sus hermanas é hijas, por ventura á sus mismas esposas, son raros en nuestros hogares, como es la paz en la política. La mujer es inferior al hombre, en el dictamen de los ecuatorianos que van en pos de encumbramientos, no le apoya en nada en la lucha, y fuerza es que se contente con la categoría de ama de llaves, cuando más de resorte de recreaciones transitorias. ¿La mujer no inspira amor al hombre, y el hombre no la trata como á diosa, ante la cual rinde todo sacrificio, mientras reside en aquel cielo lleno de melodías y de luces? ¿La madre no es el sér más venerando, ora por sus consejos, ora por su afecto, sér que por nosotros se afana y da el espíritu, y cuál de los hombres no la ha considerado divina? ¿Pues cómo sucede que á esta divinidad, á esta diosa, el hombre viene á acostumbrarse á tratarla como á sierva? El desequilibrio en que está la educación de la mujer, ya menospreciada y tratada como esclava por unos, ya lisonjeada hasta por sus desvíos por otros, es causa de que el Ecuador no adelante mucho

en el progreso. Pueden los poderes públicos incoar de algun modo la reforma, instituyendo mejores colegios, por ejemplo; pero ella está pendiente de la modificación de las costumbres. Ministros de Estado tratan á las señoras como á gañanes en público, otros las ultrajan de obra, y por sistema las envilecen y las empujan á la prostitución ó las convierten en autómatas. ¡Oh si los hombres modificasen la aspereza de su genio! ¡Oh si los hombres llegasen á valorar el influjo de una dama! ¡Oh si los hombres alcanzasen á comprender que la mujer es dócil al cariño y rebelde solamente á las amonestaciones rigurosas! Atribuir todo crimen á la inspiración de la mujer, se ha vuelto ya moda en Francia, segun lo dejan vislumbrar las últimas novelas francesas, las que si bien ponen á la vista la llaga, no todas tienen cuidado de suministrar la medicina. ¿Y la mujer no es susceptible de recibir mejor enseñanza, á fin de que con ella disminuya su dañosa inspiración? ¿No es la conmiseración del hombre la que puede traer tán buenos resultados? Lejos está la mujer de inspirar crímenes en nuestras humildes poblaciones, porque si bien mientras es amada llega

á tirana, desciende á la condición de mortal envilecida cuando pasa á cualquiera otra jerarquía. ¡Dichosos son los hogares, aunque raros, en que la muger puede ostentar sus gracias sin reserva, y el hombre gobernar sin la resistencia del odio femenino! Todo esclavo es rencoroso, por complaciente que sea su índole: toda criatura libre es amable. Si notros dejamos en libertad á la mujer, han de decir los padres, esposos y hermanos, ella nos ofenderá á espaldas ó nos avergonzará por su deplorable ignorancia. ¿Pero sucederá lo mismo si la educación es modificada desde que se halla en la infancia? Añadid otro peligro espantable: ya joven tropieza con el furor eclesiástico, que la anonada con el espectáculo de infiernos y demonios, ¡Sacad á la mujer de debajo de su manta y vuestras ias, alzadla á un lugar donde puedan ser visibles su alma y su belleza!

Dolores había llegado á comprender el objeto de las escursiones nocturnas de Pacho, y tan desconsiderado era el ultraje, que la niña quedó estupefacta al principio, y poco á poco llegó á perder la salud. ¿Qué había de hacer sino llorar en silencio, cuando no en el regazo de Rosa, la que tampoco

tenía medio de aliviarla? Alejar á Pacho no era justo, ni decente aludir á su no muy noble conducta. Y Pacho se hallaba también en medio de las brasas: el adulterio era para él crimen execrable, su situación le arrancaba lágrimas y nunca procuró hallar disculpa al atentado. Tres meses dejó de visitar á Magdalena, á pretexto de enfermedad renitente, y á pesar de esquelillas ásperas de ella. La familia no quería llevarlo á su provincia, porque su cantón estaba siempre vigilado, y á menudo caían escoltas en su casa, varias en el silencio de la noche, que registraban todos los cuartos, desordenaban los muebles, horadaban el cielo raso y pavimentos. El Gobierno activaba la persecución de Pacho, desde que supo su fuga de Esmeraldas con rumbo á la región interandina. El pobre Hidalgo, aunque cándido, era generoso y buen amigo, y á Pacho no se le ocultaba la influencia de Rosita. El objeto de la permanencia de Pacho en Quito, ya no podía ser otro que incendiario, pues recibía en su escondite á Cornejo y á otros jóvenes, entre los cuales se hallaba el autor de estas páginas. ¡Qué de conversaciones ígneas, qué de frases

amenazantes, qué de interjecciones viriles, qué de entusiasmos fervientes por la excelsitud de nuestra idea y la grandiosidad de nuestros planes! Circuló la "Dictadura Perpetua" de Montalvo, esa como revelación inesperada, y ya se sabe por qué medios vino á forjarse el rayo de Agosto. Pacho comprendió, por fin, que Rosita y Dolores habían sorprendido su secreto, y aunque ya no visitaba á Magdalena, resolvióse á cambiar de escondite. Nada sabíamos nosotros de aquellos incidentes misteriosos; pero le aconsejábamos huyera, porque ya se estaba trasluciendo su morada. Trasladóse á una quinta de su amigo Villacís, no muy distante de Quito, donde esperaba el estruendo proyectado. Habíamosle designado el 10 de Agosto: no hubo tiempo de anunciarle el cambio de fecha, y el joven oyó el estallido desde lejos. Desde el día 6 de Agosto se vió perseguido con encarnizada insistencia, y entonces fugó al Perú, después de presenciar el llanto de sus padres. Quince días después de la muerte del tirano, nadie sabía la fuga de Pacho, y Magdalena le suponía en casa de Hidalgo. Un día fueron sorprendidos Hidalgo y Rosita con una encomienda de lo más con-

movedora: á hurtadillas había subido una mujer las escaleras, deslizádose por un pasadizo que conducía al interior y depositado en la puerta de la habitación, antes ocupada por Pacho, un lío en el que daba vagidos un recién venido al mundo. Gritaron Rosita y Dolores, y se pusieron á registrar la ropilla, á acariciar al nene y á abrigarlo. Entre la ropa encontraron una carta, cuyo sobrescrito era el siguiente: "Señor Francisco Villamar". Acudió Jorge á la novedad del hallazgo, y entre los tres resolvieron la violación de la carta. Es necesario transcribirla, y no me abstengo:

"¡Monstruo! Me has abandonado en los últimos meses, y tienes el valor de dejarme prendida con el resultádo de tus instancias criminales. Yo nó tengo porqué hacerme cárgo de él, y te lo boto para que *beas* cómo criarlo. No me volverá á ver nunca, y ojalá yo no me levante de esta enfermedad. Tu víctima.—M."

"P. D.—El chico no está todavía bautizado".

Hidalgo empezó á hacer aspavientos y Rosita y Dolores á llorar á lágrima viva, examinando las facciones del niño. Desde luego sospecharon quién era la madre; pe-

ro se abstuvieron de comunicarse sus sospechas. Se le bautizó, se le puso el nombre de Augusto y en seguida fue entregado á una nodriza. La cuna fue colocada en la alcoba de Dolores. Pacho recibió la noticia, así como la carta preinserta, en uno de los puertos del Perú, porque Hidalgo no pudo dejar de mandárselas. ¿Podremos comprender la situación de Pacho con la recepción de una y otra en regiones tán distantes de su patria? ¡Cuántas lágrimas solitarias y amargas, cuántos estremecimientos de amor y vergüenza, cuántas ansiedades de padre ausente, cuántas confidencias con el océano sordo, en sus largos paseos por aquellas comarcas arenosas! Escribió á Hidalgo, á Rosita, á Dolores: era un verdadero niño en sus cartas: éstas contenían ruegos, agradecimientos, promesas, solicitudes de la filiación de su hijo, y concluían con ternezas capaces de hacer llorar á las piedras.

Pocos meses duró la emigración de Pacho en el Perú. Como Borrero había sido elegido Presidente y su elección fué debida al partido liberal, todos los emigrados se apresuraron á volver. Convirtióse en un proyectil Villamar, lanzado por el cañón de

las pasiones más vivas, y de repente cayó en Quito, sin que lo esperaran sus amigos. Fue sublime su primera entrevista con el hijo de su amor: le vió, le contempló, le brotaron las lágrimas, tomóle en los brazos, le acercó al corazón y le besó todo el cuerpecito. Desde entonces no tenía otro deleite íntimo que el de oir gorgear al nene, el de levantarle en sus brazos, el de besarle en la boquita abierta, el de contemplar la succión en el regazo de la *ñuño*, el de arrullarlo á veces él mismo, el de esforzarse en darle á comprender que era su padre, el de acostarle, si el niño dormía, en la cuna, el de correr silenciosamente las cortinas y retirarse del cuarto en puntillas. No hay para qué decir que el niño era bello: todos los rapaces lo son á los ojos de los que comprenden el secreto de la vida. Ni deseos tenía de volver á ver á Magdalena, cuyo recuerdo le angustiaba, por la consideración de que su hijo estaba creciendo sin madre. ¿Pero madre como ella no sería un daño para el niño? ¿No eran madres aquellas dos incomparables amigas? Mas ellas no lo serían siempre y faltaba el vaho de los besos maternos, el calor de la naturaleza que tánto vigoriza el cuerpo y el alma. Verdad

es que tenía en él un padre que primero moriría antes que consentir en que su hijo padeciera. Cuando le venía esta idea, volvía á mirarle á los ojos, á recibir sus miradas como los campos reciben el baño de la aurora, á dirigirle voces tenues, á ponerle el dedo en la barbilla, en el afán de oir alguna respuesta.

—*Agú*, contestaba el nene y sonreía.

Pacho tenía miedo de ahogar á su hijo á caricias. Dolores solía contemplar estos excesos, siempre pálida, tragándose la saliva á espaldas de Pacho, y apenas éste salía, se arrodillaba ante la cuna de Augusto, levantaba al pequeñuelo y le besaba, besábale en aquellos labios, húmedos todavía por los besos de su padre.

Aquéllos fueron los días más felices de este último. Habíase trasladado á vivir ua casa de sus padres, venidos en aquellos días á Quito con el objeto de permanecer allí algún tiempo; pero á cada hora iba á casa de Jorge á acariciar á su hijito.

El regreso de Villamar á Quito había coincidido con la entrada triunfal de Montalvo, cuando el patriota regresó del destierro, y hé ahí que Villamar era uno de sus

más asiduos visitantes. Montalvo era muy calumniado; pero las calumnias eran sandias, como que provenían del clero y la plebe: Que una noche había descendido el diablo á su casa, á caballo, con capa colorada, echando chispas por los ojos, y desde el patio había gritado con voz cavernosa: "¡Montalvo, consígueme almas, y yo te premiaré con un buen porqué de onzas de oro!" Que otra noche habían encontrado á Montalvo mano á mano con una bruja, en la gran llanura del ejido, proyectando la ruina de Quito. A Montalvo le aborrecían, sobre todo los literatos de ambos partidos políticos, y lo demostraban del modo más indiscreto. Hasta el joven Palomeque, literato, como ya se sabe, y liberal de tuerca y tornillo, solía decir que á Montalvo debía nombrársele redactor del periódico oficial, y en todas partes se publicaban artículos violentos con el objeto de deprimir al grande escritor. ¿De dónde provenía tánto encono, sino de la propensión malvada del hombre, especialmente del recluso, á no confesar el mérito ageno, ó, en una palabra, de la envidia? Esta es la mayor prueba de que el Ecuador ha vivido siempre enclaustrado y de que hasta ahora le es

necesario el gobierno de hombres generosos que le pongan en comunicación con el resto del mundo. ¡Triste es la población en donde hay que ocultar el mérito propio, nivelarse á los demás para conseguir ser apreciado! Villamar era, pues, mirado sobre el hombro desde que le vieron andar con Montalvo, y contra él las calumnias fueron más eficaces quizá, porque había tela de qué cortar para los ruines. El clero tenía tal ingerencia en las intimidades de las familias de Quito, que no es de admirar supiesen en cierto convento la permanencia del hijo de Pacho en casa de Hidalgo. La jamona á quien conocimos en el barrio de San Marcos en el día en que conocimos á Francisco Villamar, era hija de confesión de un fraile italiano joven y buen mozo. La jamona podía hablar con el fraile el día que éste designaba, ora en el confesonario, ora en cualquier otro sitio. Los secretos de confesión son unos, los secretos confiados al amigo son otros.

—Ay, mi reverendo Padre, decía aquella mujer al confesor en una de las entrevistas de amigos, *ciertísimo* es que la bermeja está perdida. Perdida, y siendo tan chiquillita! Ese *chagra* que hace tiempos anda-

ba tras de la *Madalena* en San Marcos, ése es el facineroso que ha sacado al mundo á la bermeja. *¡Viditica!* La *Madalena* no fue tán tonta: prontito se casó y dejó plantado al colegial. La pobre Dolores fue la que vino á caer, y ya tienen un hijo, mi Reverendo Padre.

—¿Un hijo?

—*Helé*, pues. Ya es un *guagua* de seis meses, y el pillo del colegial entra día y noche, como si entrara á su casa. Ese baboso del hermano, Isidro, Jorge, ni sé cómo se llama, ¿acáso parece gente el tercero? Yo soy amiga de la cocinera, como sabe su reverenda, entro y salgo cuando me da la gana, y anoche *reciencito* vine á saber esa desvergüenza.

—¡Oh impíos, impíos! exclamó el sacerdote con impetuosa elocuencia. Por ésto mataron al señor García esos herejes. ¡Cuándo hubiera quedado impune este crimen, si todavía hubiera respirado aquella lumbrera de la Iglesia! Hay que denunciarlo al señor Arzobispo, hijita: yo me encargo de ello para salvar á aquella infeliz criatura.

—Así es *de* que el recado de su reverenda no se lo he dado á la bermeja. Para qué

tan le he de dar, díje entre mí: ya la bermejita ha sido harina de otro costal.

—Bien hecho, hijita, bien hecho. No convenía. Lo que yo me proponía con esa cita era enseñar á aquella pobre criatura el camino del cielo. Ahora hay que desviarla del camino de los quintos infiernos.

Dolores era la mujer menos dichosa del mundo. ¡Y apenas frisaba á los diez y ocho años! Amaba sin esperanza, y lo que es más horrible, sin recibir muestras de desdenes, y el individuo á quien amaba la tenía sometida, por inexperiencia solamente, á atroces é innumerables torturas. Vino á suceder que la adoraba un fraile, y ni siquiera lo sospechaba la inocente. Este amor sacrílego fue la causa de la más infame calumnia. Cuchicheos acá, cuchicheos allá, el rumor llegó á oídos de Magdalena, quien no había vuelto á preocuparse de su hijo.

—Lindo, bonito, un *niño* Dios es el *guagua*, *niña* de mi alma, le decía la mujer á quien Magdalena había encargado lo arrojara en el cuarto de Pacho, y la gente está creyendo que es hijo de la *niña* Dolores.

—¿Mi hijo tan hechicero y yo sin verlo? Apostara y no perdiera que la cara de áni-

ma de la Rosa ha de andar diciendo que es hijo de ella y del Hidalgo. Dios que es Dios hay que traerlo, y si no lo quieren entregar, hay que robarlo.

—Cómo lo han de entregar, pues, *ñiña*, si ellas lo han criado. Primero muertas, han de decir esas *ñiñas*, y lo han de esconder al *guagua* dentro de la tierra.

—¡Hombre! ¿Y qué derecho tienen ésas para quedarse con mi hijo? ¿Quién les ha dado la facultad de robárselo á su madre? Oye, añadió en secreto: ¿*vos* no eres amiga de la *criandera* y la puedes ver todos los días?

—Sí, *ñiña*.

—Pues ya está arreglado todo, y mañana mismo ha de salir mi hijo de esa casa.

Bien meditado y arreglado el proyecto entre Magdalena y la criada, ambas volaron inmediatamente al Hospicio á hablar con una Hermana de la Caridad, con el objeto de que aquellas mujeres se hicieran cargo de Augusto. El Hospicio ha sido en nuestro tiempo la guarida donde tánto desnaturalizado de Quito ha mantenido en perpetuo encierro á muchos séres inocentes é indefensos. La institución de las Hermanas de la Caridad será humanitaria; mas

no por eso pueden negarse hechos evidentes, ¡Cuántas veces han sido cómplices las monjas del secuestro y la clausura de personas inculpables! Procedióse á la estipulación de la renta, y las monjas dieron su consentimiento después de largo regateo.

El Hospicio es el lugar de reclusión de los elefanciacos y los locos, y está situado á un extremo de Quito, en las faldas de la colina llamada Panecillo: es un sitio de horror para todo el vecindario, y á las habitaciones interiores nadie entraba sin permiso de la autoridad eclesiástica, ya que la política estaba subordinada á aquélla. Años han residido allí séres con salud, bondadosos y completamente inocentes, sólo porque su libertad era perjudicial á intereses de malvados, y con complicidad de los directores del Hospicio ó de las monjas. Aquel encierro ha sido más atroz que el presidio, por la pena de soportar torturas sin justicia. Mujeres han sido halladas en él, después de cuatro ó seis años de encerradas, escuálidas, idiotizadas, mugrientas, las cuales han salido á mendigar, habiendo tenido haciendas antes del encierro. ¡Oh y qué vida han vivido aquellas mártires! La marejada de los locos, la proximidad de los elefanciacos,

alimento para pajarillos é inmundo, azotes y baños fríos hasta en la frigidez de la noche, harapos por vestidos, incomunicación estricta y permanente, y desconsuelo eterno y lastimero.....Aquel era el paraje escogido por la madre para residencia del hijo de Francisco Villamar.

Al día siguiente por la tarde, cuando la familia de Hidalgo se hallaba en la mesa, la nodriza salió con el niño, sin que nadie la viera, y se perdió en una de las callejuelas de un arrabal inmediato: entró á una tienda, donde la esperaban la tendera y mozallones, charló, rió corto rato, después dejó al niño en una banca y entró con los demás á la trastienda á fomentar la alegría con chicha. Salió á los cinco minutos, pero ya no halló al niño y se puso á buscarlo como loca. Gritó, lloró, ella y los compañeros se esparcieron por las calles y al cabo hubo de volver desesperada à casa de la familia á quien servía. Villamar se hallaba en ella. Quedó lelo, no reflexionó en nada, y poco á poco fue enfureciéndose hasta llegar al frenesí. Empujó á la nodriza, y con ella voló á la tienda del drama. No estaba lejos. Los concurrentes á la tienda se afligieron á la presencia de Pacho; pero nadie

había visto nada, ni por pienso. La *criandera* había dejado al niño *ahicitico* y había entrado á la trastienda á hacer una *deligencia* y á saludar á su comadre, la tendera. La nodriza lloriqueaba y protestaba que era formal: la otra la abonaba en lenguaje que no era malicioso. Dos vecinas aseguraban que desde la presencia de la *ñuño* en la tienda había estado pasa que pasa un pastuso mal encarado, y que después qué *tamién* se haría el rodilludo. Habíase aglomerado la chusma en la puerta de la tienda, y Pacho temía llorar en su presencia, y se agitaba y pateaba de dolor.

—¿Y á qué viniste aquí? dijo á la nodriza.

—A visitar á mi comadre, niño. Siempre *miso* he venido; pero *aura*.....

Y lloriqueaba.

Lo primero no era cierto: la criada de Magdalena habíale asegurado temprano que en aquella tienda esperaba á la nodriza su *querido*.

—¿Quién estaba en la calle, quién te acompañó desde la casa de Jorge, no volviste la vista, por ventura?

—*Nadien* estaba, *ñiño:* yo solita me vine *marcando* á mi *ñiñito*.

—Vas á la policía, mujer.

Y como no había un celador, tomóla él mismo de la mano y salió. A poco andar fue detenido por un hombrecillo haraposo.

—Niñito, déme una pesetica y yo le aviso quién se llevó al *guagúito*.

—¡Pronto! dijo Pacho, poniéndole dinero en la mano.

—Allá, en esa casa que se ve desde aquí... Una, dos, tres cuadras.....esa de balcones azules,.....allá entró una chola *marcada* del *guagúito:* yo la ví desde que se lo sacó de la tienda.

Era cierta la última parte: la criada de Magdalena no necesitó de cómplices. Conocía las costumbres de las nodrzas de Quito, estaba segura de que la de Augusto había de dejar solo al niño, aunque fuera por un minuto, y había permanecido oculta detras de un vallado ruinoso. Verificado el robo, al mendigo le había parecido que la chola entraba á la casa por él designada; mas ella había seguido adelante, sin que nadie la notara. Pacho voló, indagó, perdió media hora, y al fin hubo de encaminarse á la Intendencia, ¿Qué podía obtener en la Intendencia, si aquel era un lugar de castigo para los que pedían la investigación de algún delito? Era un paraje que

enfermaba de asco, de impaciencia, de ira, por la lentitud de aquellos empleados. Intendente, comisarios, subalternos, celadores, ágiles sólo al mandato de un tirano. Pacho denunció el crimen; pero la pesquisa quedó para la mañana siguiente. Ya tarde volvió á casa de Hidalgo.

—¡Qué es lo que ha sucedido, por Dios! exclamó Jorge volando á abrazarlo.

—Pacho le volvió la espalda y se tiró en un sofá á llorar. Le acudieron á la memoria todas las gracias de su hijo, su fisonomía, sus gorgeos, sus miradas, consideró en la imposibilidad de hallarlo y se deshizo en lágrimas, sin hacer el menor caso de Hidalgo. Iba ya á partir cuando aparecieron Rosita y Dolores. Al ver á Pacho brotáronles las lágrimas, á pesar de que ya las habían vertido en demasía. Todos permanecieron largo rato en silencio. Al cabo, Rosita pronunció la siguiente observación:

—¿Pero quién puede haberse robado al niño, sino la madre?

Pacho la oyó con absoluta indiferencia; pero Dolores puso el oído y quedó reflexionando. Ambas damas habían tomado sus mantas, en el momento en que Pacho salió con la nodriza; é ido de casa en casa, de

tienda en tienda, hasta de corrillo en corrillo; pero nada habían obtenido y regresaron con la desesperación en el alma. Pacho no sabía ésto, y se le ocurrió una idea que le carbonizó el cerebro. Miró á Dolores con ceño, y de repente, las manos enlazadas atrás, pálido, los labios trémulos acercóse á ella solemnemente y le dijo estas espantosas palabras.

—En todo corazón de mujer hay siempre depositada una chispa de encono: Ud. lo ha tenido conmigo, pobre muchacha sin juicio, y Ud. ha ocultado á mi hijo, sólo con el objeto de labrar mi desgracia.

Dolores perdió el color, miró á su acusador con espanto, separó los labios lívidos y se inclinó en el seno de Rosa: ésta volvió la mirada á Pacho y le dijo con el acento del llanto:

—¡Qué ingrato es Ud., señor Villamar, y qué estúpido!

—¿Encono de Dolores contigo, y por qué? dijo Jorge adelantándose.

Al momento reflexionó Pacho en su crimen, avanzó, se inclinó y dijo desconcertado y balbuciente:

—¿Qué? ¿La he injuriado? Eso no, eso no.....Dolores.....óigame Ud., Dolores.....

¿Qué es lo que acabo de decirle á Ud.? Por Dios, óigame Ud. La pérdida de mi hijo me ha enloquecido.....¡Oh, niña, Ud. es un ángel, y yo el más malvado y torpe de la tierra!

—Hijita, hijitica, amor mío, míramie, mira como está llorando el pobre Villamar, decía Rosita, reanimando á Dolores.

Esta, por fin, se soltó en llanto, levantóse, se fué silenciosa y vacilante, y cerró tras sí la mampara.

—Voy á ocultar mi vergüenza, dijo Pacho, y bajó rápidamente la escalera.

CAPITULO X

Al amanecer del día siguiente, Dolores, bañada, peinada, vestida con traje de calle, daba órdenes de aseo, de arreglo, de economías en la casa, no con la prolijidad con que siempre lo hacía, pues que ahora le sofocaba un proyecto, pero sí con más actividad que otras veces, y pronto pudo tomar su devocionario y salir, en compañía de una cholita su criada. Fuése al templo y oyó misa, oró con abstracción entrañable, pidió valor al cielo y se dirigió adonde nadie podría imaginarse, á casa de la orgu-

llosa Magdalena. Magdalena ya tenía fama de orgullosa y su trato era evitado por todos los vecinos. La observación de Rosita en la noche anterior acerca de la autora del robo del niño, había penetrado en el alma de Dolores y obligádole á tomar tal resolución. ¡Era tán niña, y por eso tán ilusa é inexperta! Parecióle que podía conmover á Magdalena, que podía hablarle de Pacho, describirle la desesperación de este joven y decirle que un denuncio le atribuía á ella el secuestro, y que quería evitarle mayores disgustos. Nada le diría, por cierto, acerca del conocimiento de que Magdalena era la madre. Diríale que se le atribuía el robo, sólo porque habían visto que á su casa había entrado una mujer con el chiquito. Dolores iba en interés común, ora porque amaba al niño, ora porque se había criado en su casa, ora por aliviar el dolor de su cuñada, ora por compasión al pobre Villamar, ora por evitar que á casa de Magdalena fueran de un rato á otro polizontes. Algo descubriría al fin y al cabo, y probaría á Villamar que era una mártir, que no rehuía ningún sacrificio, y que él había sido muy cruel por haberle manifestado tán increibles sospechas. Dolores buscó valor, y

lo halló. Tal es la condición de la timidez inocente: en el momento en que ocurre un conflicto, el tímido adquiere intrepidez, si algo hay en el dicho conflicto que se relacione con los sentimientos de su ánimo. Dolores entró con firmeza. En la escalera se encontró con Magdalena. Aquellas dos mujeres, amantes de un mismo hombre, la una brisa, la otra ventarrón, se encontraban frente á frente, por primera vez en su vida. Magdalena puso gesto agreste.

—¿A quién busca Ud., señorita? dijo Magdalena.

—A Ud., señora.

—Aquí me tiene Ud.

—Tengo que decir á Ud. cosas muy reservadas, y quizá nuestra conversación ha de durar un poquito. Así es que.....

—Dispénseme Ud., señorita, porque tengo que hacer; y como á Ud. no le ha de ser posible regresar, quisiera que me lo dijera en pocas palabras.

—Se trata, señora, de un asunto muy serio, de algo que se relaciona con el corazón de varias personas. Retírate, muchacha, dijo á la criada, y añadió: Mi cuñada y yo criábamos á un niño.....

—¡Hola!

—Que fué depositado en nuestra casa al primero ó segundo día de nacido.

—¿Depositado? Tal vez Ud. se equivoca. Mejor hábleme con toda franqueza.....Pero la verdad es que yo creía que sólo podían tener hijos las casadas.....

La pobre Dolores se encendió, se le oscureció la vista y no supo cómo continuar.

—¿Y bien?...dijo Magdalena.

—El niño es hijo del señor Francisco Villamar.

—Le advertiré, señorita, que yo no soy su confesor.

—Yo no sé quién sea la madre del niño; pero como el señor Villamar es amigo de mi hermano.....

—Comprendo. No sabe Ud. quién sea la madre del niño....¡Pobrecita!

—Le ruego á Ud. me oiga un instante, señora, dijo Dolores, conteniendo las lágrimas.

—Sí la oigo, pues.

—El niño fue robado ayer de la casa.....

—¿Y Ud. viene á acusarme de ladrona de chicos, no es esto?

—Ay, señora, le suplico á Ud. no me tenga por tán atrevida.

—¿Y entonces?...

—Han asegurado que entró á esta casa una criada con el niño.

—Solamente que sea gato ó perro, porque de otra manera yo lo hubiera visto. Búsquelo, pues.

Dolores reflexionó en aquel instante que estaba cometiendo un disparate. Con esta idea se embermejeció de súbito y tornó á su acostumbrada timidez. ¿Cómo, en efecto, había de declarar Magdalena que ella había robado á Augusto, y esta declaración había de ser á persona de quien le interesaba recelarse?

—Me han engañado, señora, dijo: sírvase Ud. dispensarme.

—No hay de qué; pero sí le aconsejo más prudencia, y que otra vez no se lance no más á injuriar á personas que no le han dado motivo.

La pobre Dolores ya no pudo reprimirse. ¿Por qué aquella mujer la lastimaba con tánto furor cuando su procedimiento no era en manera alguna ofensivo? Y ella le había arrebatado el amor de Pacho, ella había marchitado en flor sus ilusiones, por ella el pobre Pacho había sufrido las penas del infierno, y en aquel día se hallaba en el abismo del dolor. Se acordó de la carta

de Magdalena á Pacho, del crimen al abandonar á su hijo, y tuvo asco de ella.

—¡Qué mala es Ud.!, le dijo.

Magdalena se hallaba bajo la presión de una de esas iras comprensibles en un temperamento avieso como el suyo.

—¿Mala yo? Qué es lo que está Ud. diciendo, mojigata? ¡Hombre! Vean á la motolita, á esa *chaguareja* estúpida cómo me viene á insultar en mi cara, sólo porque le da úna un consejo. Si me da la gana, la hago arrastrar con mis sirvientes, y mando que la tiren en la calle. ¿Se ha visto cosa igual á la conducta de esta bermeja *vagamunda*, venir exprofesamente á insultar á casas respetables?

Siguió una andanada de contumelias de esta clase; pero ya Dolores estaba en la calle, cubriéndose la fisonomía para que nadie la viera llorar.

El primer paso de Pacho en ese día había sido ir á la Intendencia, donde se repitieron su ira y sus angustias. Pachorra, órdenes mal dadas y peor ejecutadas, aprehensiones inconducentes, displiscencia en todos aquellos empleados. La nodriza fue puesta en libertad, y acabó por arrodillarse delante del joven, poniendo por testigo á la

corte celestial de que el niño había sido robado sin su culpa. Con la tendera y más testigos ocurrió poco más ó menos igual desenlace. ¿Qué recurso le quedaba á Pacho fuera de el de resignarse y callar, siendo su hijo el arrebatado de sus brazos, su hijo el desaparecido en vida para siempre? Todos saben que no es fácil desprenderse de la última esperanza, cuando el dolor nos tiene anonadados: Pacho llegó á persuadirse de que el secuestro era indudable, de que los secuestradores aguardarían rescate, y se resolvió á esperar algunos días. Dirigióse á casa de Hidalgo, lleno de remordimiento por su conducta de la víspera. Presentóse Dolores siempre afable, aunque sin sonrisas ni gestos halagüeños, é impuso á Villamar con su actitud de reina que perdona. Villamar era un verdadero delincuente, y si bien se comportó tierno y solícito, difícil le fué dejar satisfecha á Dolores. Esta niña mostraba la superioridad de la virtud, había recuperado su puesto de diosa, y Pacho era un mortal que solicitaba indulgencia. Conversaron superficialmente: ninguno de los dos se dió por entendido de la escena de la noche anterior; pero las frases de Pacho

eran en extremo tiernas y galantes. Al cabo de algunos minutos, Rosita sustituyó á Dolores, y mientras ésta salió á atender á las faenas de la casa, aquella refirió á Pacho la entrevista de su cuñada y Magdalena. Pacho escuchaba y se iba poco á poco conmoviendo. Acabó por quedar embelesado. ¿Era posible tánta abnegación de parte de Dolores? Al momento adquirió el joven la seguridad de que Magdalena le había arrebatado al niño, y su exasperación hubiese subido de punto, á no ser porque ya había aprendido á dominarse. La indiscreción no es sino defecto de la infancia y también de la adolescencia engreída, y la prudencia la sustituye cuando menudean las desdichas. La prueba de que Magdalena había cometido el crimen, consistía en su furor al oir la solicitud de Dolores. ¿Cómo no se conmovió al saber la pérdida de su hijo, y sólo consideró en irrogar ultrajes á Dolores? Pacho contempló con profunda admiración á ésta, y fuése á madurar el último proyecto. Aunque ya estaba acostumbrado á pesquisas, desde que por las calles buscó á Magdalena, eclipsada á sus ojos deslumbrados de pasión, sus afanes tenían que ser mayores ahora, porque uno

se resigna al riesgo de morir, primero que al de que su hijo viva secuestrado. Rechazó la idea de ir á ver él mismo á Magdalena: ella le arañaría la cara y concluiría por llamar en su auxilio á su marido. ¿Qué habían de importarle las acusaciones de Pacho, supuesta la posibilidad de que él la acusara, aun las relativas al nacimiento de Augusto, si ya ella se había habituado á dominar á su esposo y á obligarle á que no confiara sino en ella? Pacho sería calificado de infame, y quién sabe si el marido no le arrastraría á los juzgados. El señor Ramírez había amado mucho á su novia y después la había adorado como esposa, hasta que vino á comprender que en vez de amable era temible. Los caprichos de Magdalena eran diarios y violentos, á todo trance quería imponer su voluntad, hasta arojaba platos á su esposo y desgarraba ella misma sus vestidos. Esta era la razón por qué el señor Ramírez viajaba muy á menudo y á distancia. El era bueno; pero no había podido trasmitir á su esposa su bondad. Había aportado al matrimonio lo necesario para una vida cómoda y decente, y ya sabemos que Magdalena era pobrísima; pero ella mientras más tenía más que-

ría, y su afición al lujo era uno de sus más grandes defectos. La casa estaba llena de muebles de seda, de cortinajes valiosos, de superfluidades cursis y brillantes, y ella no salía á la calle sin ostentar vestidos de raso, brillantes en los dedos, perlas en la garganta y otras bagatelas. Todo estaba desaseado y en desorden, sin embargo de los muchos sirvientes, entre los cuales no había moral ni disciplina. Doña Genoveva vivía relegada en un departamento alquilado en barrio lejano, y rara vez iba á casa de su hija, porque ésta le imponía mil humillaciones. Soportábanlas dos tías ancianas, quienes vivían con Magdalena, sólo por tener cómo alimentarse, y ella las soportaba á su vez, porque le agradaban mucho las lisonjas. Su padre había muerto años atrás en el destierro. La única felicidad de aquel matrimonio indoméstico consistía en la falta de hijos, pues que todos morían á poco de nacidos, sin duda por el desapego raro de la madre; aunque ellos hubieran aliviado el pesar de Ramírez, y su falta contribuyó á recrudecer su amargura. Antes de casarse había sido amigo de los padres jesuítas, de los cuales se había valido para conseguir la mano de su bella: ellos

se la habían elogiado con hipérboles y apresurado el casamiento como decretado por la misma Providencia. Se alejó de los jesuítas desde que comenzó á sentir las uñas de su esposa, pues ellos debieron de haberla conocido. Tenía un cuarto en el zaguán, en donde pasaba días y noches, si en el día no se hallaba en su tienda de comercio. Visitábanle de ordinario dos ó tres comerciantes, quienes iban con semblante alegre, fumaban y tomaban vino, siempre riendo de la facilidad de sus ganancias, de la gracia con que habían metido á tres pesos lo que les había costado dos ó cuatro reales, como los ladrones que se reunen en su cueva, después de concluida alguna magnífica proeza. Si entraba Magdalena á aquellas tertulias, no era sino á burlarse de las esposas é hijas de los susodichos comerciantes y á mostrar la hilaza de sus inclinaciones ruines é innobles. Por donde se ve que Ramírez no era dichoso, y que Pacho Villamar se hubiera suicidado, á haber contraido matrimonio con la hermosa Magdalena. El lujo de ésta no era siquiera elegante, pues adolecía de ostentación churrigueresca: nada de gusto, nada de sobriedad estética, nada absolutamente de esmero y pulcritud.

En la calle le era útil, porque con él inspiraba envidia y abrumaba á las que presumían de señoras.

A los ojos de Villamar no había llegado ni un tanteo del espectáculo de aquel hogar no raro entre nosotros; pero ya se ve que fue previsor, si se resolvió á no buscar á Magdalena. Acordóse de un resorte, y fuése á ver si podía manejarlo.

El Comandante Pacheco, á quien hemos visto desde antes en Quito, donde en 1876 residía al servicio de Borrero, era muy amigo de Ramírez, á cuya casa iba con frecuencia á jugar ajedrez y á charlar acerca de pampringadas de política. Preciso es decir que el Comandante adoraba á Pacho, desde que por él pudo bajar de los remotos páramos andinos. Pacheco se hallaba un día limpiando una carabina en su cuarto, cuando entró Villamar de rondón. Con Pacheco no había necesidad de precauciones ni artificios.

—Oiga, mi Comandante, le dijo; estoy á punto de dispararme un tiro, porque acaban de robarme un hijito de seis meses.

—¿Ud. tenía un hijo, señor Pacho? ¡Ah, pícaro!

—Después hablaremos de eso: mire Ud.

que las circunstancias son calamitosas. ¿Ud. es amigo del señor Ramírez y de la señora Magdalena Gutiérrez de Ramirez?

—¡Oh, sí, cómo no! ¡Y me lo ha de preguntar á mí! De *Madalenita*, sobre todo, soy íntimo: todas las noches *jugamo* al *neipe*, y ella me pregunta por la Manonga, mi mujer. ¿Qué se le ofrece á Ud., señor Pachito?

Hay que saber que el Comandante había residido años en la costa, por lo cual presumía que su modo de hablar no era serrano.

—Lo que le voy á revelar no es sospecha, dijo Pacho; es tan evidente como la existencia del sol.

—Dígalo, *pué*.

—Mi hijo se halla en casa de la señora de Ramírez.

—¿De *Madalenita*? Eso es *calugnia*, *paqué* va á robar ella chicos, si el marido.....

—No me pregunte Ud. las razones que yo tenga: mi hijo ha sido robado y se halla en casa de aquella señora.

—¡Cuando yo le digo que eso no es sino *calugnia!*

—Puede ser ó no calumnia; pero todavía no podemos decir si lo es ó nó. Lo que yo

deseo es que Ud. me ayude, Comandante.

—A la orden, señor Pacho, dijo el Comandante, dándose un golpe en el pecho. Ud. sabe que yo no tengo miedo ni á las balas. ¿Qué hay que hacer?

—La señora de Ramírez no puede haber robado al niño; pero lo probable es que se encuentre en casa de ella.

—Entonces de ella misma puedo servirme para averiguar la *verdá*.

—No tal. Ella, por lo menos, puede ser cómplice, y es seguro que no revele el secreto, aunque lo sepa.

—A mí sí.

—Imposible, Comandante; y ruégole á Ud. me preste crédito. Ud. es hombre de mundo, viejo: Ud. tiene muchos hijos, y ha de considerar que todo cuanto yo haga será justo. No conviene que diga nada á Magdalena, observe, examine toda la casa con la prudencia que es propia de Ud., soborne á alguna criada, si es dable; y si algo descubre me avisa.

—En el acto. Yo puedo ir á la casa á cualquier hora...¿Dónde nos vemos? añadió, cambiándose el vestido.

—Aquí ó en cualquier parte: lo que importa es que determinemos la hora.

aquel día limpia y sublime. La carretera es muy ancha, en ella van y vienen raros coches y carretas, innumerables recuas de borricos, cargados de legumbres y alfalfa, recuas de mulas con productos del norte, enjambres de arrieros, boyeros, labriegos y labriegas. Pacho iba, como siempre, sin perder de vista á todos los transeuntes: creía que por allí podía ver á su hijito en las espaldas de una india. Montalvo había llegado á saber la pérdida del hijo de Pacho, por relación de uno de su círculo. Era muy generoso Montalvo, tan noble como aparece en todos sus escritos. Aludía con delicadeza al hecho, mostraba grande consideración por el joven, empeñábase en distraerle de sus penas, y entonces fue de parecer que Villamar se alejara de Quito. ¡Cómo! ¿Alejarse el joven de Quito cuando su hijo tenía seis meses, necesitaba de los cuidados de su padre, ya que el huerfanillo no tenía madre, y había que suministrárselos muy pronto, aunque hubiera la obligación de atravesar por hogueras? ¿Su hijo había de quedar en manos ajenas, entregado á la indiferencia y egoísmo, quién sabe si á la crueldad de gente mercenaria, y el padre había de volver las espaldas, atrai-

—Sírvase Ud. tratarme con un poco más de respeto, porque sino.....

—¡Magdalena! ¡Oyeme, por Dios, Magdalena! ¿Es triunfo despedazar así mis entrañas?

—Déjeme Ud. libre el paso, ó hago escándalo.

—¡Yo no pierdo á mi hijo, mira! ¡Hay necesidad de decirme en dónde está mi hijo.

—Vaya Ud. á los quintos infiernos con su hijo, y déjeme Ud. pasar al instante, porque sino le mando arrojar á bofetadas.

—¡Mueres tú ó muero yo! exclamó Pacho, ya ciego de furor. Si tú eres pantera, en vez de madre, yo no puedo ser lo mismo, si soy padre.

—¡Pasaré! ¿De cuándo acá ha aparecido este insolente? dijo Magdalena levantando la mano para golpear á Villamar.

—¡Mi hijo! gritó éste, empuñando la mano que iba á ofenderle.

—¡Comadre Chepita, me asaltan! se puso á gritar, también ciega de rabia·

La gente de la calle empezó á aglomerarse en el portón, Pacho temblaba de ira, pero tuvo que sonreir y saludar á Magdalena, la que penetró en la casa, sin volver la vista al desdichado.

aquel día limpia y sublime. La carretera es muy ancha, en ella van y vienen raros coches y carretas, innumerables recuas de borricos, cargados de legumbres y alfalfa, recuas de mulas con productos del norte, enjambres de arrieros, boyeros, labriegos y labriegas. Pacho iba, como siempre, sin perder de vista á todos los transeuntes: creía que por allí podía ver á su hijito en las espaldas de una india. Montalvo había llegado á saber la pérdida del hijo de Pacho, por relación de uno de su círculo. Era muy generoso Montalvo, tan noble como aparece en todos sus escritos. Aludía con delicadeza al hecho, mostraba grande consideración por el joven, empeñábase en distraerle de sus penas, y entonces fue de parecer que Villamar se alejara de Quito. ¡Cómo! ¿Alejarse el joven de Quito cuando su hijo tenía seis meses, necesitaba de los cuidados de su padre, ya que el huerfanillo no tenía madre, y había que suministrárselos muy pronto, aunque hubiera la obligación de atravesar por hogueras? ¿Su hijo había de quedar en manos ajenas, entregado á la indiferencia y egoísmo, quién sabe si á la crueldad de gente mercenaria, y el padre había de volver las espaldas, atrai-

—Sírvase Ud. tratarme con un poco más de respeto, porque sino.....

—¡Magdalena! ¡Oyeme, por Dios, Magdalena! ¿Es triunfo despedazar así mis entrañas?

—Déjeme Ud. libre el paso, ó hago escándalo.

—¡Yo no pierdo á mi hijo, mira! ¡Hay necesidad de decirme en dónde está mi hijo.

—Vaya Ud. á los quintos infiernos con su hijo, y déjeme Ud. pasar al instante, porque sino le mando arrojar á bofetadas.

—¡Mueres tú ó muero yo! exclamó Pacho, ya ciego de furor. Si tú eres pantera, en vez de madre, yo no puedo ser lo mismo, si soy padre.

—¡Pasaré! ¿De cuándo acá ha aparecido este insolente? dijo Magdalena levantando la mano para golpear á Villamar.

—¡Mi hijo! gritó éste, empuñando la mano que iba á ofenderle.

—¡Comadre Chepita, me asaltan! se puso á gritar, también ciega de rabia·

La gente de la calle empezó á aglomerarse en el portón, Pacho temblaba de ira, pero tuvo que sonreir y saludar á Magdalena, la que penetró en la casa, sin volver la vista al desdichado.

aquel día limpia y sublime. La carretera es muy ancha, en ella van y vienen raros coches y carretas, innumerables recuas de borricos, cargados de legumbres y alfalfa, recuas de mulas con productos del norte, enjambres de arrieros, boyeros, labriegos y labriegas. Pacho iba, como siempre, sin perder de vista á todos los transeuntes: creía que por allí podía ver á su hijito en las espaldas de una india. Montalvo había llegado á saber la pérdida del hijo de Pacho, por relación de uno de su círculo. Era muy generoso Montalvo, tan noble como aparece en todos sus escritos. Aludía con delicadeza al hecho, mostraba grande consideración por el joven, empeñábase en distraerle de sus penas, y entonces fue de parecer que Villamar se alejara de Quito. ¡Cómo! ¿Alejarse el joven de Quito cuando su hijo tenía seis meses, necesitaba de los cuidados de su padre, ya que el huerfanillo no tenía madre, y había que suministrárselos muy pronto, aunque hubiera la obligación de atravesar por hogueras? ¿Su hijo había de quedar en manos ajenas, entregado á la indiferencia y egoísmo, quién sabe si á la crueldad de gente mercenaria, y el padre había de volver las espaldas, atrai-

do por la conveniencia de olvidar un afecto, el cual era el más profundo, ó tal vez por intereses que eran frívolos, en comparación con el devaneo paternal? ¡Irse en los días en que había sido robado Augusto, sin haber agotado los medios de hallarlo!

—Lo que hace Ud. por hallar á su hijo, podemos hacerlo todos sus amigos, le dijo Montalvo. La presencia de Ud. ha de entorpecer las pesquisas, porque nadie ha de emprender en ellas con ímpetu, en la persuasión de que Ud. remueve los resortes. Ud. es el menos adecuado, ya porque retrae de la obra á algunos, ya porque el pesar ha de haber enervado su enerjía. Váyase Ud. por un mes á una de las Provincias más inmediatas. Su ausencia disminuirá la vigilancia de los secuestradores del niño, y será más fácil dar con él.

—A la de Imbabura, dijo un joven del séquito. Yo sigo allá esta tarde. Vámonos. ¿Conoce Imbabura?

—No, dijo Villamar.

—Mejor. Así hallará Ud. menos motivos de entristecerse á sus solas, porque le distraerá la variedad de paisajes, dijo Montalvo. Otro objeto del viaje de Ud. debe ser buscar amigos para que nos ayuden á derri-

bar al Presidente Borrero.

Precisamente se hallaba el Ecuador en aquella acalorada discusión entre los gobernantes y el pueblo acerca de si era ó no conveniente que el Gobierno convocase Convención, disputa que vino á ser causa de la revolución del 8 de Setiembre. Fuera ó no de aceptarse el consejo de Montalvo, lo cierto fue que el joven que había intervenido en la plática, rico hacendado de Imbabura, de tal modo halagó á Pacho con la esperanza de buen éxito, si las pesquisas quedaban á cargo de sus amigos, que Pacho se resolvió á partir, y partieron. Fue una convalecencia aquel viaje, pero de aquellas que no son sino transitorias, porque la enfermedad era arraigada é incurable. Villamar experimentó arrebatos, apenas se halló en la cumbre del Mojanda. La montaña es elevada, y desde lo inferior de su veste, que consiste en extensos matorrales, asómase en forma cóncava uno de los más risueños rostros de natura, cuya frente son los celajes colombianos, esos de nubes verdes, como decía Montalvo, esos que parecen telones, los que cubren el proscenio, donde está oculto el Chiles, como lampo. El Imbabura es lunar en aquella cara llena de visajes: álzase

aislado en el centro, mientras el Cotacachi lo humilla, porque tiene enorme sustentáculo. ¡Qué es ver aquellos hermosos declives, cubiertos de tableros de sembríos, y aquellas llanuras sin límites, donde ríen alegres poblaciones! Entre las faldas del Imbabura y el Mojanda, hay un valle ameno, aunque estrecho, y allí está el ojo de la laguna de San Pablo, quizá la más bella y grande del inmenso cañón interandino. Blanquea la torre de la aldehuela de este nombre, en el verde provocativo de la margen oriental. En el principio de la planicie está Otavalo: canta yaravíes en medio de innumerables rumores que provienen de arroyos, cabañas y quintas de labor y recreo. Allí empieza la carretera, cinta blanca, vista de tán lejos, cruza la comba de Agualongo y va á terminar en Ibarra, ciudad que permanece invisible, á causa de que el Imbabura ha adelantado un pliegue de su falda. En lo más alto del Mojanda hay una grande presión, donde azulea otra laguna, por cuya orilla pasa el viajero, triste por la melancolía del paisaje, privado de los rumores de la vida. Si algún viajero ecuatoriano ha recorrido Suiza, y llega á ver la laguna de Mojanda, seguro es que tendrá envidia

del arte, pero que se ufanará de nuestra naturaleza que en un sitio ríe, en otro llora; en un sitio entona himnos, en otro gime como viuda en las proximidades de una tumba.

Pacho admiraba todo; pero sin entusiasmo ni alborozo. Ocho dias recorrió aquellas risueñas poblaciones. No caigamos en la creencia de que sobrevinieron consuelo ni olvido, porque consolarse es posible á un corazon menos afectuoso, olvidar siempre que interviene el transcurso de los años. De todo dolor nos podemos consolar, menos de la pérdida de un hijo; á cualquiera se le puede olvidar, menos á esos fragmentos de nosotros. Hé aquí por qué son abismos de infamia los padres que cometen infanticidio en sus hijos y aquellos que los exponen, como si fueran piltrafas y bazofia. Séres á quienes exacerban pasiones, en época de envilecerse en los vicios, á quienes las espinas de la vida van desmejorando, séres humanos ya formados, pueden infundir en nosotros desapego, y traernos á la cesación de íntimos afectos. Con un niño es diferente; la voz niño es la caricia más sincera de la vida, hecha por los espíritus puros á los que pueden comprender su lenguaje.

Cuando hundimos los dedos en las carnecitas blandas de un niño, cuando besamos esas bocas como corolas aromáticas, cuando comprimimos con nuestras manos esas cabecitas amadas, para contemplar de hito en hito esos ojos que son lagos de inocencia, la felicidad viene entonces deslumbradora y hechicera, y no es posible olvidarla hasta el último instante de la vida. Vienen goces, pensiones, altibajos, cambios de residencia ó cambios de estaciones, se aumenta la edad y se aglomeran sombras; pero el recuerdo de un niño no ha sufrido ninguna mutación. Es una antorcha de claridad intensa, que jamás se debilita en el ánimo de un padre. Cuando á los ocho días de permanencia en Imbabura, Pacho recorría á caballo la campiña inmediata á Otavalo, desde lejos descubrió la cabecita rubia de un niño, en brazos de una criada que corría al través de zanjas y potreros, hasta que desapareció en unas malezas: Pacho picó al galope, entró á un callejón formado por vallados de magueyes, saltó por una depresión muy leve, con riesgo de que la cabalgadura cayera, atravesó el potrero que acababa de cruzar la criada y á poca distancia vió que llegaba ésta jadeante á

uno como pabellón gratísimo á la vista. Eranse varios capulíes frondosos, cargados de trepadoras fructíferas, y á su sombra se recreaban hombres y mujeres. Cuatro damas muy donosas, una de más edad que las otras, con flores en las cascadas de cabellos, risueñas, sonrosadas, vivas, vestidas con sencillez elegante, que charlaban como loros con algunos caballeros jóvenes y guapos. Pacho saludó parando el caballo, y los jóvenes se apresuraron á invitarle á desmontarse. Cuál no fue el contento de Pacho cuando descubrió que uno de éstos era Villacís, quien le llevó á saludar á la señora. Era una familia noble de Quito, madre é hijas, y los acompañantes, parientes y amigos. El niño se hallaba ya en brazos de una de las jóvenes, y Pacho se persuadió de que ni se asemejaba á Augusto.

—¿Parece que ustedes están de paseo?

—La casa no está distante, señor: salimos por el atractivo del sol de verano.

El niño, carirredondo, rubio, rosado, miraba á Pacho con los ojos bien abiertos; pero abrazado al cuello de la madre.

—¿Parece que me tiene miedo el mamoncito? dijo Pacho acercándose.

El niño estrechó más aquel cuello gordo y sonrosado.

—Si sabe que eres masón, Pacho, dijo Villacís, echándose á reir.

—¡Ay, Jesús! qué malo es este Villacís! Será liberal, pero no masón, dijo una de las niñas.

—Dicen que los masones tienen un signo en la frente, agregó otra.

—Puede ser, dijo Villacís, levantando á Pacho el sombrero.

—Para ver el signo es necesario estar en gracia de Dios, dijo Pacho.

—Entonces yo lo estoy, porque ayer no más comulgué, ¿no mamá? dijo la más bonita de las rubias, mirando la frente de Pacho. Sin embargo, no veo nada.

Todos rieron.

—Es porque de ayer acá ha podido Ud. cometer algún pecadillo, dijo Pacho.

—¿Yo? dijo la rubia ruborizándose y volviendo instintivamente la vista á uno de los jóvenes, quien rió, y á su risa rieron los demás.

—¿Y por qué te ríes, fiero mudo? dijo la misma rubia.

Eran novios, y debemos anticipar que antes de un mes se casaron en Quito.

—¡Ah, muchachas! dijo la señora. Yo creo que entre nosotros no hay masones, y que si los hubiera, no perjudicarían á nadie. He oido á Pedro Manuel, mi esposo, que la masonería es una sociedad de auxilios mutuos y que nada tiene que ver con las creencias religiosas. ¿Y adónde iba Ud., señor? añadió, dirigiéndose á Pacho.

—Diré á Ud. la verdad, señora: no há muchos días robaron en Quito un niño de la edad de este rubiecito á una familia amiga mía, y desde entonces donde veo niños vuelo tras ellos.

—¡Ay, qué desgracia! ¿Y cómo fué el suceso?

Narrado que fué por Pacho, todos se interesaron vivamente. Las señoritas se precipitaron sobre el rorro, se lo arrancaban una á otro y querían comérselo á caricias.

—¡Ay amorcito! si á tí te hubieran robado, ¿qué sería de nosotras? Véngase acá, mi lindo.

La madre sobre todo, la mayor de ellas, cuyo esposo era uno de lo jóvenes, estrechaba al niño contra su pecho y lo arrullaba.

—Me muero si me roban á mi hijo.

—Yo puedo dar razón del niño robado,

dijo un joven.

Pacho se volvió á él, pálido de ansia.

—¿No es rubio?

—Sí.

—¿Gordo, sonrosado y blanco?

—Sí.

—¿Con el cabello ensortijado?

—Sí.

—¿No tiene un lunar en el labio superior?

—Sí, hombre, sí.

—¿Qué día acaeció el robo?

—Fue un viernes, hace más de quince días.

—Exacto. Me acuerdo por una circunstancia que no es del caso referir. Salía yo de casa de una familia Herrera, calle de la Cruz de Piedra, entre seis y siete de la noche, y en el zaguán ví á una mujer sentada en el suelo, fatigada, temblorosa, que en las faldas tenía un chiquito, á quien arreglaba los pañales. Me detuve porque el niño era muy lindo, extraño á la raza de aquella mujer.—¿"De quién es ese chico? le dije.—¿Para qué quiere saber?, me respondió sin mirarme. A la mujer le temblaban las manos y se hallaba por todo extremo conmovida. Me incliné para acariciar al niño, y noté que la mujer sollozaba.—¿Me avisas de quién es ese chico? volví á decirle.—

No niño, nada tiene que ver su *mercé*". —El niñito extendía los labios y movía la cabecita como en busca de alimento. En esto entró el joven Herrera, á quien tuve que acercarme, y mientras saludábamos y hablábamos, la mujer había desaparecido. Quien puede dar razón es la cocinera de la familia Herrera, la que salía en aquel momento y saludó con la nodriza del niño. Es el mismo, porque muy bien pude advertir las facciones, y además hay la coincidencia del día.

—Y de la hora, añadió Pacho, quien no había podido ocultar una lágrima, mientras duraba la relación anterior.

Despidióse, montó á caballo, no llegó á la hacienda donde se hallaba hospedado, y partió á Quito. Entonces no había telégrafo entre Imbabura y Quito, y los correos eran semanales. Habría habido indolencia en esperar. Llegó á Quito al amanecer del día siguiente, y antes de que la población despertara, ya se hallaba él en el portón de la casa de Herrera. La cocinera había partido hacía algunos días, y nadie en la casa sabía el domicilio. ¡A pocos pasos del barrio de la Cruz de Piedra se hallaba el Hospicio, donde entonces era mecida la cu-

na de Augusto!

Montalvo tuvo que confesarse vencido: de nada habían servido halagos ni amenazas empleados con el Intendente y comisarios. ¿Qué otra cosa podía hacer él sino compadecerse de Pacho? Mencionamos la intervención de Montalvo, porque ahora es admirado sólo como escritor y patriota, no por sus cualidades de amigo, sus solicitudes, su ternura, su propensión al sacrificio cuando había de ser útil á cualquier semejante. Pacho se había adelgazado; ya no era comunicativo ni risueño, ya no cuidaba del aseo ni elegancia, ya no leía ni un libro y huía de las personas que poseían su secreto, excepto si ellas podían darle noticias. A nadie habia comunicado el nombre de la madre de Augusto, porque para él era crimen monstruoso la falta de lealtad á una dama.

—¿Y.....? le dijo el joven Palomeque, con quien se encontró un día en la calle. En días pasados supe que andabas en busca de un muchacho, como ñuño, como criandera. ¿Es posible, hombre?

—¿Y si es mi hijo?

—Séalo ó no lo sea. Hay mil medios, mil instrumentos á los cuales se puede acudir.

En todo caso debe úno evitar ponerse en ridículo.

Poco faltó para que Pacho diera un bofetón al eximio literato.

Otra vez se encontró con el Comandante Pacheco.

—Hola, señor Pacho, ya sé quién es la madre del hijo de Ud.

—¿Qué dice Ud.?

—Muy bonita...una perla...buen gusto.

—¿De quién habla Ud.?

—Ud. lo sabe perfectamente.

—Dígame el nombre, Comandante, y yo le confieso al momento.

—La niña Dolores Hidalgo.

Pacho se sulfuró hasta un extremo increible.

—¿Cómo tiene Ud. el atrevimiento de calumniar á una niña virtuosísima?

—Me lo han dicho.....Acaba de decírmelo el Padre Juanito, el italiano; y él me lo ha asegurado bajo la fe del sacerdocio.

—¿Pero cómo se atreve á calumniar ese fraile? ¿En dónde está? ¿Podemos vernos con él?

—Aquí no más: en su convento. Y si Ud. quiere, nada más fácil.

Acudieron ambos con la mayor pronti-

tud; pero el Padre ya había salido. Pacho voló á casa de Hidalgo, desalumbrado con aquella calumnia, no á revelarla, mas aún á investigar el medio de desvanecerla. En casa de su amigo se halló con el mutismo, el asombro, la pena sin voces ni aparatos: los criados estaban cariacontecidos, aunque sin darse cuenta de la causa. Sólo halló á Rosita en la alcoba, quien lloraba con la costura en la mano.

—No le ocultaré á Ud. nada, dijo Rosita. ¿Para qué se lo he de ocultar, cuando Ud. puede buscar algún remedio? Anoche vino una comadre mía, mujer de medio pelo, y me dijo en confianza que corría el rumor de que Dolores era madre de un hijo de Ud., probablemente de Augustito. ¡Figúrese Ud., Pacho de mi alma! Mi comadre es beata, y hasta la injurié y la eché de la casa. Me rogó, me lloró, se humilló, me protestó que era inocente, que no hacía otra cosa sino referirme las hablillas, á las que ella tampoco daba crédito, y que aquel á quien las había oído era el portero del señor Arzobispo.—"¿El inventaría?, le dije.—No, comadrita: él ha oido una conversación entre el señor Arzobispo y el Padre Juanito." El hecho fue que mi comadre salió, yo nada

dije á nadie y me encerré á llorar en este cuarto, pretextando jaqueca. Hoy á las nueve me vienen á avisar que ha llegado un familiar del Arzobispo: yo no salí, porque me quedé muerta: vino con un recado, en el cual el señor Arzobispo citaba á Jorge y á Dolores para que se presentaran hoy mismo á estas horas. En este momento acaban de salir. ¿Qué le parece?

—Frioleras. No digo que no debe hacerse caso, sino que aquellas infamias serán extirpadas al momento. Tranquilícese, ¿no, Rosita? Hasta luego.

—¿A dónde va, pues?

—Vuelvo después de una hora.

Fray Juanito, á quien ya conocemos, era un italiano torpe, quizá labriego en su tierra, pretencioso y altanero en la nuestra, quien por amor á Dolores, había llegado al extremo de llevar la hablilla al Arzobispo, no con la buena intención de que Pacho y Dolores se casaran, lo que le parecía imposible al Padre, porque jamás, según él, el seductor se casa con su víctima, sino por imponer á Dolores, á fin de que la niña buscara protección, la que el sacerdote le tenía preparada. García Moreno había fundado la costumbre de obligar á contraer matri-

monio por medio de violencias: no le había heredado el Arzobispo el empleo de estas últimas; pero sí creía de su derecho el de los consejos persuasivos.

Hidalgo y Dolores habían entrado á la habitación del Arzobispo, guiados por un familiar. La habitación era como todas las moradas decentes de Quito, fuera de las pinturas ascéticas, retratos de algunos papas, tal ó cual insignia arzobispal: damascos, alfombras, mueblaje fino, cortinas, arañas, candelabros. Un instante después se presentó el señor Arzobispo. Era el Ilmo. señor Checa, tán querido y venerado en Quito, llorado en toda la República, no únicamente por sus modales afables, su fisonomía hermosa y pacífica, su circunspección y proligidades de padre, mas principalmente por el atentado atroz de que fue víctima; fue envenenado en el año siguiente, él, Arzobispo, en el cáliz, en el altar mayor, en la catedral, en el viernes santo, en el más gran día del año católico. El Arzobispo entró solo y entornó las batientes tras de sí.

—Hijos míos, dijo á los jóvenes, fuí amiguísimo de los venerables padres de ustedes. ¡Qué buenos, qué afables, qué caritati-

vos eran uno y otro! El señor Hidalgo y yo teníamos tanta confianza que solíamos jugar como chiquillos. ¿Sé que la señora está inútil, que ya no puede salir de su cuarto, á causa de un terrible reumatismo?

—Sí, Ilustrísimo señor.

—Ahora yo tengo que ser el padre de ustedes, y vigilar para que no entre el espíritu malo al hogar de los herederos de mi amigo. Por eso les he mandado llamar. No extrañen, hijos míos. Tú ya eres casado, Jorge, ya conoces tus obligaciones y derechos, y no dudo que los has de practicar como cristiano. ¿Y tú por qué no te casas, Doloritas?

Fue tal la sorpresa de ésta, que miró al Arzobispo como quien no comprende lo que oye. Después de un rato sonrió aturrullada.

—¿Por qué me hace esa pregunta, ilustrísimo señor? Yo no puedo casarme.

—Así lo he sospechado, hija mía, y por eso me he resuelto á agotar los medios, á fin de obtener reparación. Pecar, hijita, pobre criatura sin padres, no es de los que gozan de unción, de las dádivas del Espíritu Santo, los cuales son escasísimos, sino de la débil naturaleza humana. Tú no tie-

nes la culpa, corderita. Considero cuánto has padecido, cuánto has llorado, cuánto has rogado al que todo lo puede, y cómo has invocado el auxilio de la madre de Dios. El mundo es falaz, el corazón humano flaco, despiértanse las pasiones, y hé ahí que todo está perdido. Todo no lo está en las circunstancias actuales: todavía puede haber remedio, y con esta exclusiva mira he querido conferir con ustedes, para que, confiando en mí como si trataran con su padre, me den los informes que son necesarios, antes de que el público llegue á saberlo.

—¿Pero tal vez está su señoría equivocado, Ilustrísimo señor? dijo Hidalgo confundido. Todavía no sabemos de qué se trata ni mi hermana ni yo.

El señor Arzobispo sonrió con pena y volvió la mirada á Dolores: ésta no podía ni hablar: tenía en el cerebro nubes, y á veces estallaban rayos y centellas: los cuadros subían y bajaban, los prismas de las arañas se convertían en columnas de vidrio, los candelabros caminaban, el rostro del Arzobispo había cambiado á sus ojos de aspecto, habíase convertido en el de Dios; pero ¿cómo aquel Dios era capaz de calumniar?

—Hablemos del joven Villamar, dijo el Arzobispo.

—¡No me calumnie, Ilustrísimo señor! exclamó Dolores, cayendo de rodillas, las manos levantadas y juntas, y luego se deshizo en llanto.

—¿Calumnia? ¿Será posible? ¿Puede ser calumnia, hijita? dijo el Arzobispo levantándose y esforzándose en levantar á Dolores. ¿Pero el niño, vida mía?

Desde antes habían sonado golpecitos en la puerta: el señor Arzobispo no los había oído ó aparentado no oirlos: en aquel momento se abrieron las batientes y entró Villamar inmutado.

—Perdóneme si mi entrada es como un asalto, Ilustrísimo señor, porque no me he podido dominar. ¿Se trata de la honra de esta señorita, y mi nombre está sonando como el de un vil seductor? Afirmo como si hablara Dios por mis labios, que aquella suposición es una impía calumnia. Esta niña es un ángel. Tuve un hijo, pero no de ella, un hijo á quien me acaban de robar. Mi amigo Jorge es testigo. No, Ilustrísimo señor, jamás violaré yo la confianza depositada en mí por un amigo como Jorge. El señor Arzobispo ha sido sorprendido, co-

mo lo puede ser el más sabio de la tierra.

El Ilustrísimo Prelado quedó realmente embobecido, y por algunos instantes no pudo articular una palabra.

—Quiéralo su Divina Majestad, hijos míos, dijo al fin. ¿Qué otra cosa he de querer yo con más fervor que la conservación del decoro de esta niña que es una sierva de Dios? Hijita, ya no tengo duda de la inocencia tuya y de este joven. Váyanse con toda calma, olvídense de este lance como si nunca hubiera acaecido. Lo que sí aconsejo á Ud. señor Villamar, es que por algún tiempo no visite á esta familia; y á ustedes, hijos míos, que se resignen á no recibir á su amigo. Hay que privar de la ocasión á las lenguas viperinas. La calumnia es como dinamita: basta el menor golpecito para producir horribles cataclismos.

Concluyó así aquella escena que fué de tragedia para la infortunada Dolores. Buena, virtuosa, guapa, inocente, hacendosa, discreta, amante; y al mismo tiempo desdeñada, obligada á presenciar triunfos de la que había entenebrecido el alba de su vida: tal era Dolores. Ya en casa, los cuatro se miraron, se contemplaron uno á otro con seriedad melancólica, y en seguida se despi-

dió Villamar con un "hasta mañana", que significaba "¡adios para siempre!".

Hé aquí la carta que escribió á Magdalena en Agosto de 1876:

"Me has arrebatado á mi hijo, y con ello me has separado el alma del cuerpo: soy cadáver. ¿Por qué has querido combatir conmigo y has combatido hasta obtener tán grande victoria? Tú y yo nacimos para no conocernos, para no mirarnos ni oirnos, y sin embargo yo me he recreado en tu rostro, tú has oido mis suspiros, como las quejas que suben desde los labios de un siervo. Me consentiste ponerme en pie y aproximar mi rostro al tuyo para después lanzarme á un precipicio. Lástima que seas mujer, lástima para mí, digo: por tu condición de mujer seguro fue que triunfarías, y yo debí haber evitado el desafío. ¡Te hubiera yo triturado, impía! ¿Sería amor lo que me quitaba la vida al mirarte? ¿Y por qué me enloqueció aquel fuego hasta el punto de dar la vida á ese infeliz? ¡Dichosa tú que le mantuviste en tu cuerpo y le levantaste en tus brazos, apenas abrió los ojos á la luz! ¿Y de qué recelaste, dime, Magdalena, cuando rechazaste á tu hijo hasta mis brazos, convencida de que no volvería

á los tuyos? No conservo aquella carta, porque la rompí apenas la leí; y la rompí, porque me quemaba las manos. ¡Oh si te hubiera tratado! ¡Oh si hubiera comprendido que tu cara no era sino la faz de una cloaca! Desde aquella escena del retrato, yo debí haberte huído á distancia. ¿Pero cómo no insistir si eras tán hermosa? Mi caída no hubiera tenido consecuencia, si no hubiera sido en tus brazos de abismo. Sin causa, sin ninguna causa me odiaste. ¡Oh naturaleza proterva! Por odio estás labrando el infortunio de tu hijo, por odio el del que engendró á ese niño, por odio estás bebiéndote hasta la última gota de mi sangre! ¿Por qué siquiera no me consientes verlo, no me consientes que le alze para que sus manitas jueguen con mis barbas? Un minuto sería bastante, no porque mi ardor sea de los que se apagan con gotas, sino porque el solo verlo me evitaría morir desesperado. ¡Compadécete de mi, Magdalena! Oyeme: veo á mi hijo por dos ó tres cuartos de hora en el día, le beso, le dejo juguetes y dulces, y me voy, aléjome sin que tú me veas, y nadie sabrá jamás que yo he violado ese santuario. Yo te lo pido con lágrimas...No soy hombre...Apenas soy un

sér raro, á quien el dolor ha hecho retroceder á la infancia".

La contestación fue un balazo:

"Siento no acceder á lo que me pides, porque anteayer murió nuestro hijo, sin que me *haiga* sido posible salvarlo. Bendice su memoria, y adios para siempre".

Montalvo se encargó de recoger á Pacho moribundo, y se lo llevó á Guayaquil, donde cooperaron á la revolución del 8 de Setiembre.

CAPITULO XII

El triste Ecuador obtiene pocas reformas, á pesar del transcurso de los años. La naturaleza es dadivosa, pero no sabemos aprovecharnos de sus dádivas, unos; las despreciamos, porque no tenemos ambición y nos gusta adormecernos en la inercia, otros; y ni siquiera las consideramos, embargados por enemistades políticas, los más. Declaramos que estas enemistades han sido indispensables, porque el Ecuador ha vivido en negra esclavitud, y la primera necesidad de los pueblos es luchar y sacrifi-

carse por ser libres. El día en que la libertad brille para todos, en que todos conozcan el beneficio de su luz, réprobo será el que siga desdeñando los dones naturales. Reformas hay en los grandes pueblos, porque en éllos la actividad es impuesta por la necesidad de alimentarse. Y muchos, construyen ciudades; pocos, no construyen sino cabañas. Alemanes recorrieron el Ecuador en un año de la decada de 1860 á 1870, esos mismos alemanes volvieron á recorrerlo en otro de 1880 á 1890, y acaban de escribir: "En el Ecuador no han movido ni una piedra con un fin de progreso en el transcurso de 20 años". ¿Y por ésto hay europeos que nos miran como un emperador á sus súbditos, ó como el hombre civilizado al salvaje? Quizá éstos no son de los reflexivos y discretos, y deben tener en cuenta que los niños merecen la consideración de los entrados en edad. Lento es nuestro progreso, porque somos pocos, porque no hemos vivido lo que tántos otros pueblos, porque la experiencia emana de los años y de la experiencia vienen la moral y el esfuerzo, y, en fin, porque no nos es posible ver con nuestros ojos los portentos de las naciones avanzadas.

Hasta 189....., año en que volvemos á encontrar á Villamar, nada se habían modificado las costumbres, nada las influencias deletéreas, casi nada lo material del Ecuador. ¿Ni cómo hubiera habido progreso, si el sistema de Gobierno era el de los tiempos primitivos? Latente es la influencia del Gobierno; pero ¿quién no la experimenta en nuestros pueblos? La misma ignorancia, la misma devoción, la misma pereza, la misma incivilidad, la misma hipocrecía, la misma abundancia de frailes y clérigos, el mismo empeño porque sólo los aláteres de los gobernantes gocen de la renta del erario, la misma indiferencia por educación y obras públicas, el mismo odio por la parcialidad vencida y la misma obstinación de esta parcialidad por volver á encaramarse. En la época de que tratamos, el primer Magistrado era manso; pero algunas autoridades subalternas eran sanguinarias y vulgares, y tenían subyugado al Presidente. Reforma era imposible antes de arrancar el poder de manos de aquellos gobernantes. A Villamar le encontramos una mañana en la calle de San Blas, en Quito, camino del ejido, cargado de los escombros del pesar y los años,

ataud en el cual sólo su corazón estaba vivo. Caminaba envuelto en una capa larguísima de vuelos, sombrero de copa con anchas faldas, las patillas crecidas, los ojos profundamente melancólicos, separando con el paraguas las recuas de borricos.

Efectuado el levantamiento de Setiembre de 1876 en Guayaquil, hallóse Villamar en la batalla de Galte, y á Quito llegó en breve victorioso. Veintemilla había manifestado desde antes del triunfo odio selvático á Montalvo, verdadero autor de aquel levantamiento, y envióIo desterrado á Panamá. ¿Podía haber apreciado Veintemilla á Villamar, si sabía que éste era uno de los más leales amigos de Montalvo? Si Villamar y otros liberales cooperaron á la victoria de Galte, no fue por la persona de Veintimilla, cuyos vicios é ineptitud detestaban; mas aun por buscar medio de que la civilización se difundiese en su patria. No hizo caso el Presidente del joven liberal, y como ya nada tenía que hacer en Quito, alejóse á su Provincia, donde emprendió en trabajos agrícolas. Si á un ecuatoriano le fuera dable perseverar en su carrera, y no se viera obligado á mudar constantemente de faenas,

probable es que el Ecuador alcanzaría otro predicamento en América. El padre de Pacho era emprendedor y activo: en aquel tiempo se comprometió con gente acaudalada para el trabajo de la extracción de quinas, de lo que se encargó Villamar, y desde entonces residió en los bosques de Oriente. Salía de época en época, oía los estallidos políticos y volvía á sumergirse en las selvas, donde la vida le era, sin duda, más llevadera. Salió definitivamente en 1880, en los días en que el Ecuador estaba conmovido con la lectura de las "Catilinarias" de Montalvo. Había adquirido riqueza; pero más le halagaba el anhelo de que su patria se enriqueciera con más civilizadoras ideas. Se incorporó á la tropa de Sarasti, hallóse en algunos reencuentros; y como recibiese carta de Alfaro, el patriota de la región litoral, partió oculto á Colombia, y desde el Itsmo expedicionó á Esmeraldas. ¡Qué de contrastes, de intemperies, de hambres! ¡qué de derrotas, de fugas, de peligros! ¡qué de inclemencias, de angustias, de agonías! Recorrió la costa del Pacífico, permaneció meses en las selvas, navegó por aquellos grandes ríos, y por fin se halló en el triunfo del 9 de Julio en Guaya-

quil. Nada obtuvieron ni la patria ni él de esta victoria. Encaminóse otra vez á la región interandina, llegó á la residencia de sus padres, esperó el resultado de la Convención de 1884, y no salió de su encierro sino cuando tembló el Ecuador al estampido de Jaramijó, uno de los hechos más heroicos de la patria. Los crímenes de los vencedores le exacerbaron de tal modo, que acudió él solo á la imprenta y sacudió con frases estridentes el látigo de la indignación nacional. Ni fueron leídos estos escritos en el Ecuador trocado en tumba. Casi presenció Villamar el fusilamiento de Leopoldo González. Era este joven un valiente, sobrino de Juan Montalvo, el grande hombre. Acaudilló á pocos hombres y secundó en la Provincia de León el grito de los patriotas que acababan de perecer en el mar de Manaví. Fue aprehendido en una heroica embestida á la capital de León, y allí le ultrajaron, le golpearon, le escupieron, le despedazaron los miembros á cuchilladas y lanzadas, y al fin le fusilaron por orden expresa del Gobierno. Uno de los escritos de Villamar llegó á oídos del Presidente, quien por éso le mandó aprehender y lo desterró á la América

Central. Allá le llegaron los ecos de varios fusilamientos execrables: de Sepúlveda, Infante y Moncayo, en una época; de Velásquez, Burgos y Carrasco, en otra época; de Alfredo González, Guadamud y Ganchoso, en otra; de Maquilón y Lucas, en otra; de Vargas Torres y Viteri, en otra más reciente. Villamar agonizaba en Centro América: su agonía era causada por su amor á los hombres, la conmiseración por su patria y la impotencia de hallar expedientes para la satisfacción de estos afectos. En 189..., por fin, cuando ya ese Presidente sanguinario se hallaba de Gobernador de la Provincia del Guayas, volvió al Ecuador, ansioso de concurrir á la muerte de sus padres. Murieron los dos ancianos en sus brazos, legáronle ejemplo de bondad y la autoridad de la ya reducida familia, pues también habían muerto algunos hermanos y parientes. Desde entonces se estableció en Quito, con el objeto de vivir de sus recuerdos y de reengendrar el amor patrio en el corazón casi esterilizado de aquel pueblo. Montalvo había muerto en Francia en 1889; había fondeado, como decía un marino, y su estela, amplia y luminosa, estaba desierta en los ámbitos del

pobre Ecuador. Sus otros amigos vivían: Rosita era madre de algunos niños, é Hidalgo, siempre bueno, estaba ocupado en trabajos agrícolas. Dolores, encerrada en su triste vivienda, sin halagos, todavia bella y robusta, eso sí, pues era constituida para madre de familia, había rechazado dos solicitudes de matrimonio, por no profanar el culto á que se había consagrado por su pudor é inexperiencia. La madre de ella y de Jorge había dejado de existir. Magdalena, viuda desde años atrás, sin hijos, sin parientes, sin afectos, era una jamona de gesto que asustaba, afeitada, emperegilada en la calle; en la casa carantoña, de índole avinagrada y nauseabunda. Aquella mujer no era víctima del vicio, sino de los miasmas en que había sido educada. Quizás no tenía otras manías que las de causar envidia, de concurrir al templo y confesarse. Muerta era ya para Pacho, á pesar de que tal cual vez se encontraba con ella en la calle. Cevallos, Munive, hasta Villacís, se habían convertido en esbirros, no del Presidente, mas aún de los empleados inferiores que premiaban el espionaje con la adquisición de empleos de Gobierno. Ellos y el *liberal* joven Palomeque eran, en

consecuencia, espías de Pacho. El joven Palomeque, joven y poeta siempre, no obstante sus canas y arrugas, y su ningún éxito poético, más descamisado que Diógenes, de levita raída y pantalones remendados, hallábase de quitapelillos de los Magistrados de entonces, en expectativa de pitanza en el Gobierno. Sus labios eran el patíbulo de Alfaro: no había hombre tán patibulario como Alfaro, para el benemérito joven Palomeque. Villamar, amigo como nadie de Alfaro, era espiado á sol y sombra por su antiguo amigo Palomeque. Sin embargo, aquellos gobernantes no le hacían caso: reservado estaba al Presidente Alfaro sacar el vientre de mal año al esclarecido joven Palomeque.

Villamar no había dado absolutamente crédito á la noticia de la muerte de su hijo; pero todas sus insistencias posteriores resultaron clamor de moribundo en un desierto. Con nadie se contraía á hablar acerca del niño. ¿Para qué? ¿A quién le interesaba tal reminiscencia? Rosita y Dolores tampoco tocaban en su presencia aquel punto, temerosas de mover la cicatriz de una llaga. Seguía, pues, el pobre Pacho, paso entre paso, con dirección al ejido,

para todos indiferente y desconocido por todos, hasta que llegó á la llanura y se recostó en el sitio más solitario. Su hijo hubiera tenido diez y ocho años, con él hubiera paseado, y ambos se estuvieran regocijando á los rayos de aquel sol que vivifica. Un solo incidente, cuando tiene relación con afecciones altas y profundas, puede ser de tal manera poderoso, que á su influjo se destemplen los caractéres más acerados, y la víctima se vea obligada á extraviarse, descuidada de su ministerio en la existencia. Villamar hubiera sido quizás buen patriota, útil y renombrado ciudadano; pero escollaba en sus dolorosos recuerdos, de súbito se sentaba en la piedra de la inercia, luégo se arrojaba en busca de peligros y otra vez se detenía en los brazos del marasmo. Corríanle las lágrimas, recostado en la grama, mientras el sol de color de naranja, deslumbrando en un firmamento espléndido, empeñábase en consolarle con desgarrones de esperanzas. De repente oyó voces alegres, risas, acentos infantiles confundidos con acentos graves, y alarmóse, no comprendiendo de dónde provenían. Inmediatamente desembocó en la llanura, por el callejón de Guangacalle, un enjambre de

rapaces con vestido de estudiantes, seguidos de otros, ya mozos, con vestuarios talares, y detrás de todos aparecieron dos jesuítas. Se esparcieron en la planicie, apenas llegaron á ella, palmeando, gritando, dando risotadas, arrojando los gorritos al aire; se tendían en la yerba y daban zapatetas de alegría. Los dos jesuítas se sentaron por ahí muy graves, y los novicios se incorporaron á los niños. Emprendieron después en juegos diferentes. Pacho observaba de uno en uno á aquellos hombrecillos, con encono, diremos la verdad, porque cada uno de ellos causaba la dicha de sus padres, y él estaba privado de ella, poseyendo el mismo derecho. ¿Cómo tratarían aquellos niños á sus padres, qué de veces les saltarían al cuello, correrían á sentarse en las rodillas ó á tirarles de las barbas en solicitud de juguetes? ¿Cómo presenciarían sus padres la contracción de sus hijos al estudio, les dirigirían preguntas acerca de las materias que estudiaban, reirían oyéndoles chascarros, y les iniciarían en los grandes arcanos de la vida? ¿Por qué sólo él estaba privado de tán gran felicidad?... Y los niños corrían y gritaban, y los mozos se aglomeraban en corrillos, y en todos res-

plandecía el color del alborozo, excepto en uno sólo de ellos, alto, demacrado, cabizbajo, adolescente y de hábito talar, que huía, al parecer, de la alegría de los otros. Pacho experimentó una borrasca en el interior de su cabeza, sintióse como embriagado y no pudo abstenerse de ponerse de pie. Acababa de observar detenidamente al joven, la edad podía ser la de su hijo, y en sus facciones había una revelación abrumadora, algo de las suyas propias, algo también de las de Magdalena. Tenía los ojos bellos; pero de mirar triste é hipócrita, la cabellera rizada y semi-rubia, la boca de dibujo feo, dañado por una habitual melancolía. No llevaba el cuerpo recto, y sus miembros eran delgados y endebles. Tampoco había aseo en su ropa: la sotana y el manteo estaban usados y sucios, y el sombrero sacerdotal tenía los bordes grasientos. Pacho le miraba trémulo, ahogándose de desesperación y esperanza. Podía haberse equivocado, podía también haber algún fundamento. ¿Qué haría? En ésto reparó que el más chiquito de los niños le designaba con el dedo, y que todos, inclusive el presunto Augusto, le miraban con gesto rencoroso. Iban á alejarse á la voz

de uno de los jesuítas, y Pacho, involuntariamente, diremos, dió algunos pasos á prisa, hasta que alcanzó al joven junior:

—¿Puede Ud. decirme su nombre, jóvencito?

Quedó asombrado el muchacho, y los demás estudiantes le rodearon.

—¿Y para qué me lo pregunta Ud.? contestó con sequedad.

—Díle que te llamas *Mampuero*, gritó un niño.

—Díle que no tienes nombre, gritó otro.

Al oir la última frase, el adolescente alzó el rostro, y se vieron en él cólera y encono.

—Nada tengo que ver con Ud., y por eso no le doy mi nombre, dijo á Pacho y le tornó las espaldas.

Los jesuítas se habían acercado al grupo, impusieron silencio á los niños y uno de los padres dijo á Pacho, quien se hallaba como inhabilitado:

—¿Qué se ofrece, caballero? Es prohibido que los seculares hablen con los niños, sin autorización de los directores.

—Sólo quería saber el nombre de este joven.

—¿Con qué objeto?

—Con el de.....Tengo un encargo de un

pariente.

—Es muy fácil. Se llama Remigio Carrasco.

—No es él.....Buenos días.

Y Pacho se retiró entre las risas de los niños.

La coincidencia es rara; pero evidentemente histórica: Pacho huía derrotado, víctima de los desengaños, de la suerte; y en la casa de Hidalgo se pronunciaba su nombre entre sollozos. Una sirvienta de la familia Hidalgo había dicho la víspera á las señoras, que una pariente lejana de ella estaba loca por hablar con ellas en secreto: obtenido el permiso, entrábala á la misma hora de la escena de Pacho con los niños. En la casa sólo se hallaba Dolores. Con ella se encerró la mujer en la alcoba, y empezó la siguiente revelación entre lágrimas. La mujer era de más de cincuenta años, *bolsicona*, cara de buena y de aspecto humilde y melancólico.

—¡Ay, *ñiña*, perdóneme primero y después me oirá!

—No tengo qué perdonarle, y le ofrezco oirle con la mayor atención.

—Es una cosa horrible, *ñiña*...¡Mi desgracia ha sido tán grande!.....Para el pobre

están reservados todos los trabajos. ¿Se acuerda su *mercé*, *ñiña* de un *ñiñito* que criaban aquí ahora años y que se lo ro.....

—¿De Augusto? ¡Ay Jesús! ¿Sabe Ud. algo?

La mujer, empapando la pañoleta en lágrimas, siguió:

—Yo me lo robé, *ñiñita* de mi alma, y yo misma lo vine á botar en esta casa, mandada por la persona que entonces era mi *ñiña*.....¡Ay Dios mío! Aquí entré, ahí lo dejé.....Y después, yo conquisté á la *ñuño*, yo me robé al *ñiñito* de una tienda.....

—¿Adónde lo llevó?

—Caminé, caminé, hasta que llegué al Hospicio, *onde que* la *ñiña* que me mandó robarlo.....Pero para qué he de referirle todo esto, *ñiñitica*, si me duele el corazón al recordarlo, y si basta con decir que el *ñiño* vive todavía.

—¡Me muero! ¿En dónde está?

—Voy á decirle *ñiña*. Primero le diré por qué no le he avisado en todo este tiempo.

—¡Dígame en dónde está, por Dios! ¡Dígame si es posible verlo! ¡Tráigalo, dígale que viene á su casa!

—En el Colegio de los jesuítas está, *ñiña*, ya de padrecito. Le han bautizado de Remigio Carrasco.

—¿Está Ud. segura?

—Jesús me valga, *niña*. Si ayer no más le ví: me rogó, me lloró porque le dijera el nombre de su padre. El ha creído que es otro. Yo, para qué he de mentir, nada le he dicho todavía.

Dolores llamó á un criado y le dió un recado para Pacho.

—Pero vuela, concluyó. Que venga en el acto, pero en el acto, ¿oyes?

El criado regresó á pocos momentos con Pacho, á quien había hallado en la calle. Dolores lloraba, la buena mujer lloraba y Pacho entró desatentado:

—¿Qué hay?

—¡Ay, qué ha de haber! Augusto.....

—¿Mi hijo?

—¡Vive!

—¡Acabo de verlo! exclamó Pacho, y en seguida se arrojó á abrazar á Dolores y lloró sobre el hombro de ella como un niño.

Pasó un rato.

—¿Dónde le ha visto? dijo Dolores.

—No estaba yo seguro.. ...Es muy parecido á sus padres.....¡Pobrecito!.....¡Diez y ocho años!

—¿Dónde le ha visto, Pacho?

—Vestido de hábito talar, entre los junio-

res de los jesuítas.

—¡Qué coincidencia! Esta buena mujer ha sido la poseedora del secreto.

—¿Ud?.

—Sí, *ñiño*, contestó la mujer sollozando.

—Hablemos, dijo Pacho, aproximándose como si fuera á acariciar á una rapaz. ¿Cómo se llama Ud., hija mía?

—Juana Sanguña, *ñiño*.

—Sea quien fuere Ud., es menester premiarla.

Sacó de la cartera algunos billetes y los puso en manos de la interlocutora.

—¡Ay, *ñiño*! ¡Si su *mercé* supiera!...Lejos de merecer premio, merezco castigo.

—Hable Ud.: la oigo con la mayor tranquilidad.

Depositado el niño en el Hospicio, Magdalena había resuelto no visitarlo: era señora, y no debía dar motivo de hablillas. Hubo una coincidencia: una hermana de su esposo, viuda de pocos meses, había muerto en Latacunga, en los días del nacimiento de Augusto; y como había dejado hijos ternezuelos, Magdalena fingió que uno de ellos era Augusto, enviado desde dicha ciudad á poder de su tío, quien nunca llegó á saber esta ficción, obtuvo las parti-

das de matrimonio y defunción de los padres y la de bautismo de uno de los hijos, contemporáneo de Augusto, partidas que fueron enviadas al Hospicio para que las Hermanas de la Caridad no tuvieran sospechas ofensivas, y desde entonces Augusto fue llamado Remigio Carrasco. Magdalena había pretextado que no podía criar al niño en su casa, alegando tales ó cuales motivos, y encargando eficazmente á las Hermanas no consintiesen en qne ningún extraño lo viera. Para la obtención de los registros antedichos, fuéle muy útil uno de esos rábulas desarrapados de Quito, á quien había conocido en el estudio de su padre. La pensión era enviada mensualmente por medio de la doméstica Juana, quien no tenía otro permiso que el de acariciar un cuarto de hora al chiquito. Juana, como se ha visto, conocía la historia del nacimiento de este desdichado; pero le estaba prohibido pronunciar el nombre de sus padres, ni aun á los oídos insensibles del niño. Magdalena se limitaba á preguntarle si éste se hallaba con salud, pero las respuestas de Juana eran lágrimas, por las cuales la sirvienta era continuamente regañada. Así creció el po-

brecito, al cuidado de una nodriza inmunda, sin caricias, sin salud completa, sin ver un semblante amigo, chillando á cada momento, porque á cada momento quedaba en desamparo. Corrieron siete ú ocho años. Si Magdalena no hubiera tenido dinero, ya se habría olvidado de aquel inconveniente y el niño se encontraría en la casa de expósitos, donde quizá su vida hubiera sido menos lastimosa. ¿Y por qué no lo expuso aquella madre indigna? ¿Por qué si no por el temor de que el padre diera con él y sacara á la publicidad su conducta? Piensa el ladrón que todos son de su condición. Tal vez por un resto de delicadeza y ternura quiso que su hijo no viviera alimentado por manos ajenas, delicadeza y ternura que también se desvanecieron con el tiempo. Había dado á Pacho, años atrás, la noticia de la muerte de Augusto, con el único objeto de no ser molestada. Su resolución era no devolverlo al padre jamás, sin embargo de que ni ella gozaba de las ternuras de madre. En esto consiste el carácter, según opinión de todas las histéricas, que se ufanan de mantenerse en sus trece, sea cual fuere el camino adoptado y el ariete al cual tienen que oponerse. Desviarse de una re-

solución, por depravada que sea, es ya falta indisculpable de carácter. Para algunos hombres necios, el carácter consiste asímismo en la obstinación en el odio, en la perseverancia en trabajar por la consecución de una venganza. Gente de esta clase de carácter abunda en las poblaciones que tienen algo de monásticas. ¿Y por qué Magdalena aborrecía tánto á Villamar, habíale jurado odio inextinguible, odio que no adormecieron los años y que era manifestado con incesante crueldad, ya que el puñal era removido en la llaga, sin que á Magdalena se le amortiguase la mano? Le odio, decía para sí, porque abusó de mi entusiasmo, se burló de la conmiseración que le mostré, me abandonó en las horas conflictuosas, alejóse como si yo hubiese sido perra, á su regreso me mostró la misma indiferencia, y él ha sido el único autor de mis desventuras de casada. Ya que él quiere tánto á su hijo, que sufra; no lo ha de volver á ver mientras yo viva. Ya se sabe que las desventuras domésticas de ella, de ningún modo dimanaron del nacimiento de Augusto, sino de la índole aviesa de ella misma. Corrieron aquellos siete ú ocho años de privaciones y encierro, de detestable alimento mo-

ral y material, porque si el pobrecito comía sopas de hospicio, no recibía otras lecciones que las propias de esas mujeres ignorantes, lecciones que se reducían á soplar en el espíritu cuando en él aparecía alguna llama luminosa. Dábanle golpes á pretexto de enseñarle á ser obediente; ocupábanle en fregar y barrer, aún cuando apenas podía levantar la escoba, á pretexto de enseñarle á ser humilde; despertábanle á puntillazos y gritos, obligábanle á arrodillarse y á rezar, á pretexto de enseñarle á ser devoto. Cerca de cumplirse los siete ú ocho años, Magdalena se había resistido á enviar la pensión á las monjas, quienes la amenazaron con poner al niño en la calle. Dió la casualidad entonces de que una señora noble y compasiva, de las que por caridad visitan penitenciarías y hospicios, se prendase del muchachito y lo pidiese á las monjas, conocida la circunstancia de que era niño sin padres, y de que todos los parientes le tenían olvidado. Salió, pues, con su camita del hospicio, y pasó á casa de ricos en calidad de sirviente, á pesar de que la señora supo que su origen no era humilde, en vista de los registros que le fueron entregados por las monjas. Magdalena no volvió á saber

de su hijo: la última vez que Juana fue á preguntar por él á las monjas, éstas le volvieron las espaldas, diciéndole que habían tenido que cumplir lo ofrecido, esto es, que lo habían arrojado á la calle. La pobre Juana rompió en llanto y desde entonces no volvió á ver á Magdalena. Como la señora ama de Augusto no era del todo ignorante, aunque sí por todo extremo devota, el niño fue puesto en las escuelas de los Hermanos Cristianos, donde experimentó que las azotainas de manos hombrunas eran mucho más insoportables que los puntillones de mujeres. Su vida fue como la de los pilluelos de Quito, con la diferencia de que en la casa servía exclusivamente á su señora, como sirvientito mimado y distinguido, y le era prohibido faltar un solo día á la escuela. Tenía tiempo de vagar, no obstante, por las calles, atropado con chiquilicuatros de su edad, descalzo, zarrapastroso, mofándose de todo hijo de vecino y apretando de soleta luego que era perseguido. A los doce años, lejos estaba de ser simpático Augusto: era hosco, medroso, intratable; áspero, flemático, tozudo; taimado, cazurro, mojigato; y hallábase muy desaceado, como planta que ha crecido por la naturaleza

de su germen, sin riego, sin calor y sin sabia alguna nutritiva. Ya tenía zarrillo en los dientes, niguas en los pies, piojos en la cabellera y el cuerpo, y la ropa interior se le podría en él, no por escasez de vestido, sino porque nadie le había acostumbrado á mudarse de ropa. Había aprendido á sisar, á vaciar hábilmente bolsillos ajenos y algún otro vicio inmundo de muchachos. A los diez años tropezó un día con Juana, quien lo vió, lo volvió á ver, lo conoció y lo atrajo á sus brazos lloriqueando. El apenas se acordaba de la pobre mujer, y puso fisonomía de zonzo. Ya se había acostumbrado á no pensar en padres, y hasta se imaginaba que todos nacían sin ellos y que después de nacer los adquirían. Juana se informó de la situación del muchacho y se propuso no perderlo de vista en lo futuro. Cuando salió de la escuela de los Hermanos Cristianos, el superior de éstos, quizá por adular á la señora ama de Augusto, díjole que el muchachito era de gran capacidad, dócil y siervo de Dios, y que convenía no desperdiciar sus aptitudes. Entusiasmada con este informe, la señora habló con el Superior de la Compañía de Jesús, púsole á la vista los registros relativos al

nacimiento de Augusto y consiguió que fuera admitido como novicio ó postulante. Hé ahí que desde entonces vivía entre los jesuítas vestido de hábito talar. Juana le veía de año en año, y no dejaba de llorar al acercársele. Poco antes de ser descubierto por Pacho, había muerto la señora su antigua ama, y los jesuítas trataban de la suerte de Augusto, porque ya no tenían á quien agradar. Desde antes había sabido el joven la muerte de sus padres en Latacunga; pero, como hemos dicho, en nada le preocupaba la orfandad. Suponía que el señor Ramírez era su tío; mas nunca se le ocurrió darse á conocer como sobrino. Hablaba un día con Juana en el zaguán del Convento, pues que Juana íba de año en año á visitarlo, y entonces le preguntó por sus padres y especialmente por el señor Ramírez, su tío. En previsión de un peligro para Magdalena, luego que Augusto pronunció el nombre de Ramírez, contestóle afanosamente que sus padres eran otros, que ella conocía á su padre y que averiguaría por él al momento. Juana proyectó inmediatamente encaminarse á casa de Hidalgo, porque, decía, allí tienen que saber si vive el padre del joven.

CAPITULO XIII

La primera prevención de Villamar fue una orden perentoria á Juana para que guardara absoluto silencio. Temía que Magdalena le pusiera nuevos obstáculos. Luégo recomendó á la misma Juana buscase ocasión de hablar con Augusto, con el fin de informarle que su padre vivía, que se hallaba en la ciudad y que en breve iría por él al Convento. No debía pronunciar su nombre todavía, pues, de seguro, era detestado en aquel misterioso instituto, como el gesto de los alumnos lo había revelado

en la rápida entrevista en el ejido. No dejaba de ser rémora aquella supuesta familia de Latacunga; mas se esclarecería el busilis, si aparecía algún contradictor, con la partida de bautismo de Augusto, las declaraciones de Hidalgo y su familia, y también la de Juana respecto al robo del niño. No sería necesario mentar el nombre de la madre. Los registros traídos de Latacunga quedarían nulitados, practicadas las diligencias antedichas. Podía suceder, además, que el verdadero Remigio Carrasco viviese. Era indudable que los jesuítas expulsarían á Augusto, luego que supiesen que no era hijo legítimo, expulsión que regocijaría á Villamar. La dificultad mayor estribaba en que Augusto amara á su padre, lo cual no podía tenerse por seguro, dado el odio de los jesuítas á Pacho y los gérmenes ya inoculados en el espíritu del joven. ¿Sería la naturaleza suficiente para allanar este gravísimo embarazo? Villamar no creía lo que cree el vulgo, esto es, en la fuerza atractiva de la sangre: la prueba la tenía en el ademán de su hijo en el ejido. Pero en hecho de verdad, nada era óbice ya á la felicidad de aquel padre, años de años errante en pos de su hijo, si por fin

había dado con su huella y poco era menester para estrecharle en sus brazos. Pasó toda aquella noche en vela, ora hilvanando proyectos, ora forjándose hermosas ilusiones. Apenas Juana le dijera que había hablado con Augusto, le refiriera la sorpresa del joven, seguida de afectuosos arrebatos, Villamar volaría al Convento, se vería con el Padre Rector y le pediría una entrevista con el joven Remigio Carrasco. ¡Tú eres mi Augusto! le diría fuera de sí, estuviese ó nó obligado á hablarle en presencia de extraños. Augusto vacilaría al principio, le dirigiría tal ó cual pregunta; pero luego le miraría Pacho con ternura, tal sería la eficacia de su gesto, que el joven vería relampaguear la luz de la verdad. ¡Cuál no sería la fruición subsiguiente, cuál el arrobamiento de aquel padre, Lázaro en diez y siete años, resucitado en un instante á la sola aparición de su ángel tutelar! Lloraría en los brazos de su hijo, lloraría con aquella cabecita pegada á su pecho, lloraría y vería correr las lágrimas del joven, oiría esas voces reprimidas en el espacio de tán larga vaciedad. Ambos saldrían al momento, sabido por los jesuítas el origen de Augusto, ambos se dirigirían al cuarto

de Pacho, y allí correrían los primeros ratos de transporte. Augusto sabría que era rico, que ya no había menester dinero de extraños, que ya no le abrumarían gestos protectores. ¡Cuán intensa sería la dicha de aquel mártir con sólo llegar á persuadirse de que la vida no era un antro de miseria, y de que, al contrario, había en ella paraísos! Vestido con elegancia, grave el andar como persona de traza, al día siguiente iría á casa de Hidalgo y rendiría agradecimiento á la familia por los cuidados que le prestaron cuando niño. ¿Sería tal vez inconveniente la cortedad de Augusto, y sus hábitos de descortesía y malacrianza? ¿Pero todos no aseguraban que los jesuítas eran modelo de cultura? Lo importante sería partir á Nueva York, donde el joven debía estudiar ingeniería, y allí adquiriría expedición y don de gentes. Lo que por largo rato entristeció al pobre Villamar fue la obligación de dar al joven noticias de la madre: horas enteras meditó el mísero en el trance, y por fin resolvió urdir cualquier mentirilla, de aquellas que fuesen absolutamente inofensivas: habría que dar por muerta á la madre, verbigracia.

No rompía aún la aurora cuando ya Pacho se ocupaba en el aseo y orden del departamento en que vivía, el cual se componía de tres estancias, dormitorio, sala y escritorio: en el dormitorio desocupó un espacio para colocar la cama de su hijo, colocó otra percha y otro velador; luégo compraría cómoda y cofre: la sala la mandó desempolvar, pero los muebles los dejó como estaban: arregló el escritorio de modo que fuera exclusivo de Augusto: todos sus papeles los puso en un baul, así como los libros cuya lectura podía ser perjudicial á un adolescente, y formó un catálogo de los adecuados al joven, que no existían en los armarios, los cuales estaban repletos de obras de libres pensadores, introducidas de contrabando por el puerto del Guayas. Hallábase embebecido en esas interesantes faenas, cuando apareció Hidalgo, quien volaba á dar la enhorabuena á su amigo en nombre de él y Rosita, pues ellos no le habían visto cuando la noticia del hallazgo de Augusto. Se estrecharon las manos, se abrazaron, hubo exclamaciones, comentarios y nuevos proyectos, y ambos salieron á verificar las compras de los artículos que rezaba el catálogo, tán prolijamente for-

—¡Ah, sí! ¿Con qué objeto?

—Con el de darle un recado de su.....padre.

—¡Oh, sí! Pero me parece que aquel joven no tiene padres: sus padres murieron hace muchos años, si no me equivoco.

—Creo que no, Padre.

—¿Será posible? Tengo idea de que he visto la partida de defunción de ellos. Lo evidente es que el joven Carrasco es alimentado con las rentas del Convento.

—No lo dudo, Padre; pero mi interés consiste en ciertas indagaciones que quizás pueden redundar en beneficio de la Compañía.

El Padre sacó una cajita del bolsillo de la sotana, la sacudió, la abrió, tomó una porcioncilla de rapé, que llevó á las narices y luégo desplegó un gran pañuelo de cuadros rojos y negros. Es cosa averiguada que el rapé entra por mucho en la diplomacia jesuítica: es un medio muy sencillo de ocultar lo que está diciendo el semblante, porque se lo cubre con el pañuelo ó las manos, artificialmente se le da otro gesto y se gana tiempo para reflexionar en una pregunta ó respuesta oportuna.

—He oído que el Sr. Villamar, dijo el Pa-

dre, después de sonarse con ruido, habló con aquel junior en la calle hace uno ó dos días, y que se alejó en seguida, en la persuasión de que se había equivocado.

—Así sucedió, Padre; mas después, me he convencido de que el joven Carrasco es el mismo á quien busco.

El Padre tomó otro porqué de rapé.

—Hay que preguntarlo al Padre Superior y á los Consultores, porque no está en mis atribuciones conceder esa entrevista; de modo que Ud. debe volver mañana ú otro día.

—Pero, Padre.....

—¿Señor?

—No hay motivo para obligarme á espera tan larga, y más cuando la conversación será enteramente inocente, y puedo verificarla en presencia de Vuestra Reverencia.

—Oh, así lo creo; pero aunque me ha sido doloroso dar á Ud. la respuesta que acabo de darle, ha habido que dársela, porque en nuestro Instituto hay preceptos que son más allá de terminantes.

Dicho esto se levantó el jesuíta, y Pacho tuvo que imitarle afligido, pero obligado

á no dejar entrever su dolor. El Padre lo notó, sin embargo, y apresuróse á sonreir y á saludar á Villamar.

—¿No podré volver hoy mismo?, insistió.

—Están distribuidas las horas, contestó el jesuíta, y no es posible alterar esta distribución, por ahora.

—¿Y no será posible que Vuestra Reverencia hable inmediatamente con el Padre Superior y los Padres Consultores? Yo esperaría el tiempo que Vuestra Reverencia designase. .

—Inmediatamente no es posible, señor.

—¿Volveré mañana, Padre?

—Mañana, señor.

Pacho se despidió dulcificando el gesto y con una profunda inclinación de cabeza. Fácil es de alcanzar la situación del pobre padre hasta que llegó la hora de la cita.

Al día siguiente volvió al portón del Convento, y tocó la campanilla.

—¿El Padre Rector? preguntó al hermano portero:

—Me ha encargado decir á U. que vuelva mañana.

No hubo qué replicar, y continuaron las mismas ansiedades. ¿De qué provenía aquel nuevo retardo? ¿Era porque querían pri-

varle de su hijo, ó tal vez porque los jesuítas querían demostrarle su inquina? ¡Oh si ellos conocieran el amor de padre, y el dolor que uno experimenta en situación como la suya! Ante cada uno de los jesuítas se arrodillaría gustoso, si ahí luégo le permitiesen decir á Augusto: "¡tú eres mi hijo!" enlazar el cuello de él con sus brazos, y llevárselo para esconderlo aunque fuera en el seno de una selva!

Al día siguiente á la hora citada, otro campanillazo, pero menos sonoro. Pacho sentía que se le relajaban los nervios, que se le debilitaba la fuerza muscular, que su espíritu buscaba refugio en tal ó cual rincón de su organismo: ya no era el determinado de antes, ya no era el emprendedor en cualquiera otra circunstancia. Apenas le conoció el portero, abrió el postigo é introdujo á Pacho al salón de visitas. Esperó largo rato, sin separar la vista de la puerta, paseándose, porque tiritaba como enfermo. Se presentaron dos sacerdotes, uno de los cuales era Augusto, quien, al ver á Villamar puso un gesto de profundo desagrado. El otro se adelantó sin quitarse el bonete: era el *Distributario*.

—Aqui tiene Ud. al Hermano Remigio Ca-

rrasco, dijo con entonación adusta.

—¿Qué es lo que tiene Ud. que decirme? dijo Augusto, sin disimular su displicencia.

Pacho se acercó y le tomó la mano temblando.

—Tengo que hablar con Ud. en privado, dijo á media voz.

—Eso no es posible, se apresuró á decir el *Distributario*. Está prohibido por nuestras instituciones. Tengo que presenciar la conferencia, si Ud. lo permite.

—Está bien ¿Nos podemos sentar? Yo tengo mucho frío, á pesar de esta capa.

Tomaron asiento todos tres en un sofá, y el *Distributario* en medio de Pacho y Augusto, quien miraba al cielo raso ó al lado opuesto al en que se hallaba su padre.

—¿Conoce Ud. á sus padres? dijo Pacho.

—No comprendo con qué objeto me hace Ud. esa pregunta, respondió Augusto con sonrisa de desprecio.

—Ella conduce al objeto de mi visita, hijo mío.

—¿Hijo mío?.....

—¿Y sabe Ud. si vengo ó no en nombre de su padre?

—En nombre de él es imposible, porque mi padre murió hace años.

—No, hijo mío: está vivo.

—Eso es falso. He visto el registro de su defunción.

—Ese registro es de un Sr. Carrasco, no del padre de Ud.

—¿Y cómo lo probaría Ud?

—Las pruebas son inconcusas.

—¿Y á quién me daría Ud. por padre?

—¡Al que te ha dado Dios, hijo mío!

Diciendo esto, Pacho dejó su asiento y se acercó á Augusto con los ojos ya arrasados en lágrimas.

—Al que te acariciaba en la cuna, al que te perdió cuando solo tenías seis meses, al que te ha buscado con delirio, al que ha llorado diez y siete años por tí, al que al hallarte no encuentra en tí el afecto de hijo, sino un corazón esterilizado por influencias extrañas.....tal vez? ¿No te dice ese corazón cuál es tu verdadero padre, hijo de mi alma?

Pacho se había llevado el pañuelo á los ojos, y en vano se contenía, víctima de un despecho que iba en aumento:

—¿Qué hacemos aquí? dijo Augusto al *Distributario.*

—¡Ven á mis brazos, Augusto! ¡Este es tu nombre, y no otro, y éste tu pobre padre,

éste á quien el dolor ha duplicado los años!

Cayó sobre Augusto y le estrechó en sus brazos, bañándole en lágrimas.

—Señor Villamar.....

—¡Hijo de mi corazón!

Reinó el silencio. Pareció que á Pacho le había acometido un síncope, porque el cuerpo quedó desmadejado, el semblante oculto detrás de la cabeza de Augusto, las piernas estiradas y las manos lívidas é inmóviles.

—¿Será necesario ocurrir por un médico? dijo el *Distributario*.

—Esto es una comedia, dijo Augusto.

—En aquel instante, Pacho levantó la cabeza, y con la más profunda amargura notó en el semblante de Augusto toda la expresión del rostro de su madre, cuando se manifestaba hostil y atrabiliaria. Villamar estaba anonadado; pero todavía pudo insistir, vertiendo lágrimas.

—¡Abrázame, hijo! ¿Cómo me tratas así, si eres mi hijo?

—¡Mi padre no puede ser jamás un impío!

—¿Qué dices?

—¡Uno que ha insultado á estos venerables Padres, úno que ha escrito lo que Ud. ha escrito, úno que es enemigo de la inma-

culada institución de San Ignacio!

—¡Mira, no lo soy! ¡No me arrebates á mi hijo, no rechazes á tu padre, no me apuñalées!

—¿Y el Sr. Villamar ha sido alguna vez casado? dijo el *Distributario*?

Al oir esta voz, se operó en Pacho una transformación rápida y eléctrica: del abatimiento más grande, de una inacción completa, de un dolor que no puede tener comparación, pasó á una de esas iras fúnebres, que aterran sólo con vislumbrar su estallido. Levantóse é irguió la cabeza, las ventanas de la nariz se abrieron, el labio superior se alzó, los músculos de la frente contrajéronse, los ojos le relampaguearon cual si fueran focos eléctricos. Empuñó á Augusto del brazo y exclamó:

—¡Este es mi hijo y se va conmigo!

—¡No me voy! dijo Augusto, sacudiéndose.

El *Distributario* echó á correr con dirección á la puerta.

—¡Diga Ud. al Rector, prosiguió Pacho, que este es hijo ilegítimo y que debe ser expulsado del Convento.

—Para todo sería menester analizar las pruebas, señor, dijo el *Distributario*. No es

posible proceder con tánta violencia:

—¡No me voy! repitió Augusto, é hizo un violento esfuerzo, se desprendió de Villamar y se colocó detrás del jesuíta. ¡Mis padres son los Padres jesuítas!

—¿Y nó el que te engendró, Augusto?

—Me llamo Remigio Carrasco.....El que me engendró murió, y si vive, no supo cuidar de mi infancia.

Y salieron aceleradamente, dejando á Pacho anonadado. Enjugóse éste el rostro, acomodóse en los hombros la capa, calóse el sombrero y salió.

Aquel era el último golpe. La pérdida de la esperanza es el regreso del alma á la nada de su origen, con la diferencia de que el alma es ya algo, y la región adonde vuelve es la nada. Figuraos un globo que se bambolea en el vacío. Aquel padre ni se quejaba para sí, ni se preguntaba, ni se respondía nada: no reflexionaba: era un objeto ambulante. Si mientras andaba, tropezaba con alguno, tal era la nulidad de su sér, alzaba la cara y miraba como idiota: ningún sonido articularon sus labios pálidos y abiertos. Caminaba sin rumbo; pero á la caída de la tarde pudo llegar á la casa con síntomas de fiebre.

CAPITULO XIV

Quince días había permanecido en el lecho, ora delirando, ora en un decaimiento próximo á la muerte, víctima de una intolerable fiebre nerviosa. Visitáronle muchas personas, pues sus relaciones no eran escasas desde que se había enriquecido en el negocio de quinas. En la afición al dinero, el vecindario de Quito es como todo el género humano, y sin embargo en Quito es muy censurado el proceder de los americanos del Norte. Sábese que ahora es más indispensable que

antes la adquisición de dinero por la multiplicación de las comodidades de la vida; pero los que más se afanan en aconsejar la pobreza, en prescribirla como el mejor medio de ir al cielo, son los que más empeño ponen en la obtención de caudales, sin rehuir el empleo de medios ilícitos, esforzándose, eso sí, en guardar las apariencias. Hemos de convenir en que el peor vicio de los ecuatorianos es la falta de franqueza, al menos en ciertas poblaciones: no es necesario pregonar pobreza ni riqueza, virtudes ni vicios, glorias ni ruindades; pero ¿por qué hemos de hacer gala de censurar en los norte-americanos el afán de enriquecerse, si anhelamos la posesión de las facultades de ellos, pues, en teniéndolas, conseguiríamos riqueza? Pacho se veía rodeado de amigos; pero ninguno de los visitantes, excepto Hidalgo y su familia, conocían la causa de aquella grave enfermedad. No bien se limpió de la fiebre, Hidalgo le refirió que había hablado con Augusto, y con todos los pormenores posibles, referídole la historia de los seis primeros meses de su vida, sin atribuir la menor culpa á la madre, cuyo nombre había evitado pronunciar y á quien había dado por muerta, de resultas

del alumbramiento de aquel hijo. Un pecado engendra otro: la mentira fue engendrada por el desvío de Pacho y Magdalena. Con tal relación se había conmovido el joven, y en su ánimo se había operado gravísimo conflicto entre el apego á los jesuítas y el deseo de obedecer á la ley natural, es decir, de vivir con su padre. Hidalgo había conseguido hablar con Augusto, á pesar de ser conocidas sus amistades con Pacho, porque aquel era conocido de algunos jesuítas, y era tenido por partidario del Gobierno. No habían tenido sino una entrevista, pero larga, y el buen éxito era, por lo menos, contingente. ¡Siempre Hidalgo el autor de las curaciones de Pacho! ¡Qué noble y raro amigo era Hidalgo! Pacho proyectaba hablar el mismo lenguaje usado por Hidalgo con Augusto, al Padre Rector de los jesuítas, á quien se proponía, si no enternecer, persuadir y obligar á dar libertad á Augusto, sin escándalo. ¿Pero cómo hablar con el Padre si, de seguro, ya no volvería á ser recibido en el Convento? ¿No era mejor confiar la diligencia al buen Hidalgo, cuya discreción se había perfeccionado con los años, y de cuya benevolencia tenía pruebas tán recientes? Hidalgo aceptó el

encargo al momento, y hé ahí que una mañana fue á desempeñarlo con la más grande agilidad. El Padre Rector había tenido ya conocimiento de la historia, porque Augusto la había referido á uno de los Padres.

—No podemos revocar á duda, dijo el Padre Rector, los registros de defunción de los padres del junior, ni el de bautismo de éste, porque no hay prueba de tánta fuerza en contrario, ni aun la declaración de Ud. y su familia, y la fe de bautismo que Ud. ofrece, pues todo ello puede referirse á un niño diferente.

—Existe la mujer que robó al niño de mi casa y que lo trasladó al Hospicio, dijo Hidalgo, y las Hermanas de la Caridad han de conocerla.

—Han pasado muchos años: tal vez las Hermanas de la Caridad actuales no sean las que existieron entonces: poca fe merece, por otra parte, una pobre mujer de la plebe; y los registros traidos de Latacunga fueron, además, entregados por las mismas Hermanas de la Caridad, de manera que ellas estuvieron en el mismo convencimiento que nosotros.

Para replicar era menester pronunciar el nombre de Magdalena, é Hidalgo hubo de

declararse vencido.

—Bastaría averiguar á Latacunga si existe ó ha muerto un niño, hijo de tales padres, llamado Remigio Carrasco, replicó sin embargo.

—Hemos averiguado, y nadie da noticia. Existe la partida de nacimiento, pero no la de defunción. Ud. sabe que no hay mucha proligidad en estas poblaciones, y, si he de decir á Ud. la verdad, el junior ha manifestado su deseo de quedarse con nosotros, esto es, de ser hijo legítimo, y no natural, dado que lo primero consta, y lo segundo apenas es probable.

El Padre Rector no había necesitado rapé, é Hidalgo salió consternado. Hubo de ocultar varios días esta conferencia á Villamar, hasta que éste estuvo en aptitud de saberla. Apenas la supo, el infortunado tomó una resolución desesperada: robar á su hijo, aunque fuera menester atropellar á los Padres, salir con él á otra nación y acabar sus días consagrado á él, sin siquiera acordarse de su patria. Apenas concebido este proyecto, redujo á dinero todo cuanto tenía en Quito; y sabiendo que el Comandante Pacheco tenía un hijo de la misma edad que Augusto en el Convento de

los jesuítas, fuése para el militar y le confió su intención, solicitando su auxilio. Pacheco se lo prometió con entusiasmo, aún le ofreció acompañarle en la fuga y díjole que Augusto solía salir á la calle en compañía de su hijo, quien también vestía hábito talar. Dió la desgracia de que indiscretamente reveló á su hijo el proyecto, con la mira de complicarlo en el plan, de que persuadiera á Augusto y le ayudara en la fuga; pero hé ahí que el hijo reveló el pastel en el Convento, y los jesuítas se pusieron ojo avisor. Pocos días después, temerosos del dinero de Villamar y de que él hubiera recobrado su antigua energía, opinaron mandar á Augusto fuera del lugar. Dos Padres tenían que partir á Guayaquil, y con ellos resolvieron partiera el junior, lo que se efectuó sin pérdida de tiempo. Juana fue á sorprender á Pacho con la noticia del viaje de Augusto, y aquel resolvió al momento seguir á su hijo á Guayaquil.

Tomó un asiento en la diligencia; pero la víspera de la partida dirigióse á casa de Hidalgo.

—Me voy, dijo á la familia en secreto. Vuelven á robarme á mi hijo, yo debo volver á buscarlo, y mi intención es, apenas lo

halle, darle otra patria y otra madre. Está definitivamente arreglada la posición de mis hermanos: cada uno está apoderado de sus bienes: sólo me resta despedirme; mas por ahora pasaré por el dolor de no verlos y la despedida será por medio de cartas. En Guayaquil robaré á mi hijo, y ambos nos trasladaremos á Paita, puerto más inmediato al Ecuador. ¿Qué soy para tí, Jorje?

—¡Cómo! ¿Tú para mí?

—Sí. ¿Qué parentesco tenemos?

—Tú eres mi hermano, contestó Hidalgo sorprendido.

—¿Porqué? ¿Tú eres casado con una hermana mía, ó yo con una tuya?

Al oir esto Dolores, bajó la vista, y Rosita la levantó al rostro de Pacho. Todos contuvieron la respiración, y Pacho prosiguió con voz enronquecida.

—Jorge, sé mi cuñado.....

Le subió una ola de sangre al rostro de Dolores, y enseguida palideció intensamente: Rosa apoyó la barba en los diez dedos entrelazados y quedóse con los labios abiertos: Jorge parpadeaba sin tener qué responder.

—Hablemos tú y yo, dijo Pacho: supon-

gamos que estas señoras están ausentes. Hace años debí yo haberte dicho lo que te estoy diciendo en este momento. Mi hijo no me ha dado ocasión de pensar en mi suerte. He sido leal; pero en mí hay menos mérito que en ella. Han corrido muchos años, Jorge.....

—De manera que lo dicho por el Arzobispo.....

—¡Jorge! gritó Dolores, como si le hubieran dado un balazo.

—¡Mudo! gritó Rosita. ¿No conoces á tu hermana y á Pacho?

—Yo soy el mudo, Rosa. He sido imprudente. Oye, Jorge: no hay ángel como tu hermana. ¿Quieres que seamos cuñados?

Jorge estaba serio, y miraba airadamente á la alfombra.

—La proposición es imprevista, dijo. ¿Supongo que me la haces de acuerdo con Dolores?

Pacho se levantó, se acercó á Dolores, se inclinó y le tendió la mano. Los ojos de Dolores estaban arrasados en lágrimas.

—¡Qué hombre! ¿No te lo he dicho yo? dijo Rosita abrazando á Dolores.

Inútil es referir la continuación de esta escena. Convinieron en que Jorge y Dolo-

res se trasladarían á Paita, apenas recibiesen carta de Pacho, á fin de que en Paita se realizase el matrimonio. En la mañana del día siguiente, Pacho se acomodó en la diligencia, en junta de otros viajeros, cerróse la portezuela, mayoral y zagales azotaron á las mulas, el ómnibus comenzó á rodar y Quito quedó medio dormida en los brazos de su poderoso Pichincha.

Como los jesuítas llevaban dos días de delantera, difícil era alcanzarlos antes de llegar á Guayaquil, no obstante la actividad de Villamar. Grandes son las dificultades de transporte en aquel camino todavía primitivo: la diligencia se detiene en Ambato, allí hay que alquilar mulas, aderezos de viaje y entenderse con arrieros, gente ignorante, valiente, vigorosa, pero la menos puntual y exacta del mundo. Como Villamar no necesitaba sino dos cabalgaduras, por dicha no se demoró sino un día en Ambato, y al siguiente trotaba junto al Chimborazo, al que no pudo contemplar ni un momento, porque se hallaba velado por las nubes. Detúvose en Chuquipogyo, casucha aislada en un declive estéril del gran monte: es una como venta, desaseada, incómoda, tristísima, donde apenas puede el

caminante guarecerse de la lluvia y la intemperie, y cobrar nuevas fuerzas para proseguir sus molestas jornadas. Se aproximaba la noche, arreciaba el frio, y Pacho iba á sentarse á la mesa, en la cual no había sino papas y fiambres, cuando hé ahí que llega un anciano, quien apenas se tenía á sentadillas en la bestia. Desmontóse con gran dificultad y fue á sentarse, dando traspiés, en un poyo del corredor de la casuca, la tez atabacada, los huesos del rostro pronunciados. Pacho se quedó mirándole, no se acordaba quién era, pero sí que lo había visto en otro tiempo. Finalmente se acercó hacia él y le dió las buenas tardes.

—Soy Francisco Villamar, Señor: se me acuerda haber visto á Ud. otra vez.

—También yo me acuerdo de su nombre, joven: yo me llamo Juan Boza.

—¡Señor Boza! exclamó Pacho, comprimiendo la diestra del anciano.

En seguida se trataron como amigos antiguos, y reinó la mayor cordialidad: en la mesa hablaron uno y otro, y cada uno refirió su historia en resumen. También Boza había peregrinado en América, huérfano de la libertad, é iba á caer en brazos de la

tumba.

—Vengo de Guayaquil, concluyó: voy á morir en Ambato, donde está residiendo mi familia. Vaya Ud. con mucha precaución á Guayaquil: allí hay dos tiranos, y de lo más sanguinarios y arteros. Cúidese Ud. de ellos, joven: el nombre de Ud. no ha de estar todavía olvidado por ellos. La muerte de García Moreno ha sido hasta ahora inútil.

Añadió que á los jesuítas había encontrado en Guaranda, dió algunos consejos á Pacho relativos al robo de su hijo; pero no cayó en la imprudencia de preguntar el nombre de la madre. A la madrugada siguiente se despidieron uno de otro aquellos excelentes amigos, quienes sólo se habían tratado dos veces en su vida.

En Guaranda había recibido el más respetable de los jesuítas viajeros el telegrama siguiente, trasmitido de Quito en clave, no se sabe por qué persona piadosa:

"Apresúrense. Villamar va en persecución del Hermano Carrasco. Dícese aquí que lleva proyecto sangriento en contra del Gobernador y del Comandante de Armas del Guayas: hablen con ellos".

El Gobernador del Guayas había sido

Presidente del Ecuador en época no lejana, y entonces había fusilado á varios patriotas, sofocadas ya revoluciones, no tanto por precaverse de nuevas, cuànto porque el fusilar era para él obra de energía. Antes hemos mencionado á las víctimas de ese gobernante sanguinario. El Comandante de Armas era, por herencia, homicida, envejecido en el vicio y en el crímen. Gobernador y Comandante habían fusilado también al pueblo de Guayaquil, con el simple motivo de elecciones. Villamar conocía á ambos; pero ningún temor abrigaba, porque nada había hecho contra ellos en los últimos tiempos. No contó con la calumnia, ni con la credulidad de criminales suspicaces. El malvado tiene mejor memoria que nadie, cuando trata de ejercer impías venganzas. También ellos recibieron repetidos telegramas en contra del desgraciado Villamar. Se acordaron de los escritos del patriota, de su ímpetu y perseverancia en larga época de lucha. ¿Y qué extraño era que persiguiese aún á Villamar, con cualquier pretexto frívolo, un sistema de odio é ignorancia, de obstinación y mojigatería, de intolerancia y crueldad, en cuyas ondas fangosas había bogado to-

da su vida, ora esforzado, ora enflaquecido, hasta que llegaba á la vorágine cuando ya las fuerzas le iban escaseando, y cuando ya no podía contar ni con auxilio? Villamar no era víctima de un hombre, según se ha visto en toda su historia: era de las preocupaciones de siglos esparcidas en su patria, como la lepra en el cuerpo del leproso, y era también de los privilegios de su naturaleza agena al contagio. Ofendió á los jesuítas, y con ello despertó al áspid que dormía.

Babahoyo, puerto del río de su nombre y capital de la Provincia de los Ríos, no es población extensa ni bella; pero no carece de atractivos por la opulencia de la vegetación y el concurso de los que transportan mercancías. Pacho llegó medio muerto de fatiga, enlodado, ansioso por estirarse en la hamaca de un hotel. En Babahoyo se encontró con un amigo, quien, después de saludarle, le dijo:

—Dicen que han descubierto un plan de asesinato en la persona del Gobernador del Guayas, y todos los cuarteles están alarmados.

Apenas Villamar oyó esta frase, cuando se vió rodeado de escolta.

—¿Con qué orden me aprehenden Udes?

—Orden superior, respondió el oficial

—¿Se me esperaba para ésto?

Silencio de parte de los aprehensores, y sólo actividad para conducir al preso á la prisión, en la cual fue cargado de grillos. Desde el momento en que úno cae preso en nuestra patria, pierde la facultad de interrogar, por que si lo hace nadie le responde, á no ser con salvajes contumelias. Sorprende ver en estos días manifestaciones públicas de presos en favor de la urbanidad de los que les aprehenden y custodian. Cualquiera que fuese la condición del preso, cualquiera la causa del arresto, rara vez llegaba á saber esta causa, á pesar de que las leyes decían lo contrario, ni aun en el día en que era fusilado, desterrado ó puesto en libertad. Pacho no volvió á preguntar nada á nadie, y desde entonces tuvo que resignarse á ser mirado como objeto despreciable. Acto continuo recibió orden de embarcarse, y lo hizo en hombros de un soldado, á causa de la incomodidad de los grillos. En el vapor fue tirado en un rincón: si alguno le reparaba era para colmarle de improperios. El río de Babahoyo es tan bello como los otros de la región occidental, y en sus márgenes

hay alquerías y sembríos, en medio de arboleda virgen é imponente. Pacho no pudo ni gozar de la contemplación de esas orillas pintorescas, porque la navegación fue en medio de las sombras de la noche. Mucho antes de amanecer descubrieron la hilera de luces del extenso Malecón de Guayaquil. Villamar pensó en su hijo: inundóle la esperanza de que él contribuiría á salvarle, de que buscaría medios de verle, luego que supiese la prisión de su padre. Fondeó el vapor y reinó mutismo siniestro. Guayaquil dormía aún, el firmamento estaba plomizo, en la atmósfera no había frescura, el río no formaba ondas ni producía ruido alguno, y á bordo empezaron á oirse pasos repetidos. Pacho se sentó en el pavimento en donde había pasado la noche, y esperó. A poco se acercaron á él varios hombres armados.

—¡Alza arriba! le dijo el oficial, empujándole con la punta del pie.

—Estoy con grillos, dijo Pacho.

—Ahora los grillos son inútiles: que se los quiten.

Llamaron al oficial que había venido desde Babahoyo, pues el que hablaba era recién venido de un cuartel de Guayaquil,

éste habló al oído de aquél, y en breve se vió el preso libre de los grillos. Levantóse en seguida, púsose al centro de la escolta y todos descendieron la escalera.

—¡Atraca *pa ca*! dijo una voz.

Aproximóse un bote, Pacho fue trasbordado á él, y á continuación se embarcó también la escolta. Partió el bote río abajo, entre el suave rumor de los remos. De la ciudad provenía de vez en cuando el sonido agudo de silbatos. Al notar que el bote pasaba junto al barrio del Astillero, Pacho preguntó con voz enérgica, en medio de aquel silencio de tumba:

—¿Adónde me llevan?

Nadie contestó. El oficial aparentaba dormir en popa. Los soldados se miraron, uno de ellos tocó con el pié á otro que se hallaba inmediato al preso, y los dos cambiaron de asiento con cautela. El primero era un mestizo serrano, á quien conmovía la escena. Fingió toser, escupió, y acercándose al oído de Pacho, díjole en voz apenas perceptible.

—Dos jesuítas denunciaron á Ud. antenoche, uno viejo y otro jovencito.

Pacho se extremeció.

—¿Qué es? dijo el oficial.

—Nada, mi capitán, respondió un sargento.

Volvió á reinar el silencio.

—¿Sabes el nombre del jesuíta joven? preguntó Pacho, también en voz de falsete.

—Sí, mi Comandante: oí que le llamaban el Hermano Carrasco.

—¿Quién habla? gritó el oficial. ¡Cuidado!

—¿Quién habla? repitió el sargento.

—Yo voy rezando el Santo Rosario mi sargento, dijo el mestizo sentado junto al preso.

Todo acababa de concluir para Pacho. Las frases del soldado habían sido un disparo á quema ropa. Descendió sobre su alma una niebla de textura compacta, de impenetrable negrura, que apagó hasta la más débil chispa de esperanza. El dolor de aquel hombre era único: tenía todas las condiciones de inaudito: amó con ingenuidad y locura; adquirió un hijo á quien no vió nacer; túvole en sus brazos y lo perdió cuando el niño tenía seis meses de edad; lloróle, buscóle, perdió por él vigor y reposo; hallóle á los diez y siete años; quiso ahogarle en sus brazos y se vió rechazado y escupido; síguele con desesperación y se encuentra con que su hijo se ha convertido

en su verdugo.....Si estos dolores fueran frecuentes, superflua sería la invención del infierno.

Pacho se reclinó de espaldas en el banco y quedó inmóvil. Si hubiera sido dable verle el rostro, habríase visto en él algo de santo. No era un cobarde, no pensó en oponer la más leve resistencia. Pensaba con tenacidad en Dolores y con acerbo dolor en Augusto. A Magdalena no le consagró ni un recuerdo. Así son las índoles buenas: acuérdanse de los que merecen su amor, no de los que son dignos de odio, cuando ya va á representarse el último acto de la vida. ¿Adivinaba ó nó el desenlace? Probable es que sí, porque sus miradas no se separaban de la bóveda celeste.

—¡Vargas Torres! dijo de repente en alta voz, y todos los de la escolta quedaron aterrados.

A las cinco de la madrugada el bote atracó á una orilla vestida de bosque, en la cual no había ni huellas humanas. Todo estaba silencioso, todo desierto, y todavía no trinaban ni las aves. Desembarcaron la escolta y el preso, á quien obligaron á penetrar en el bosque. Caminaron obra de dos ó tres cuadras. Villamar seguía á dos

soldados, dos iban á su diestra, dos á su siniestra y el resto detrás.

—¡Alto! gritó de improviso el oficial.

Habían llegado á un sitio desamparado, cubierto solamente con la frondosidad de un higuerón. Villamar se volvió: los soldados se alinearon delante de él. Adelantóse el oficial y le dijo, sacando la espada de la vaina:

—¡Va Ud. á morir!

—Lo sé.

—¡Haga Ud. el acto de contrición!

—¡Sólo quisiera ver el sol!, dijo Pacho con voz firme. Oigame Ud. añadió con ademán afectuoso: voy á escribir cuatro líneas, y á ponerlas en esta cartera, la que voy á entregar á Ud. á fin de que apenas llegue, de regreso, á Guayaquil, se encamine á la residencia de los Padres jesuítas, averigüe por el Hermano Remigio Carrasco y ponga la cartera en manos de él, sin tardanza. ¿Cumplirá Ud., Capitán?

—Con mucho gusto, señor.

Villamar escribió:

"No te llamas Remigio Carrasco: eres Augusto Villamar, eres mi hijo.....En esta cartera va parte muy reducida del caudal de tu padre, otra la hallarás en Quito, en

poder del Sr. Jorge Hidalgo, y otra en Guayaquil, en el del comerciante de quien Hidalgo te hablará.....Eres mi hijo.....Habla con Hidalgo, con su esposa, con Dolores, su hermana, con Juana Sanguña, la criada á quien conoces: ellas te darán pruebas de que tu pobre padre no miente. Si consigues salir de ese Convento, vete á buscar á Dolores Hidalgo, habla con ella de mí, y no me odies. ¡Soy tu padre, Augusto de mi alma!—Francisco Villamar".

Al entregar la cartera al oficial:

—No todos nuestros compatriotas son honrados, le dijo. Ud. sin embargo, tendrá que serlo, porque el compromiso que contrae es con un moribundo. Esta cartera contiene valores. Permítame Ud. regalar este reloj á ese soldado, añadió, volviéndose al mestizo con quien había hablado en el bote.

El mestizo, en aquel instante, lloraba.

—¡Adios, Capitán! ¡Estrécheme la mano! ¡Adios, amigos!

En seguida se acercó al árbol, apoyó un hombro en él, cruzó los brazos y dijo;

-Ahora.....disparen.....

Los soldados lloraban.

—¡Firmes! dijo el oficial.

A una señal hecha por él con la espada, los soldados tendieron horizontalmente los rifles, con dirección al pecho de la víctima; á otra.....dispararon.....Francisco Villamar se extremeció, extendió los brazos, encogió la pierna derecha y cayó boca abajo en la grama. El oficial se acercó á punzarle con la espada. Dos negros de la escolta cavaron una sepultura y lo enterraron.

NOTA.—Todavía se habla en Guayaquil de Juan Barrera y algunos otros, muertos misteriosamente, por orden del Gobernador y del Comandante de Armas, en aquella época siniestra.

Mayo de 1900.

Nos da la presunción de creer que no todos nuestros lectores serán quiteños, y por eso damos los equivalentes de los provincialismos en seguida:

ALBOROTISTO.....Alborotado.
ALQUILÓN.....Inquilino.
ATATAY.....Interjección que denota asco.
AURA.....Ahora.
BOLSICONA.....Plebeya vestida de bayeta.
CANTAR LAS TRISTES.Enamorár.
CRIANDERA.....Nodriza.
CHAGRA.....Campesino.
CHAGUAREJA.....Rubia.
CHOLO.....Plebeyo y también expresión de cariño.
CHULLALEVA.....Unica levita. Pobretón, ocioso y que las da de elegante.
FIERO.....Feo.
GUAGUA.....Niño, rorro.
GUAMBRA.....Muchacha.
HELÉ.....Contracción de hé-le-ahí.
INMUNDICIA.....Multitud,abundancia.
INGRIMO.....Solitario.
JILGUERO.....Jilguero.

JUÉ.....Fue.
MARCAR.....Tomar en brazos.
MISO.....Mismo.
MORLACO.....Oriundo de la Provincia del Azuay.
ÑETO.....Nieto.
ÑIÑO..... Niño.
ÑUÑO.....Nodriza.
OJÓ.....Qué se meda á mí,
ONDE.....Donde,
OTRÁ.....Déjese de eso.
PRECIOSURA.....Preciosidad
QUERIS.....Qnieres.
TAITA.....Padre.
VAGAMUNDA.....Meretriz.
VOS.....Tú.

ERRATA.

En la págiua 33, línea primera, dice *todas*, y debe décir *leidas*.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025496013
0 5917 3025496013